

David Crystal

Prólogo de Enrique Bernárdez

**LA REVOLUCIÓN DEL
LENGUAJE**



alianza**ensayo**

David Crystal

LA REVOLUCIÓN DEL LENGUAJE

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

Alianza Editorial

Título original: *The Language Revolution*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Polity Press Ltd., Cambridge

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Enrique Bernárdez.....	I
PRÓLOGO	9
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN: UN NUEVO PANORAMA LINGÜÍSTICO	13
1. EL FUTURO DE LAS LENGUAS INGLESAS.....	19
2. EL FUTURO DE LAS LENGUAS	59
3. EL PAPEL DE INTERNET.....	83
4. TRAS LA REVOLUCIÓN	113
5. APUNTES SOBRE LAS LENGUAS EN EL SIGLO XXI.....	147
NOTAS.....	157
ÍNDICE ANALÍTICO.....	161

cultura Libre

Copyright © David Crystal, 2004

© del Prólogo: Enrique Bernárdez, 2005

© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo Llorente, 2005

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2005

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; télef. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-4730-6

Depósito legal: M. 9.606-2005

Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.

Parque Industrial «Las Monjas»

28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

Printed in Spain

PRÓLOGO

David Crystal es uno de los más destacados e influyentes lingüistas británicos. Se dedica menos a la teorización que a la elaboración de herramientas útiles, no sólo para los lingüistas, sino para cualquier persona interesada en el lenguaje. Su *Diccionario de lingüística* se cuenta desde hace años entre los más utilizados y traducidos, y en años muy recientes ha sacado a la luz varias herramientas importantes para la historia de la lengua inglesa, como son un compendio del léxico de Shakespeare, con abundante información adicional, y un relato de la historia —o, como dice el título, las historias, «los relatos»— del inglés (*The stories of English*, de 2004). Creo que es precisamente la dedicación de muchos años a la historia de la lengua inglesa —y a las cuestiones de su uso, al relativismo de lo «correcto» y lo «incorrecto»— lo que ha dado lugar, fundamentalmente, a la visión del lenguaje, de sus posibles destinos y de su papel en la vida del ser humano, que se pone de manifiesto en este libro. Libro que, como el mismo autor se encar-

ga de poner de manifiesto, viene a ser resumen actualizado y unificado de tres libros suyos anteriores, aparecidos en los años de 2001 a 2003, que han sido objeto de numerosas traducciones (también al español) y que cuentan ya con un indudable prestigio. En esas tres obras, y en este libro nuevo, Crystal se plantea cuestiones centrales del lenguaje e intenta aportar no sólo análisis, sino también posibles soluciones.

Habla David Crystal de la *revolución del lenguaje* y su exposición me parece convincente: estamos viviendo unos momentos de eclosión de las preocupaciones por las lenguas humanas, por cada una de ellas y también por el lenguaje en general, aunque sea este último un tema al que nuestro autor no se dedica en esta obra. Podemos añadir, sin embargo, que desde hace no muchos años también en la lingüística teórica y descriptiva se está produciendo una auténtica revolución, que nos ha llevado muy lejos de esos «encuentros en la tercera fase» que, en opinión de Crystal, asustaban al profesional de los medios de comunicación y le empujaban a alejarse lo más posible de la lingüística. En las revoluciones suelen aparecer simultáneamente movimientos semejantes en lugares separados, sin relación entre ellos, y en años recientes, en efecto, han aparecido libros de varios autores (el francés Hagège o el australiano Dixon, por ejemplo) sobre la desaparición de lenguas, o sobre el respeto debido a todas las lenguas, de la más grande a la más pequeña y remota, y la lucha contra los prejuicios y las falsas ideas acerca de las lenguas (entre nosotros, Jesús Tusón y Juan Carlos Moreno Cabrera se encuentran entre los más destacados lingüistas que han publicado recientemente en esta dirección). Por no hablar de la lógica atención prestada a la influencia de Internet y la telefonía móvil sobre las lenguas.

En las revoluciones, además, las cosas suceden muy deprisa, y el mundo se puede ver conmovido, y sacudido, por lo que sucede en apenas diez días. De ahí que parte de este prólogo pretenda aportar información actualizada sobre algunos

de los temas más importantes que desarrolla Crystal. ¡Tener que actualizar a principios de 2005 un libro publicado en 2004! Ciertamente, las cosas se mueven deprisa en los periodos revolucionarios.

David Crystal nos habla primero de las lenguas inglesas y de su futuro. Reconoce así que el inglés, aunque es indudablemente uno, es al mismo tiempo diversidad. Es la lengua global, en un grado no alcanzado por idioma alguno a lo largo de la historia, pero por ello mismo ha dejado de ser propiedad exclusiva de sus «creadores»: no sólo los «ingleses de Inglaterra», sino incluso los hablantes nativos de inglés, pues la mayoría de las personas que usan el idioma lo tienen como lengua aprendida y compartida con otra u otras. La situación de nuestra lengua española es parecida, a la vez que distinta. Y sobre todo es diferente la percepción que solemos tener sobre la situación vital del castellano. No hace falta recordar los 400 millones de hispanohablantes, pero conviene mencionar el número de países en los que es el español la lengua mayoritaria, frecuentemente incluso de modo exclusivo para muchos de sus usuarios: si el inglés ha alcanzado una utilización mundial nunca vista, el español es el idioma predominante en nada menos que 20 países. Crystal escribe, sin embargo, que «ningún idioma ha sido nunca lengua mayoritaria en más de una docena de países aproximadamente» (p. 20). Si añadimos a esa extensa lista de países de lengua española el importante número de sus hablantes en los Estados Unidos y, actualmente, el Brasil, pero también en otros territorios americanos más pequeños, como las Antillas Neerlandesas o Belize, que tienen otras lenguas oficiales, veremos que el español se encuentra en una situación tan excepcional como el inglés, aunque de una forma distinta: hoy día, la mayor parte de quienes usan el inglés no son hablantes nativos, pero en español sucede lo contrario. En buena manera, por tanto, podríamos decir que el «riesgo de

alteración» de la lengua por los no nativos es muchísimo mayor en inglés que en nuestro idioma. ¡Nada menos! Frente a lo que muchos gustan de pensar, la salud del español es, desde este punto de vista, mejor que la del inglés.

La expansión de una lengua a territorios muy diversos lleva consigo necesariamente una diversificación de la lengua misma, y en cada lugar donde se habla inglés —o español— surgen de forma natural, inevitable, palabras y formas de expresión nuevas que recogen las realidades locales. En otras condiciones históricas, esto conduciría sin duda a la disgregación del idioma. Hoy día, sin embargo, tal peligro no existe, como explica Crystal convincentemente: los medios de comunicación, la conexión constante entre los hablantes de una lengua, conducen a ésta precisamente en dirección opuesta: hacia una unidad cada vez mayor. Pensemos simplemente en las consecuencias lingüísticas de los cientos de miles de hispanohablantes de las más alejadas variantes americanas que conviven ahora con los españoles como resultado de la afluencia de emigrantes: todos, empezando por los «españoles de España», nos estamos acostumbrando cada vez más a escuchar otras formas de hablar español, todos aprendemos palabras de todos los demás, y al tiempo que nos vamos acostumbrando a la diversidad de nuestra lengua y de nuestras formas de ser y de pensar, e incluso de aspecto físico, vamos impregnándonos de modos lingüísticos que hace muy pocos años eran impensables: ¿cuántos madrileños, por ejemplo, habían oído alguna vez el sonido del español andino de, digamos, Imbabura, o el caribeño de Cartagena de Indias? ¿Cuántos imbabureños habrán oído alguna vez el castellano de Madrid, o el de Málaga, por no hablar del caribeño? Este conocimiento mutuo, que se extiende además con las películas y la televisión, lleva necesariamente a la conciencia de la unidad de nuestra lengua y a su mayor unificación. Nos damos cuenta de que somos capaces de comunicarnos en español, sin problema alguno, con gentes

aparentemente tan alejadas de nosotros mismos. Lejos queda ya, afortunadamente, el doblaje de las películas argentinas que solía practicarse en tiempos de la dictadura franquista.

La lectura de este libro nos hará relativizar ciertas ideas muy asentadas entre nosotros y que regularmente dan pie a discusiones en las que, con excesiva frecuencia, salen a relucir los más rancios prejuicios sobre los idiomas y el lenguaje. ¿Quién no ha oído o leído algún debate, o una simple conversación, o un artículo de prensa, sobre el *spanglish* y «el peligro que representa para nuestra lengua». Con Crystal aprendemos que un problema semejante, pero multiplicado, se da en inglés: porque el *spanglish* no es cuestión sólo del español, sino también del inglés, y desde ambos lados podría decirse con igual justicia que esa habla «atenta contra los principios del idioma». Pero además hay muchas otras formas de habla híbrida entre inglés y otros idiomas, sea ésta el chino, el francés, una lengua africana o cualquier otra. Claro que no hay motivo para escandalizarse ni exigir medidas drásticas, ni mucho menos para insultar a quienes usan esas formas de habla mixta: cumplen su función, como nos muestra David Crystal, además de que siempre han existido (y seguirán existiendo), y tiene escaso sentido gastar las fuerzas en intentar impedir lo inevitable y que, además, tampoco es tan malo (esto se puede aplicar a cualquier fenómeno de cambio en el lenguaje). Dentro incluso de España hay formas de habla semejantes al *spanglish* y que no nos llaman la atención: hablas mixtas de castellano y gallego, de castellano y catalán, por ejemplo. Y no sólo hablas mixtas, sino cambios constantes de «código»: una frase que empezamos en español y seguimos parcialmente en catalán antes de volver al castellano... En la frontera entre Uruguay y Brasil, por cambiar de aires, se usa el *portuñol*, mezcla de español y brasileño, y algunos gallegos se comunican con los portugueses en una triple mezcla, con elementos castellanos, gallegos y portugueses galleguizados (en la pronunciación, sobre todo).

Estas hablas híbridas, en un siglo que es y será híbrido por naturaleza, son un fenómeno apasionante —que estudian a fondo los sociolingüistas y los historiadores del idioma—, pero que despierta muchas veces sentimientos casi de horror entre quienes creen que se trata de feroces atentados a la integridad del idioma. La lectura de los comentarios de Crystal a este respecto nos ayudará a ver las cosas de otro modo; un modo no sólo más tolerante, sino más en consonancia con la realidad de las cosas.

El tratamiento de los préstamos extranjeros es un buen ejemplo de cómo debemos ver las cosas, en vez del simple escándalo irreflexivo y prejuicioso. En inglés, los préstamos (que algunos hiperpuristas quieren rechazar, sin embargo) se consideran como un enriquecimiento del idioma: traen consigo precisiones que antes no existían, introducen nuevos matices, proporcionan una mayor riqueza de expresión. Entre nosotros, por desgracia, el hiperpurismo suele llevar las de ganar. Claro que el rechazo violento de las palabras extranjeras, que encontramos tan habitualmente en los más variados círculos, no es obstáculo para enorgullecernos porque el español ha enriquecido a otras lenguas con sus palabras. Es decir: la abundancia de préstamos hispánicos en el tagalo y otras lenguas de Filipinas es prueba de la riqueza y vitalidad del español; pero la adopción de palabras inglesas —antes eran francesas— en el castellano se ve como una amenaza. «Ley del embudo», suele llamarse a esta forma de ver las cosas; los préstamos y la mezcla de lenguas se pueden utilizar como armas arrojadas contra quienes queramos, y en general el idioma que da parece que es fuerte y vital, mientras el tomador da testimonio de su debilidad. Nuestro idioma debe ser siempre dador, nunca tomador, en consecuencia. El absurdo de esta forma de ver las cosas del lenguaje no es obstáculo para que circule con asiduidad en las estanterías de las librerías, los quioscos de prensa, las conferencias e incluso las aulas. Una buena medicina para

curarnos de tan desagradable enfermedad es, sin duda, leer con la debida atención este libro de Crystal; no puedo resistirme a citar un párrafo del mismo: «En lugar de atacar las palabras importadas, tendría mucho más sentido desarrollar estrategias creativas para fomentar su integración, en la literatura, la escuela y la sociedad en general. Sería una manera mucho mejor de invertir el tiempo y la energía. Las palabras importadas son producto de un mundo en el que personas con diferentes entornos lingüísticos comparten su tiempo y dan nuevas dimensiones de vida lingüística a una comunidad» (p. 64).

Estas cosas de la «salud» y los «peligros» de las lenguas nos lleva directamente, claro está, a la cuestión de las lenguas en peligro y la desaparición de las lenguas. Tiene razón Crystal cuando lamenta que no exista la conciencia de que la diversidad lingüística es una riqueza tan necesaria de defender como la diversidad biológica. Es una queja que todos los interesados por estos temas hemos hecho una y otra vez, aunque apenas se empiezan a ver resultados. Existe una cierta idea de que es normal, e incluso saludable, que se pierdan lenguas —siempre en beneficio de las grandes—. Mientras nos escandalizamos por la entrada de una nueva palabra inglesa en español, o porque alguien quiera defender a los usuarios del *spanglish*, vemos como «lo más natural» que se deje de hablar una lengua amerindia en beneficio del castellano, y algunos defienden —en tiempos se hizo con las armas, ahora sólo con (pseudo)argumentos— la conveniencia de que los hablantes de otras lenguas españolas distintas al castellano las abandonen para dedicarse solamente al castellano. Lo cierto es que la posibilidad inmediata de que desaparezca la mitad de las lenguas existentes no inquieta a muchas personas que, sin embargo, sufrirían un infarto si en vez de «lenguas» se anunciase tal peligro inminente para las aves, los mamíferos o los coleópteros. Un buen ejemplo es el ya famoso pero lamentable artículo de John Miller en el *Wall Street Journal* en marzo de 2002, que considera

un gran avance la muerte de las lenguas, pues significa la entrada en el mundo moderno de sus antiguos hablantes. El artículo de Miller rebosa de desconocimiento de lo que es el lenguaje y las lenguas, pero es un buen ejemplo de la postura de mucha gente, que ve en la multiplicidad de lenguas un grave mal para el desarrollo (y la economía globalizada), y bendice un futuro soñado donde toda la humanidad habla una única lengua. Crystal, en este libro, nos muestra por qué las cosas no tienen que seguir necesariamente por ese camino supuestamente maravilloso de la aparente unidad lingüística (y cultural e ideológica) mundial. Los lingüistas, sin duda, tenemos mucho que hacer al respecto, no simplemente llamar la atención sobre el problema y estudiar las lenguas en peligro, única ocupación que nos concede el Sr. Miller. Crystal presenta en este libro recomendaciones de posibles acciones conducentes a paliar este problema en su aspecto humano y cultural, pero también académico, descriptivo, con la documentación urgente de las lenguas que, seguramente, desaparecerán antes de que lleguemos a la mitad del siglo XXI. España puede entrar también en el reducido grupo de países que están empezando a ser activos en este terreno, favoreciendo, por ejemplo, la realización de estudios de campo en pequeñas lenguas de naciones histórica y culturalmente relacionadas con nosotros: ¿por qué no la creación de un fondo en España (Crystal nos muestra que no tiene que ser demasiado oneroso) para la investigación de pequeñas lenguas del continente americano en peligro inmediato, por ejemplo? Existen algunas acciones en este sentido, aunque se quedan al nivel de universidades individuales, sin apenas participación directa del Estado central o las Comunidades Autónomas. Es éste un terreno en el que la Agencia Española de Cooperación Internacional podría participar activamente en la defensa del patrimonio cultural (Tusón lo llama «patrimonio natural») de la humanidad.

David Crystal hace también referencia, entre las causas de la desaparición de lenguas, al genocidio y las catástrofes naturales. Aún es pronto para saber el impacto del brutal terremoto de Aceh, en Indonesia, y el subsiguiente tsunami sobre las aproximadamente 1.500 lenguas habladas en los territorios afectados. Se temió al principio por la integridad de los pequeños grupos de indígenas de las islas Andamán, arrasadas por la ola gigante. Parece, sin embargo, que estas tribus, que apenas cuentan con dos centenares de individuos la mayor de ellas, consiguieron salvarse. Según parece, sus tradiciones mítico-legendarías contenían información sobre la conducta a seguir si el mar se retiraba más atrás de lo habitual: correr a los lugares más elevados del centro de las islas. Gracias a ello se salvaron, mientras que los pueblos donde residían emigrantes de la India u otros lugares fueron arrasados y gran parte de su población pereció. Ninguno de los andamanes había visto nunca un tsunami, pero aún conservaban su lengua y, con ella, la sabiduría adquirida en sucesos semejantes acaecidos en tiempos pasados. Si sus lenguas hubieran desaparecido, y es casi milagroso que aún subsistan algunas de ellas, quizá los descendientes de sus últimos hablantes, privados del conocimiento ancestral transmitido con el idioma, habrían desaparecido también. Por cierto, esta conducta de los aborígenes andamanes, que llevan en sus islas al menos 40.000 años, no ha sido objeto de mención alguna en la prensa o la televisión, que sin embargo dedicaron espacio más que amplio a la supervivencia de los animales de una reserva biológica... Afortunadamente, han sobrevivido incluso los 25 miembros de la más pequeña tribu-lengua de una de las islas Sentinel, al sur de las Andamán. Sin embargo, aún no se sabe qué puede haber sucedido a tantos pequeños grupos de Tailandia o, sobre todo, el norte de Sumatra. Seguramente, el tsunami del año 2004 se habrá llevado consigo, entre su cuarto de millón de víctimas, a los últimos hablantes de lenguas antiquísimas.

Siguiendo con el tema de las lenguas amenazadas, la breve lista de ejemplos que, de pasada, se ofrece en la página 65, da qué pensar: ¿qué hay de común entre galés, gaélico, rético y catalán? Esta última lengua cuenta actualmente con muchos más hablantes que las otras tres juntas, y su uso está regularizado e institucionalizado en todos los terrenos sobre un territorio trinacional (Cataluña, Andorra y el sureste de Francia) bastante extenso. De hecho, el catalán es una lengua mucho más hablada que el danés o el finés. ¿En qué sentido está amenazada? Si la comparamos con otras lenguas europeas, veremos que el islandés, con apenas 270.000 hablantes, no aparece en las listas de lenguas amenazadas. Este término no es sinónimo de «lenguas en peligro», pero la connotación es semejante: si no hacemos algo, la lengua *amenazada* puede pasar a ocupar un puesto en la lista de lenguas *en peligro*, y acabar en el elenco de idiomas *extinguidos*. ¿Por qué el islandés, con menos hablantes que el euskera, por no hablar del catalán, no está amenazado? Porque se trata de la lengua oficial y nacional de un país soberano, lengua de uso en todos los ámbitos de la administración, la justicia, la cultura, los medios... Es la lengua materna de los islandeses, por mucho que todos ellos hayan aprendido dos o más lenguas extranjeras (danés e inglés, al menos). A menos que se tomen medidas en contra suya, el islandés goza de perfecta salud. El número de hablantes, por consiguiente, aunque importante, no es el único criterio a tener en cuenta, y si la protección activa de lenguas como el catalán, el euskera o el gallego llegara a cesar, la lengua podría hallarse ante unas perspectivas muy difíciles. Más aún cuando la lengua es muy poco hablada, como el bable, el aranés o la fabla aragonesa. Todavía más si el idioma no goza siquiera del más mínimo reconocimiento, como es el caso del caló, la lengua de los gitanos. Esta realidad lleva a algunos a proponer la independencia política de los territorios donde se habla una determinada lengua como una vía para su protección. Pero

esto es una falacia, en la mayor parte de los casos, pues simplifica en extremo situaciones enormemente complejas, como nos explica David Crystal. El caso es que Islandia es políticamente independiente desde el año 1944, y con un exiguo número de hablantes la lengua consiguió sobrevivir perfectamente durante siglos, y un país puede perder (o ganar) su independencia sin que ello tenga efectos notables sobre la lengua: no porque Croacia, Serbia-Montenegro y Bosnia sean ahora países independientes (el ejemplo lo cita también Crystal) sus hablas son ahora distintas en ningún sentido a lo que eran antes, mientras que el esloveno o el macedonio, o en otra parte de Europa oriental, letón, lituano y estonio están en una situación tan buena ahora, o mejor, que cuando sus territorios eran parte de otros estados. En cambio, el gaélico irlandés no consiguió despegar pese a la independencia, y la situación del galés, país dependiente y con un grado muy bajo de autonomía, es mejor que la del irlandés (por mucho que esta lengua figure en los pasaportes de la UE y aquella no).

Pero ya se está empezando a dedicar más atención institucional a este problema. Recientemente, Microsoft ha anunciado versiones de Windows en quechua, para Perú, y en mapudungun o mapuche, para Chile; dos lenguas indígenas con muchos hablantes (casi diez millones el quechua, en varios países) pero cuyo futuro, sin duda, es oscuro por la desmembración de los grupos indígenas y la presión constante del español, y que ahora podrán tener una presencia en el medio electrónico más extendido. Y como atendiendo a una de las propuestas de Crystal en este libro, la PBS, la empresa de radiotelevisión pública de los Estados Unidos, está preparando un documental de televisión que se titulará *Vanishing Voices*, «Voces que desaparecen», sobre las lenguas en peligro y el trabajo de los lingüistas. Añadamos a todo esto la exposición *Voces del Fòrum de Barcelona* en 2004, donde, satisfaciendo también los deseos de David Crystal, se mostraron imágenes y sonidos

de numerosas lenguas, grandes y pequeñas, de todo el mundo, juntamente con sus hablantes, para mover a la reflexión y la concienciación de todas las personas en torno a la igualdad de las lenguas y la necesidad de defenderlas. *Voces* estuvo acompañada de numerosos actos y conferencias, y David Crystal fue el eje de buena parte de las actividades. Parece que los llamamientos de lingüistas como Crystal empiezan a ser escuchados.

El libro analiza brevemente, además de los temas que ya he comentado, el papel de Internet y otras nuevas tecnologías en el lenguaje. Como en las restantes partes del libro, la lectura de este capítulo puede servir para evitar muchas ideas erróneas. Por un lado, las posibilidades que abre Internet para las lenguas minoritarias y en peligro, que se manifiesta incluso en la facilidad con que ahora podemos obtener datos «reales» de lenguas a las que hace muy pocos años apenas había acceso. Basta con acudir a uno de los buscadores para encontrar lecciones de las lenguas más exóticas, así como textos, comentarios... Internet abre además, como muestra Crystal de forma lúcida y convincente, unas vías completamente nuevas en el uso del lenguaje: una forma que es a la vez hablada y escrita, pero distinta a ambas. Aún habrá que estudiar los efectos de los video-chats, demasiado recientes para encontrar cabida en este libro. Llama además la atención cómo en inglés y en español, separadamente, se han producido fenómenos semejantes, sin que exista copia, préstamo o imitación directos del modelo inglés; en ambas lenguas se buscan formas de abreviación que son muy parecidas: eliminación de vocales (*bsos por besos*), sustitución de grupos consonánticos por consonantes simples (*x* en lugar de *ch* en español, por ejemplo), utilización de acrónimos (*tq por te quiero*), etc. Estos procesos de búsqueda de formas más simples de escritura —que seguramente, como señala David Crystal, difícilmente afectarán a la lengua «en general»— se están realizando sin necesidad de codificación, ni de enseñanza explícita: representan, podríamos decir, una forma nue-

va de autoorganización en el cambio de algunas áreas del lenguaje escrito. Se abre, pues, desde ahora mismo, un campo de investigación futura de gran valor e interés.

Concluye Crystal con una prospectiva de los derroteros que seguirá esta revolución del lenguaje, y hace algunas propuestas que, si en ocasiones pueden parecer idealistas y utópicas, resulta que están empezando a encontrar eco, como he señalado ya en estas páginas.

Sumergirse en la amena lectura de este librito puede modificar ideas preconcebidas, prejuicios y simples errores sobre lo que es el lenguaje, lo que sucede en las lenguas del mundo, cuál es el papel del inglés. Un libro, sin duda, que será de enorme utilidad para todos los interesados en el lenguaje.

Enrique Bernárdez
Catedrático de Filología Inglesa
UCM

PRÓLOGO

La Revolución del Lenguaje intenta dar una visión más amplia de los cambios que sufren las lenguas en la actualidad apoyándose en las conclusiones de mis tres obras publicadas entre 1997 y 2001: *English as a Global Language*, *Language Death* y *Language and the Internet*. El tema fue evolucionando hasta formar una trilogía, aunque sólo me di cuenta del modo en que se complementaba su contenido cuando el tercer libro estuvo terminado. El presente volumen destaca las interrelaciones entre ellos y ofrece una interpretación de la significativa importancia de las tendencias que se manifiestan en el lenguaje.

Como consecuencia de esto he debido afrontar un problema literario, para el que espero haber encontrado una solución aceptable. Dado que la colección «Themes for the 21st Century», en que este libro se publica originalmente en inglés, está dirigida a una amplia gama de lectores, he supuesto que la mayoría de ellos no estarían familiarizados con mis anteriores

libros, por lo que los primeros tres capítulos incluyen resúmenes de los argumentos desarrollados en esos trabajos previos. Como esto puede generar una sensación de *déjà vu* entre quienes conozcan mi obra (principalmente lingüistas y profesionales de las lenguas, supongo), presento mis excusas por adelantado, pero el presente volumen no ha sido escrito pensando fundamentalmente en ellos.

Teniendo en cuenta lo anterior, también he reducido al mínimo las referencias bibliográficas y las anotaciones, y por tanto las escasas notas que incluyo son fundamentalmente para proporcionar una fuente a las citas ocasionales. Por lo tanto, si los lectores quieren investigar con más detalle los fundamentos de mis observaciones, deberán remitirse a mis libros anteriores, que contienen cientos de notas a pie de página y de referencias bibliográficas (aunque en el caso de *English as a Global Language* aparecen sólo en la segunda edición, publicada en 2003).

David Crystal
Holyhead, septiembre de 2003

AGRADECIMIENTOS

Los siguientes poemas de R. S. Thomas, reimpresos en su libro *Collected Poems 1954-90* (Londres, Phoenix Press, 2001), se reproducen con la amable autorización de Gwydion Thomas (© Kunjana Thomas 2001): «Drowning», publicado originalmente en *Welsh Airs* (Bridgend, Poetry Wales Press, 1987); «It Hurts Him to Think», publicado originalmente en *What is a Welshman?* (Swansea, Christopher Davies, 1974); y «Reservoirs», publicado originalmente en *Not That He Brought Flowers* (Londres, Rupert Hart-Davies, 1968).

INTRODUCCIÓN:

UN NUEVO PANORAMA LINGÜÍSTICO

El año 2000 marcó el final de una década de revolución lingüística, cuyas consecuencias se harán sentir en el nuevo siglo.

Pocas personas fueron entonces conscientes de ello. Pero así son los cambios en las lenguas: paulatinos, sutiles, de resultados impredecibles que apenas pueden reconocerse hasta que pasa algún tiempo. De cualquier forma, la mayoría de nosotros no pensamos mucho en el lenguaje y por tanto no acostumbamos a situarlo en el centro de nuestra atención. Además, dado que no han ocurrido en la historia humana muchas revoluciones que afecten al lenguaje oral, resulta difícil saber qué investigar cuando surge la ocasión. Incluso los profesionales de las lenguas, los lingüistas, no reclamaron la atención sobre las características sin precedentes de los diversos acontecimientos que estaban observando hasta finales de la última década. Todavía no se ha efectuado una explicación integrada de lo acontecido, por lo que este libro surge como un primer intento. Desde el momento en que contemplamos los especta-

culares cambios lingüísticos acontecidos durante la década de los noventa y reflexionamos sobre ellos, resulta indudable el hecho de que estamos presenciando el inicio de una nueva era lingüística.

Podrían haberse apercibido de que «algo estaba pasando» de haber sabido que 2001 fue designado el Año Europeo de las Lenguas. Era la primera vez que se dedicaba un año entero a conmemorar las lenguas y, aunque se celebró sólo en Europa, fue muy ambicioso en sus objetivos: no se le denominó el Año de las Lenguas Europeas (en referencia a las «lenguas originarias de Europa»), sino que se tuvieron en consideración *todas* las lenguas que se hablan en Europa, lo que incluye docenas de lenguas africanas y asiáticas utilizadas por minorías en todo el continente. Fue un año dedicado a resaltar la importancia del lenguaje como forma de expresión de la identidad cultural, como medio de comprensión nacional e internacional, y como vehículo para que los individuos y los países abran sus puertas a un mundo cultural y comercial más amplio. Igualmente podría haber sido denominado Año Europeo del Lenguaje (incluso el acrónimo habría sido el mismo: AEL).

A lo largo del año se sucedieron multitud de acontecimientos en diversos países, y una de sus consecuencias fue la designación del 26 de septiembre como Día Mundial de las Lenguas, para llamar la atención del público cada año sobre la importancia del plurilingüismo —o, si lo prefieren, multilingüismo— y del aprendizaje de las lenguas extranjeras. Fue la segunda vez que se tomaba una decisión así. En 1999, la Unesco había decidido fijar la celebración del Día Internacional de las Lenguas Maternas en el 21 de febrero, una fecha que conmemora la muerte, dicho día de 1952, de cinco estudiantes cuando defendían el uso del bengalí como lengua oficial de lo que entonces era Pakistán y hoy es Bangladesh. En **este caso**, el objetivo era también proteger y promover la **diversidad lingüística** y la educación multilingüe. ¿Dos «días»

dedicados a las lenguas en tres años! ¿Será una coincidencia que fuera a mitad de los noventa cuando se propiciara tal situación? Si resulta cierta la afirmación de que se estaba produciendo una revolución en las lenguas, entonces no lo es. Precisamente éste es el tipo de resultado que pueden provocar el entusiasmo y las nuevas motivaciones procedentes de la creciente percepción de energías lingüísticas nuevas.

No creo que la palabra «revolución» sea muy fuerte para denominar lo que está sucediendo. «Revolución» es cualquier combinación de sucesos que provoca un cambio radical en la conciencia o en la conducta en un periodo de tiempo relativamente corto, y eso mismo es lo que ha ocurrido. Siempre existe una cierta continuidad con el pasado, pero en este caso se ve superada por la emergencia de una perspectiva auténticamente nueva. Las revoluciones son raras dentro del contexto de una lengua determinada. En la historia del inglés, por ejemplo, apenas podemos identificar dos desde la llegada de dicha lengua a Britania en el siglo v. En primer lugar, en la Alta Edad Media, la combinación de evolución lingüística y factores sociopolíticos que tuvo lugar hacia el siglo xi transformó el inglés antiguo en inglés medieval, con una gramática muy diferente, que incorporaba una mezcla de elementos romances que afectaron profundamente a la ortografía y al vocabulario. Esta revolución nos llevó de *Beowulf* a Chaucer. La otra fue en el periodo del siglo xv que va de Chaucer a Shakespeare, y que dio lugar al inglés moderno temprano, a su vez muy diferente de su predecesor, el inglés medieval, tanto en su gramática, como en sus sonidos y ortografía, caracterizado especialmente por el efecto homologador producido por la imprenta y por el impacto acumulativo del Renacimiento, con su vasto influjo en términos de vocabulario clásico. A partir de Shakespeare, la lengua ha continuado evolucionando constantemente, pero sus características no se han alterado de forma radical, como lo demuestra el hecho de que podemos asistir a

la representación de una obra suya y comprender la mayor parte de las cosas que contemplamos. Se trata, obviamente, de «la misma» lengua, una aseveración que no nos resulta tan sencilla de realizar con Chaucer, y mucho menos cuando intentamos leer *Beowulf*.

Muchos otros idiomas han tenido sus propios periodos de cambio revolucionario, en diferentes épocas y por diferentes causas. Las guerras, las alianzas políticas y las revoluciones que provocan inmensos cambios sociales (y por tanto lingüísticos) no siguen ningún calendario compartido o predecible. La Revolución Francesa tuvo consecuencias fundamentales tanto para el francés como para las lenguas minoritarias de Francia, pero escaso impacto lingüístico en otros lugares. Del mismo modo, la Revolución Rusa dio paso a programas políticos que afectaron gravemente al mantenimiento de las lenguas regionales y minoritarias en la Unión Soviética; pero también este caso tuvo escasa repercusión en el exterior. No es habitual encontrar cambios con implicaciones de un alcance tal que afecten a grupos de lenguas, y resulta extremadamente raro detectar transformaciones tan globales que afecten a todas ellas. En realidad, para ser capaces de encontrar un ejemplo de este último punto debemos cambiar el ámbito y hacer referencia a la aparición de los nuevos medios de comunicación —como la escritura, la imprenta, la telefonía y las retransmisiones audiovisuales— cuya influencia sobre la naturaleza de las lenguas ha sido universal. Internet es el último de estos medios en incorporarse, y su impacto en el lenguaje ha sido el más revolucionario de todos (como veremos en el capítulo 3). Este caso concreto ofrece tan poca continuidad con cualquier conducta comunicativa anterior que justifica especialmente el uso del término «revolución», aun a riesgo de que se pueda abusar de él.

Lo que confiere a la segunda mitad del siglo XX —y en especial a la década de los noventa— la característica de ser un

periodo especialmente significativo en la historia del lenguaje es que en él confluyen las tres principales tendencias, con implicaciones globales, que han transformado la ecología lingüística mundial. El efecto combinado de estas tendencias, que afectan de un modo sin precedente a todas las lenguas, justifica mi uso del epíteto «revolucionario». He estudiado por separado cada una de ellas, pero es la primera vez que intento situarlas juntas en un único marco de referencia, e investigar sus consecuencias para el futuro de las diferentes lenguas en particular y del lenguaje oral en general. *English as a Global Language* (1997) desarrollaba las razones por las que el inglés se ha convertido en la primera lengua auténticamente global, y las espectaculares consecuencias que este nuevo estatus está teniendo en el propio idioma inglés. El futuro del inglés no está tan definido como podría suponerse, tal y como explico en el capítulo 1. *Language Death* (2000) mostraba la crisis que atraviesan gran cantidad de lenguas, actualmente amenazadas o en proceso de desaparición, e informaba de las nuevas iniciativas encaminadas hacia su preservación y regeneración. En este caso nos enfrentamos con la probable desaparición durante este siglo de al menos la mitad de las lenguas del mundo, lo que suscita las cuestiones que trata el capítulo 2. Finalmente, en *Language and the Internet* (2001) investigo el efecto radical que ha tenido en el lenguaje la aparición de la tecnología de Internet, como complemento del lenguaje hablado y escrito en un medio de comunicación nuevo (lingüísticamente) y que ha estimulado nuevas cuestiones sobre el modo en que el lenguaje continuará su evolución. Estos temas se resumen en el capítulo 3.

Habitualmente, estas cuestiones han sido debatidas por separado, como muestran mis anteriores libros, aludiendo sólo de pasada a sus puntos de interconexión. Cuando las analizamos conjuntamente y nos centramos en sus interrelaciones, nos encontramos con una perspectiva lingüística radicalmente

diferente de la que ha existido en el pasado. Se trata de un futuro en el que tendremos que revisar muchos conceptos acumulados acerca del modo de pensar sobre las lenguas y de trabajar con ellas. Los capítulos 4 y 5 agrupan algunas claves sobre las características de esta revisión. Aparentemente, la preocupación es generalizada, y supera las responsabilidades de los lingüistas, los profesores de idiomas y otros profesionales que forman parte del mundo de las lenguas, alcanzando a sectores de la sociedad que tradicionalmente se consideraban ajenos a estos temas. Pero así son las revoluciones: afectan a todo el mundo.

CAPÍTULO 1

EL FUTURO DE LAS LENGUAS INGLESAS

La emergencia de la lengua inglesa como una auténtica lengua mundial es la primera de las tres tendencias que adquirieron especial relevancia durante los noventa. El adjetivo «auténtica» resulta clave para valorar este fenómeno. Ya en el siglo XVIII se había reconocido la posibilidad de que el inglés adquiriese un carácter global. El 1780 el futuro presidente de los Estados Unidos, John Adams, afirmó: «El inglés está destinado a ser la lengua mundial durante el próximo siglo y los siguientes, en mayor proporción de lo que el latín lo fuera en el pasado o el francés lo es actualmente»¹. Sin embargo, ha sido necesario que transcurrieran dos siglos para demostrar que estaba en lo cierto. Hace relativamente poco tiempo, la perspectiva de que el inglés se convirtiera en una lengua auténticamente global era incierta. De hecho, este asunto no saltó a la palestra hasta que en los noventa se publicaron encuestas y libros, y proliferaron las conferencias que intentaban explicar de qué manera una lengua puede convertirse en auténticamente global, qué

consecuencias tiene cuando ocurre y por qué el inglés se ha convertido en el primer candidato para ello². Pero antes de especular con el futuro del inglés (o, como explicaré más adelante, de las lenguas inglesas) debemos comprender en qué punto nos encontramos en estos momentos y de qué modo hemos llegado hasta aquí.

El presente

Comencemos con una caracterización para seguir con algunas estadísticas. Una lengua no adquiere un estatus auténticamente global a menos que se le reconozca un rol especial en todos los países. Dicho rol será obvio en aquellos lugares en los que gran cantidad de personas la utilice como primera lengua; en el caso del inglés, estos países serían Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Irlanda, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, varios países caribeños y algunos otros territorios diseminados. No obstante, ningún idioma ha sido nunca lengua materna mayoritaria de más de una docena de países aproximadamente, por lo que este factor no es suficiente para conceder el estatus de lengua global por sí solo. Para adquirir esa trascendencia, una lengua debe ser aceptada por otros países de todo el mundo. Deben decidir concederle un lugar especial dentro de sus comunidades, aunque pocos o ninguno lo hablen como lengua materna.

Esto se manifiesta de dos maneras principalmente. En primer lugar, puede considerarse como lengua oficial (o semioficial) del país, y ser utilizada como medio de comunicación en ámbitos del gobierno, los tribunales, los medios de comunicación y el sistema educativo. Para triunfar en esas sociedades resulta esencial dominar la lengua oficial lo antes posible en la vida. El inglés ejemplifica adecuadamente este rol ya que, como resultado de la historia británica y norteamericana, po-

see algún tipo de estatus administrativo especial en más de setenta países, tales como Ghana, Nigeria, India, Singapur y Vanuatu. Este hecho supone un estatus mucho mayor que el conseguido por ninguna otra lengua (el francés es la que más se le aproxima). En segundo lugar, se puede favorecer la enseñanza de dicha lengua como lengua extranjera en el sistema educativo del país. Se convierte en el idioma que aprenderán la mayoría de los niños al incorporarse a la escuela y el más accesible para aquellos adultos que, por las razones que fuera, nunca llegaron a aprenderlo o lo hicieron defectuosamente en sus años escolares. Más de 100 países conceden al inglés dicho privilegio, y en la mayoría de ellos se le reconoce como la primera lengua extranjera para la educación escolar.

Gracias a este triple desarrollo —el de los hablantes que lo tienen como primera lengua, como segunda lengua o como lengua extranjera— resulta inevitable que una lengua mundial llegue en último término a ser hablada por más gente que ninguna otra. El inglés acaba de alcanzar dicho estatus. Se estima en unos 400 millones el número de personas que lo aprendieron como primera lengua, aunque las estimaciones son muy variables porque pocos países mantienen un censo sobre número de hablantes. También resulta complicado estimar cuántos lo aprendieron como segunda lengua, porque en este caso, además, es preciso considerar los diferentes grados de fluidez al hablarlo. Si utilizamos como criterio la capacidad para mantener una conversación sencilla —que permita hacerse entender, aunque no esté libre de errores, y con escaso dominio de vocabulario especializado— la cifra rondaría también los 400 millones. No debería pasarse por alto la importancia de estos números: actualmente existe tanta gente que utiliza el inglés como segunda lengua como la que lo tiene de lengua materna. Y, debido a que el crecimiento demográfico es tres veces mayor en aquellos países que lo utilizan como segunda lengua que en los que lo tienen de primera, el número de hablantes

de aquellos superará pronto al de estos, creando una situación sin precedente para un idioma internacional. Cuando tomamos en consideración el número de hablantes de inglés como lengua extranjera, el contraste resulta todavía más espectacular. De nuevo en este caso las estimaciones son inciertas —nadie sabe, por ejemplo, cuánta gente está aprendiendo inglés en China— pero el British Council calcula que aproximadamente 1.000 millones de personas están estudiándolo simultáneamente en todo el mundo. Si excluimos a los principiantes absolutos, parece razonable suponer que dos terceras partes de esa cifra, unos 600 millones de personas, serían capaces de mantener una conversación sensata en inglés.

Si ahora sumamos las tres cifras —los aproximadamente 400 millones que lo utilizan como primera lengua, más los otros 400 millones que lo tienen como segunda y los 600 millones aproximadamente que pueden usarlo como lengua extranjera— obtendremos un total de alrededor de 1.400 millones. En números redondos, esto sería aproximadamente una cuarta parte de la población mundial (que supera ligeramente los 6.000 millones en el 2000). No existe ninguna otra lengua que sea empleada de modo tan extensivo, ni numéricamente ni con tal alcance geográfico. Incluso el chino, empleado en ocho hablas distintas pero unificado por una escritura común, es utilizado por «sólo» 1.100 millones, y la mayoría de los que lo tienen como lengua materna se concentran en unos pocos territorios. Por supuesto, no debemos exagerar la situación. Si uno de cada cuatro habitantes del mundo habla inglés, tres de cada cuatro no lo hablan. No es necesario que nos adentremos mucho en un país —lejos de los enclaves turísticos, los aeropuertos, los hoteles y restaurantes— para encontrarnos con esta realidad. Pero incluso así, la cifra de uno de cada cuatro resulta impresionante y sin precedentes. Y debemos preguntarnos: ¿a qué se debe esto? No se trata tanto de la cifra global, sino de la velocidad con la que está sucediendo esta expan-

sión, fundamentalmente a partir de la década de los cincuenta. ¿Cuáles son sus causas?

Un factor obvio, por supuesto, es la necesidad de contar con un lenguaje común, una *lingua franca*, un concepto probablemente tan antiguo como las propias lenguas. Pero la posibilidad de que fuera necesaria una *lingua franca* para todo el mundo sólo surgió con fuerza en el siglo XX, y a partir de los años cincuenta en particular. El principal foro internacional de comunicación política, la Organización de las Naciones Unidas, se remonta tan solo a 1945, y entonces contaba apenas con cincuenta y un miembros. En 1960 este número había sobrepasado los ochenta países. Pero los movimientos de independencia que surgieron entonces provocaron un incremento masivo de nuevas naciones durante la siguiente década, y el proceso continuó a ritmo constante durante los noventa. En el 2003, la ONU contaba con 191 estados miembros, casi cuatro veces el número existente cincuenta años antes. La necesidad de una *lingua franca* resulta evidente, y por consiguiente aumenta la presión por obtenerla, siendo su alternativa el uso de sistemas de traducción múltiple, caros y a menudo impracticables.

El pasado

¿Por qué el inglés? Esta claro que el inglés no posee ninguna cualidad intrínsecamente maravillosa como idioma que le haya hecho adquirir esta relevancia. Su pronunciación no es más sencilla que la de muchas otras lenguas, ni su gramática más simple (lo que le falta en morfología —casos y géneros— lo complica en sintaxis —las pautas de colocación de las palabras—), y su ortografía no es, en absoluto, sencilla. Un idioma se convierte en lengua mundial por una razón exclusiva: el poder de las personas que lo hablan. Este poder puede ser

muy diferente: político (militar), tecnológico, económico y cultural. Cada uno de ellos influyó en el desarrollo del inglés en diferentes épocas. El poder político nació mediante el colonialismo que difundió el idioma por todo el mundo a partir del siglo XVI, de tal modo que hacia el siglo XIX «no se ponía el sol» para la lengua inglesa. El poder tecnológico vino asociado a la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX, cuando más de la mitad de los científicos y técnicos que la fraguaron trabajaban utilizando el inglés como lengua, y las personas que viajaban hasta Gran Bretaña (y posteriormente Estados Unidos) para aprender las nuevas tecnologías tenían que usar igualmente el inglés. El siglo XIX presenció el crecimiento del poder económico norteamericano, que sobrepasó rápidamente al británico a medida que su población crecía enormemente e incrementaba en gran número la cifra de angloparlantes. Este factor ya fue detectado por Bismark en fecha tan temprana como 1898; preguntado por un periodista acerca de qué factor consideraba más decisivo en la historia moderna, se dice que replicó: «El hecho de que los norteamericanos hablen inglés»³. En el siglo XX presenciábamos el cuarto tipo de poder, el cultural, manifestándose prácticamente en todos los ámbitos de la vida a través de esferas de influencia principalmente norteamericana.

Como resultado de estas diferentes manifestaciones de poder, es posible definir diez campos en los que el inglés se ha convertido en la lengua dominante.

La política

La mayoría de los comentaristas políticos anteriores al siglo XX no habrían tenido ninguna dificultad en dar una única y sencilla respuesta a la pregunta de por qué la lengua mundial sería el inglés: simplemente habrían señalado al crecimiento del Imperio Británico. Este legado continuó recogiendo sus frutos

a lo largo del último siglo. La Sociedad de Naciones fue la primera de las muchas alianzas internacionales modernas que otorgaron un papel especial al inglés dentro de sus procedimientos, nombrándolo lengua oficial (juntamente con el francés) e imprimiendo todos sus documentos en ambos idiomas. Ya he mencionado la Organización de Naciones Unidas, que reemplazó a aquella; pero, además, el inglés desempeña hoy día un papel oficial o es utilizado como vehículo de trabajo en las actas de la mayoría de los demás foros políticos internacionales, en todas las partes del mundo. A menudo no se aprecia suficientemente hasta qué punto se utiliza el inglés de esta manera. Según los recientes números del *Union of International Associations' Yearbook* (*Anuario de la Unión de Asociaciones Internacionales*), existen alrededor de 12.500 organizaciones internacionales en el mundo. Una muestra indica que el 85 por ciento utiliza oficialmente el inglés, proporción mucho mayor que la de cualquier otra lengua. Sólo el francés destacaba a continuación, al ser utilizado oficialmente por el 49 por ciento.

La política internacional actúa a diferentes niveles y de maneras muy diversas, pero el inglés suele estar presente en todas ellas. La contestación política puede surgir en forma de pregunta oficial a un ministro del gobierno, de un pacífico grupo de presión que se manifiesta en el exterior de una embajada, de algarada callejera o de atentado con bomba. Con notable frecuencia, cuando las cámaras de televisión muestran el suceso a su audiencia mundial, suelen aparecer mensajes en inglés en las pancartas. Sea cual sea la lengua materna de quienes protestan, ellos saben que conseguirán el máximo impacto si se expresan a través del inglés. Un ejemplo famoso de esto ocurrió hace algunos años en la India, cuando las televisiones del mundo mostraron una manifestación de apoyo al hindi y de rechazo al inglés. La mayoría de las pancartas estaban escritas en hindi, pero un astuto manifestante mostraba un gran cartel que permitió que el mensaje de este grupo llegara mu-

cho más lejos de lo que, de otro modo, hubiera sido posible; en él se leía «Death to English» (Muerte al inglés).

La economía

Hacia comienzos del siglo XIX, Gran Bretaña se había convertido en la principal nación industrial y comercial del mundo. En 1800 había más que duplicado los 5 millones de habitantes que tenía en 1700, y durante ese siglo ningún otro país pudo igualar su crecimiento económico, con un aumento medio del producto nacional bruto del 2 por ciento anual. Hacia 1800, las áreas de mayor crecimiento, la industria textil y la minería, producían una gama tal de bienes manufacturados para la exportación que se comenzó a denominar a Inglaterra «el taller del mundo». La tecnología del vapor revolucionó la imprenta, generando un volumen de publicaciones en inglés sin precedente. Los comienzos del siglo XIX fueron testigos del rápido crecimiento del sistema bancario mundial, especialmente en Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, convirtiendo a Londres y Nueva York en las capitales de la inversión mundial. En 1914, Gran Bretaña y Norteamérica poseían, entre ambas, inversiones en el extranjero equivalentes a más de 10.000 millones de dólares, el triple que Francia y casi el cuádruple que Alemania. El «imperialismo económico» resultante aportó una dimensión nueva al equilibrio de poder lingüístico. «El dinero habla» fue su principal metáfora, y el idioma en que lo hacía era, fundamentalmente, el inglés.

La prensa

El idioma inglés ha sido un importante medio de expresión para la prensa desde hace casi 400 años. El siglo XIX fue el pe-

riodo que registró un mayor progreso, gracias a la introducción de la nueva tecnología de imprenta y los nuevos métodos de producción en masa y de transporte. Del mismo modo, presenció el desarrollo de una prensa verdaderamente independiente, sobre todo en los Estados Unidos, donde existían unos 400 diarios en 1850, y casi 2.000 en el cambio de siglo. En Europa, la censura y otras restricciones continuaron durante las primeras décadas, lo que supuso que el suministro de noticias populares en lenguas diferentes del inglés se desarrollara mucho más lentamente. Actualmente, alrededor de una tercera parte de los periódicos del mundo ven la luz en países en los que el inglés tiene una posición destacada, y la mayoría de ellos se publican en dicho idioma.

La relevancia concedida al inglés en la prensa popular se vio reforzada por el modo en que evolucionaron las técnicas de búsqueda de la noticia. Durante la mitad del siglo XIX tuvo lugar la expansión de las principales agencias de noticias, especialmente tras la invención del telegrama. Paul Julius Reuter comenzó con una oficina en Aquisgrán, pero enseguida se trasladó a Londres, donde inauguró en 1851 la agencia que lleva su nombre. Hacia 1870 Reuters había adquirido más monopolios territoriales de noticias que ningún otro de sus competidores del continente. Con el nacimiento, en 1856, de la agencia Associated Press de Nueva York, la mayoría de la información que se transmitía por los hilos del telégrafo del mundo estaba en inglés.

La publicidad

Hacia finales del siglo XIX, la mezcla de factores sociales y económicos produjo un espectacular incremento en el número de anuncios en publicaciones, especialmente en los países más industrializados. La producción en masa había incrementado el

flujo de bienes y estaba estimulando la competencia, el poder adquisitivo del consumidor estaba creciendo, y las nuevas técnicas de impresión proporcionaban nuevas posibilidades de exhibición. En los Estados Unidos, los editores de publicaciones descubrieron que los ingresos por publicidad les permitirían abaratar el precio de venta de sus revistas y, de ese modo, aumentar su tirada. Las dos terceras partes de un periódico moderno, especialmente en Estados Unidos, suelen estar dedicadas a publicidad. A lo largo del siglo XIX, los lemas de las campañas de publicidad se convirtieron en una característica del medio, del mismo modo que el «nombre comercial». Un famoso eslogan en la Norteamérica de los años veinte decía: «Merece la pena anunciarse». Muchos productos que hoy son archiconocidos, como los producidos por Ford, Coca Cola, Kodak y Kellogg, alcanzaron su popularidad durante esa década. Los medios de comunicación se aprovecharon de la rapidez con que se podía hacer llegar un producto al público, incluso si la gente circulaba velozmente en uno de los nuevos métodos de transporte. Carteles, vallas publicitarias, anuncios de neón y otras diversas técnicas se convirtieron en parte del escenario cotidiano. A medida que los mercados internacionales crecían, los «medios de comunicación en el exterior» comenzaron a extenderse por el mundo, y en la actualidad su presencia en prácticamente todas las ciudades del mundo es una de las manifestaciones globales más notables del uso de la lengua inglesa. Los anuncios ingleses no tienen por qué ser los más numerosos en aquellos países en donde el inglés no goza de un estatus especial, pero suelen ser los más aparentes. El inglés norteamericano domina el mercado: en 1972 sólo tres de las principales agencias publicitarias mundiales no eran norteamericanas.

La radiodifusión

Se necesitaron muchas décadas de investigación experimental en el campo de la física, principalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, antes de que fuera posible enviar la primera señal de radio a través del aire, sin cables. El sistema construido por Marconi en 1895 mandaba señales codificadas de telégrafo a la distancia de una milla. Seis años después, estas señales habían atravesado el Océano Atlántico; en 1918 habían alcanzado Australia. El inglés fue el primer idioma retransmitido por radio. En los veinticinco años posteriores a la primera transmisión de Marconi, la radiodifusión pública se hizo realidad. La primera emisora comercial retransmitió su primer programa en noviembre de 1920, en Pittsburg, Pensilvania, y en dos años se concedieron más de 500 licencias para nuevas emisoras en los Estados Unidos. Una expansión igualmente espectacular afectó a la televisión pública veinte años más tarde. Sólo podemos especular sobre el modo en que estos medios de comunicación deben de haber influido en la expansión del inglés. No existen estadísticas sobre la proporción de programas en lengua inglesa en todo el mundo, o sobre cuánto tiempo se dedica a escuchar dichos programas. Pero si nos fijamos en aquellos emitidos específicamente para audiencias de otros países (como el Servicio Mundial de la BBC o La Voz de América), apreciamos niveles significativos de dedicación: más de mil horas semanales el primero y el doble de esa cantidad el último. La mayoría de los otros países mostraron fuertes incrementos de las retransmisiones exteriores durante los años de la posguerra, y varios comenzaron a emitir programas radiofónicos en inglés, como la Unión Soviética, Japón, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, Suecia o Alemania. No se dispone de datos comparativos sobre el número de oyentes de cada una de las lenguas en que se emiten estos servicios. Sin embargo, si detallamos los idiomas en los que estos países retransmi-

ten, resulta destacable que sólo uno esté presente en todos ellos: el inglés.

La industria del cine

Las nuevas tecnologías que sucedieron al descubrimiento de la energía eléctrica transformaron esencialmente las características del entretenimiento en el hogar y en la calle, y proporcionaron nuevos campos para el desarrollo del inglés como lengua. La tecnología de esta industria echó abundantes raíces en Europa y Norteamérica durante el siglo XIX, siendo Inglaterra y Francia quienes proporcionaron el impulso inicial para la evolución comercial y artística del cine a partir de 1895. Sin embargo, los años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial atrofiaron el crecimiento de la industria cinematográfica europea, y su predominio se trasladó pronto a los Estados Unidos, que presenció a partir de 1915 la aparición de los largometrajes, el *star system*, los magnates del cine y los grandes estudios, todos centrados en Hollywood. Como resultado de ello, cuando el sonido fue incorporado a la tecnología cinematográfica a finales de la década de los veinte, la lengua inglesa pasó a dominar el mundo del cine. A pesar del crecimiento de la industria cinematográfica en otros países en décadas posteriores, las películas en inglés aún dominan el medio, con Hollywood dependiendo cada vez más de un pequeño número de producciones anuales destinadas a grandes audiencias. No resulta habitual encontrar películas producidas en un idioma diferente entre las más taquilleras, y un 80 por ciento de las que se proyectan en los cines están en inglés. No puede saberse con certeza la influencia de las películas en los espectadores, pero muchos observadores subscriben la opinión del director Wim Wenders: «Cada vez con más frecuencia la gente cree en lo que ve, y compran aquello en lo que creen...

La gente utiliza, conduce, viste, come y compra lo que ve en las películas»⁴. Si esto es así, el hecho de que la mayoría de los filmes estén realizados en lengua inglesa seguramente será significativo, al menos a largo plazo.

La música popular

El cine fue una de las dos nuevas tecnologías del entretenimiento que emergieron a finales del siglo XIX; la otra fue la industria discográfica. También en este caso la lengua inglesa destacó rápidamente. Cuando, en 1877, Thomas A. Edison inventó el fonógrafo, la primera máquina que podía grabar y reproducir sonidos, las primeras palabras que se grabaron fueron «What God hath wrought»*, seguidas del recitado del poema infantil «Mary tenía un corderito». La mayor parte de las técnicas subsiguientes se desarrollaron en los Estados Unidos. Todas las principales compañías discográficas de música popular fueron originalmente angloparlantes, empezando por la norteamericana Columbia (desde 1898). Los aparatos de radio distribuidos por todo el mundo testifican a todas horas el dominio del inglés en el panorama de la música pop actual, y muchas personas entran en contacto con el inglés por primera vez de esta manera. Hacia el cambio de siglo, Tin Pan Alley (el nombre con que se conoce popularmente la industria musical centrada alrededor de Broadway) ya era una realidad, y pronto fue conocida en todo el mundo como la principal fuente de música popular norteamericana. El jazz también tuvo su dimensión lingüística, con el desarrollo del blues y de muchos otros géneros musicales, y cuando llegó la aparición de la música pop moderna, el inglés se adueñó prácticamente de todo el escenario. Las estrellas del pop de las dos principales nacio-

* En inglés arcaico: «Lo que Dios ha creado» (*N. del T.*).

nes de habla inglesa pronto dominaron la industria discográfica: Bill Halley and the Comets junto con Elvis Presley en los Estados Unidos; los Beatles y los Rolling Stones en Reino Unido. Los cantantes pop comenzaron a tener audiencias masivas en todo el mundo a partir de los sesenta. No existe ninguna otra fuente que haya extendido el idioma inglés entre los jóvenes por tantos lugares y con tanta rapidez.

Viajes internacionales y seguridad

Son múltiples y variadas las razones para realizar viajes al extranjero. Cada viaje tiene consecuencias lingüísticas inmediatas —debe interpretarse, aprenderse o imponerse una lengua— y, con el tiempo, una corriente viajera puede desarrollar una gran influencia. Por lo tanto, si existe un movimiento contemporáneo hacia el uso del inglés debería ser especialmente evidente en este terreno, como así resulta. Todos aquellos que acceden a un mundo de paquetes turísticos, reuniones de negocios, conferencias académicas, convenciones internacionales, marchas comunitarias, eventos deportivos, ocupaciones militares y otros encuentros «oficiales», a través de viajes internacionales, necesitan utilizar el inglés como lengua auxiliar para resolver el transporte y el alojamiento. Las instrucciones de seguridad de los vuelos o navegaciones internacionales, las instrucciones de emergencia de los hoteles y las indicaciones para llegar a los lugares más importantes se transcriben ya de forma rutinaria en inglés juntamente con las lenguas locales. La mayor parte de los carteles que nos comunican que abrochemos nuestros cinturones, localicemos los botes salvavidas o comprobemos las escaleras de emergencia incluyen una opción en inglés.

Un aspecto particular de la seguridad es el modo en que se ha incorporado el lenguaje al control internacional de las opera-

ciones de transporte, especialmente las marítimas y las aéreas. El inglés se ha convertido en la lengua internacional del mar, en una forma básica para el uso marítimo, a menudo denominada *Seaspeak* (lengua del mar). También se ha avanzado en los últimos años en la creación de sistemas unívocos de comunicación para ser utilizados por las organizaciones dedicadas a atender emergencias sobre el terreno, especialmente bomberos, ambulancias y policía. Existe el *Emergencyspeak* (lengua de emergencia) que intenta resolver los problemas de ambigüedad a ambos lados del túnel que atraviesa el Canal de la Mancha. Y, por supuesto, existe el *Airpeak*, el lenguaje utilizado en el control internacional del tráfico aéreo. Éste no surgió hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se creó la Organización de la Aviación Civil Internacional. Sólo entonces se llegó al acuerdo de que fuera el inglés la lengua internacional de la aviación, para evitar que pilotos y controladores hablaran distintas lenguas. Más de 180 naciones han adoptado desde entonces sus recomendaciones sobre la terminología inglesa, a pesar de que tal decisión no era obligatoria.

Educación

La lengua inglesa es el medio en el que se expresa gran parte del conocimiento mundial, especialmente en áreas como la ciencia y la tecnología, y la educación es la encargada de proporcionar el acceso al conocimiento. Cuando investigamos las razones por las cuales tantas naciones en los últimos años han elevado el inglés al nivel de lengua oficial o lo han escogido como su principal lengua extranjera para el aprendizaje en las escuelas, una de las principales es siempre educacional, en el más amplio sentido de la palabra. Sridath Rampal ofreció un buen ejemplo de ello en 1996:

Poco después de asumir el cargo de secretario general de la Commonwealth en 1975, me reuní con la primer ministro Sirimavo Bandaranaike en Colombo, y conversamos sobre la manera en que el Secretariado de la Commonwealth podría colaborar con Sri Lanka. Su respuesta fue inmediata y específica: «Envíenos personas que formen a nuestros profesores para enseñar el inglés como lengua extranjera». Mi desconcierto debió ser visible, porque la primer ministro continuó explicando que los programas puestos en marcha por su marido veinte años antes para fomentar el cingalés como lengua oficial habían tenido tan buenos resultados que Sri Lanka —hasta entonces la perla del mundo angloparlante en Asia— había perdido el inglés, incluso como segunda lengua, excepto en las clases más educadas del país. Estaba preocupada por el desarrollo. Los granjeros no sabían leer las instrucciones de los sacos de fertilizante importado, y los fabricantes del mercado global no estaban interesados en imprimirlas en cingalés. Sri Lanka estaba perdiendo el acceso a la lengua mundial, el inglés⁵.

A partir de la década de los sesenta, el inglés se ha convertido en el medio habitual para impartir enseñanza superior en muchos países, algunos de los cuales no lo consideran lengua oficial. Ningún país africano utiliza sus lenguas vernáculos en la educación superior, siendo el inglés la opción empleada en la mayoría de los casos. El negocio de la enseñanza del inglés se ha convertido en uno de los sectores de mayor crecimiento por todo el mundo en los últimos treinta años.

Las comunicaciones

Que una lengua sea verdaderamente un medio internacional **resultará** más evidente en aquellos servicios que se relacionen **directamente** con las tareas de la comunicación: los sistemas

postal y telefónico y las redes eléctricas. Sin embargo, no resulta fácil encontrar información sobre el uso del inglés en dichos campos. Se piensa que tres cuartas partes del correo mundial se escribe en inglés. Pero, dado que nadie supervisa la lengua en que escribimos nuestras cartas, esos datos son meramente especulativos. Sólo en Internet, donde los mensajes y la información pueden ser guardados por periodos indefinidos de tiempo, es posible hacerse una idea de qué proporción de las comunicaciones mundiales diarias (al menos entre usuarios de ordenadores) se produce realmente en inglés. Este tema recibirá especial atención en el capítulo 3, pero el punto más relevante puede adelantarse ya. Internet comenzó su vida como un medio en lengua inglesa, y el inglés ha mantenido su dominio. Comenzó como ARPANET, la Red de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados, a finales de los sesenta, concebida como una red nacional descentralizada, cuyo objetivo era vincular a importantes centros académicos e instituciones gubernamentales norteamericanas, mediante un sistema que soportara los daños locales que pudieran producirse en caso de una gran guerra. Por lo tanto, su lengua fue el inglés, y cuando personas de otros países comenzaron a crear lazos con esta red, fue imprescindible para ellos que lo hicieran en inglés. El predominio de esta lengua se vio reforzado en los ochenta, cuando el servicio se abrió a organizaciones comerciales y privadas, la mayoría de las cuales ya estaban (por las razones antes expuestas) comunicándose principalmente en inglés. Existía también una razón técnica que apoyaba la posición del inglés en aquellos momentos. Los primeros protocolos que se desarrollaron para transmitir información a través de Internet utilizaron el alfabeto inglés, e incluso hoy día no existen navegadores capaces de coordinar todos los aspectos de presentaciones multilingües de información. No obstante, el número de usuarios no anglófonos de Internet crece continuamente y en la actualidad supera al número de usuarios anglófonos. Las

consecuencias que esto acarrea para las lenguas minoritarias se exploran más a fondo en el capítulo 3.

El futuro

¿Qué ocurre con un idioma cuando se convierte en lengua mundial? ¿Qué ocurre en ese caso con las otras lenguas? No existen precedentes, porque nunca antes ningún idioma había sido hablado por tantas personas en tantos países. Pero algunas de las principales tendencias son ya visibles, y cada una de ellas está llamada a desempeñar un papel significativo en la creación del nuevo clima lingüístico del siglo XXI.

No obstante, antes de pasar a considerar el caso con más detalle deberíamos preguntarnos: ¿va a mantener el inglés su posición actual, o su estatus global va a verse desafiado por otras lenguas? La historia nos enseña que no hay lugar para la complacencia cuando consideramos la posición de una lengua. Hace mil años, la posición del latín debía parecer indiscutible. ¿Quién sabe cuál será la situación de cualquier lengua dentro de mil años? El estatus de una lengua, como hemos visto, está íntimamente ligado con el poder político, militar, económico y cultural, y a medida que cambian estas variables, las lenguas suben y bajan. Los futurólogos no tienen dificultad para pronosticar escenarios en los que el chino, el árabe o el español se convierten en la próxima lengua mundial. De hecho, el español es actualmente la lengua materna de más rápido crecimiento en todo el mundo. Pero en el futuro próximo resulta improbable que cualquier otra vaya a reemplazar el papel global del inglés. La mayoría de los factores que lo situaron en su posición actual siguen vigentes; el inglés ha logrado una presencia y un impulso tal que será extremadamente difícil desplazarlo. Cada vez es mayor el número de personas que lo **aprenden por todo el mundo**. Sea cual sea la actitud hacia las

culturas que lo utilizan, se acepta ampliamente su valor como instrumento funcional. Incluso aquellos que más se le oponen se descubren teniendo que utilizarlo ellos mismos, aunque sólo sea para lograr una audiencia universal ante la que expresar su oposición. No existe signo real alguno que indique que esta situación va a debilitarse durante la primera década del nuevo milenio.

El inglés puede sentirse relativamente estable en su estatus mundial, pero no tiene razones para confiar en la estabilidad de su carácter lingüístico. En realidad, está cambiando más rápidamente que en ningún otro momento desde el Renacimiento. Varios factores son responsables de ello, pero sin duda el principal es el cambio en el centro de gravedad de la lengua. Un punto que suele olvidarse, especialmente por los hablantes de nacimiento, es que, cuando una lengua es hablada por tanta gente, deja de pertenecer a sus comunidades constituyentes: ni a los británicos, con quienes el inglés inició su andadura hace 1.500 años, ni a los norteamericanos, que suponen en la actualidad la mayor comunidad que lo tiene por lengua materna. La totalidad de personas en el mundo para quienes es lengua materna, unos 400 millones, como hemos visto, en realidad está disminuyendo en cuanto proporción de usuarios mundiales del inglés, a causa del diferente crecimiento demográfico entre los países para quienes es la primera lengua y aquellos para los que es la segunda lengua o una lengua extranjera. Tres de cada cuatro hablantes del inglés no lo tienen como lengua materna.

Todos los usuarios tienen parte de la responsabilidad en el futuro del inglés. El lenguaje resulta ser una institución tremendamente democrática: el hecho de aprender una lengua otorga inmediatamente derechos sobre ella. Puedes ampliarla, modificarla, jugar con ella, crear en ella o ignorar algunas de sus partes a voluntad. Y resulta tan probable que el futuro del inglés vaya a ser modificado por aquellos que lo tienen como segunda lengua o lengua extranjera como que lo sea por aque-

llos para quien es su lengua materna. El lenguaje, como todos los ámbitos, se ve afectado por las modas, y las modas están en función de las cifras. Resulta completamente factible que una moda lingüística comenzada por un grupo hablantes de segunda lengua, de estudiantes de lengua extranjera, o por quienes hablan una variedad no convencional, cuaje posteriormente entre quienes la tienen por lengua materna. El rap es un ejemplo reciente de lo que mencionamos. Y, a medida que las cifras aumentan y los hablantes para quienes no es lengua materna adquieren prestigio nacional e internacional, algunos usos previamente criticados por «extranjeros» pueden entrar a formar parte del habla convencional educada de una localidad y, finalmente, aparecer por escrito. Un ejemplo de ello sería el uso de la expresión *Welcome in Egypt* (Bienvenido en Egipto), que fue ampliamente utilizada en aquel país y ahora aparece en sus libros de texto. Lo más importante que los hablantes nativos de inglés van a tener que aprender en el siglo XXI es que ya no son los responsables de las tendencias lingüísticas. La lengua inglesa, tal y como se habla en Gran Bretaña, es actualmente un dialecto minoritario del inglés mundial, y supone un 4 por ciento de la población anglófono global. Incluso los angloparlantes de Estados Unidos sólo equivalen al 15 por ciento del total mundial. En la India existen, probablemente, más hablantes de inglés que en toda Gran Bretaña y en los Estados Unidos juntos.

¿Qué sucede cuando un gran número de personas adoptan el inglés en un país? Que desarrollan su propio inglés. Existen actualmente múltiples variedades de inglés hablado que están evolucionando en todo el mundo, en países como India, Singapur y Ghana, a las que se conoce como «nuevas lenguas inglesas». ¿Por qué motivo han surgido? Por la necesidad de expresar una identidad nacional. Imaginemos la situación existente en uno de los países que adquirieron su independencia en las décadas de los cincuenta y los sesenta. La urgencia por

mostrar identidad ante los ojos del mundo surge con la independencia recién estrenada, y una de las principales maneras de manifestar la identidad es a través del lenguaje. Siendo así, ¿qué lengua utilizaríamos? Muchos de estos nuevos países, como Ghana o Nigeria, no tuvieron otra alternativa que seguir utilizando el inglés, pues les habría sido imposible escoger entre las múltiples lenguas étnicas locales competidoras (más de 400, en el caso de Nigeria). Por otra parte, podemos comprender el sentimiento generalizado de que continuar con el inglés supondría perpetuar un vínculo inaceptable con el pasado colonial. Entonces, ¿cómo resolveríamos este dilema? La opción tomada en la mayor parte de los casos fue conservar el inglés acomodándolo para que se ajustase a las propias necesidades, concretamente añadiendo vocabulario local, centrándose en variedades culturales locales y desarrollando nuevas formas de pronunciación. Por supuesto, se trata de un proceso básicamente inconsciente, aunque promovido por iniciativas locales, tales como la creación de diccionarios regionales. No resulta difícil acumular en poco tiempo varios miles de palabras de uso local en países con un amplio abanico de fauna y flora, diferentes costumbres étnicas y contacto diario y regular con diferentes lenguas. La literatura emergente de los países de la Commonwealth —las novelas de África Occidental, la India o el Sureste Asiático, la poesía de los países del Caribe— muestran la rapidez con que pueden surgir nuevas identidades. La expresión «nuevas lenguas inglesas» refleja estas identidades.

Cuando una lengua se expande, se transforma. El simple hecho de que las distintas partes del mundo difieran tanto física como culturalmente significa que los hablantes cuentan con numerosas oportunidades para adaptar el lenguaje del modo que mejor satisfaga sus necesidades de comunicación y les confiera nuevas identidades. La mayor parte de la adaptación será en el vocabulario —no sólo palabras nuevas, sino nuevos sig-

nificados de las palabras, y nuevas expresiones y modismos—, ya que se trata del área que refleja más directamente las condiciones de vida y las maneras de pensar. Cada país posee una singularidad biogeográfica, que genera cantidades potencialmente elevadas de términos para nombrar animales, peces, pájaros, plantas, rocas y así sucesivamente con todos los temas relacionados con la interpretación de la tierra y su gestión. Habrá palabras para los alimentos, las bebidas, las medicinas, las drogas; para las prácticas asociadas con la alimentación, la salud, la enfermedad y la muerte. La mitología y la religión del país, y las costumbres relacionadas con la astronomía y la astrología, aportarán nuevos nombres para personajes, creencias y rituales. La literatura oral, y quizás también la escrita, proporcionarán nombres distintivos procedentes de sagas, poemas, oratorios y cuentos tradicionales. Habrá un corpus de leyes y costumbres locales, con su propia terminología. La cultura poseerá su propia tecnología, con nombres técnicos específicos para los vehículos, el hogar familiar, las armas, los vestidos, los adornos y los instrumentos musicales. El mundo del ocio y de las artes adquirirá dimensión lingüística —los nombres de las danzas, los estilos musicales, los juegos, los deportes— al igual que las caracterizaciones en la apariencia corporal, tales como peinados, tatuajes y adornos. Prácticamente cualquier aspecto de la estructura social puede generar complejos sistemas de denominación: gobiernos locales, relaciones familiares, clubes y asociaciones, etc.

Por lo tanto, cuando una comunidad adopta una nueva lengua y comienza a utilizarla en todos los ámbitos de la vida, inevitablemente será necesaria una adaptación del léxico. El proceso puede ponerse en marcha en un año, poco más o menos. El primer asentamiento inglés permanente en Norteamérica fue en Jamestown, Virginia, en 1607; y los primeros términos procedentes de las lenguas nativas americanas comenzaron a incorporarse al inglés escrito casi inmediatamente. El capitán

John Smith describe por escrito en 1608 a un *racoon* (mapache); la palabra *totem* se menciona en 1609; *caribou* (caribú) y *opposum* (zarigüeya) aparecen en escritos de 1610. Encontramos un ejemplo más reciente en una edición de la década de 1990 del sudafricano *Sunday Times*: «Los indabas diplomáticos pocas veces aportan soluciones que se adapten específicamente a los problemas». *Indaba* era originalmente el término nguni utilizado para referirse a una conferencia tribal, aunque en la actualidad se aplica, en sentido más amplio, a cualquier encuentro entre grupos políticos. Éstos son ejemplos de palabras tomadas de lenguas indígenas locales. Además, otras palabras cambiarán su significado al ser aplicadas en nuevos escenarios y adquirir diferente sentido, como ha ocurrido a menudo en la historia de las lenguas. Por ejemplo, en el periodo anglosajón los misioneros cristianos se apropiaron de palabras paganas (tales como *heaven* [cielo], *hell* [infierno], *God* [Dios] y *Easter* [Pascua]) y les dieron nuevos significados. En la actualidad podemos ver el mismo fenómeno en el modo en que especies biológicas del nuevo país, similares en apariencia a las del antiguo, suelen mantener el nombre antiguo, aunque no se trate exactamente de la misma entidad (en Sudáfrica a menudo utilizan el término *pheasant* [faisán] para referirse a algunas especies de francolín). Todas las áreas de la sociedad se ven afectadas: *robot* es el término sudafricano para semáforo.

¿Cuántas palabras se añadirán por este procedimiento? No es necesario que transcurra mucho tiempo para que las listas de palabras y los diccionarios contengan varios miles de entradas. La primera edición del *Dictionary of South African English* (1978) incluye 3.000 entradas; el *Concise Australian National Dictionary* (1989), 10.000. El *Dictionary of Jamaican English* (1967) cuenta con más de 15.000⁶. Los angloparlantes siempre han mantenido una actitud inclusiva frente a las palabras adoptadas. El inglés es una aspiradora de lenguaje, dispuesta a absorber términos de cualquier otra lengua con la que entre

en contacto (y han sido más de 350 las que se han cruzado en la historia del inglés británico). A causa de ello, aunque se trate originariamente de una lengua germánica, la mayoría de su vocabulario es de procedencia clásica y romance, con aportaciones especialmente importantes del griego, el latín y el francés. Y la diversidad de procedencia de su léxico aumenta rápidamente en partes del mundo en las que está en contacto con muchas otras lenguas. En Nigeria, con más de 400 lenguas nativas, el léxico distintivo resultante del inglés nigeriano será considerable con toda seguridad.

Estas aportaciones son pequeñas si las comparamos con la riqueza del vocabulario inglés en su conjunto, que supera el millón de términos; pero el efecto de pequeños grupos de palabras localizadas puede ser grande. Probablemente estas nuevas palabras se utilizarán muy frecuentemente en la comunidad local, precisamente porque hacen referencia a conceptos propios del lugar. Al mismo tiempo, no aparecerán aisladas: si la conversación trata, digamos, de política local, probablemente aparecerán a la vez varios términos políticos, resultando una mezcla incomprensible para los extraños. Así, en un periódico británico podríamos encontrar el siguiente titular: «Blairite MP in New Labour Sleaze Trap, say Tories» *. En él encontramos seis palabras con significado o connotaciones políticas para los británicos en rápida sucesión, de modo que la frase no resulta fácilmente comprensible para cualquiera que no esté familiarizado con el entorno del discurso político británico. Podemos encontrar exactamente el mismo tipo de acumulación de expresiones extrañas en las áreas donde están surgiendo las nuevas lenguas inglesas. En el siguiente ejemplo, procedente del sudafricano *Sunday Times*, todos los términos locales son de origen afrikaans: «It is interesting to recall that

* Sería algo así como: «Diputado blairista atrapado en un nuevo trapicheo laboral, afirman los conservadores» (*N. del T.*).

some *verkrampste* Nationalists, who pose now as super Afrikaaners, were once *bittereinder bloedsappe*» *.

No es difícil intuir el modo en que pueden evolucionar las cosas. En este último ejemplo no era un único sustantivo afrikaans lo que diferenciaba la oración, sino un sintagma nominal, una combinación de adjetivo y nombre. Así pues, si utilizamos una expresión, por qué no incluir algo más largo? Tal vez añadir un verbo, o hacer una oración completa, de la misma manera que en inglés podemos coger toda una frase del francés y decir *Je ne sais quoi*, o *c'est la vie*. Fragmentos de una oración aparentemente inglesa pueden contener préstamos significativos de otras lenguas. Este es el proceso que se ha puesto en marcha, con mucha mayor frecuencia de lo habitual, en múltiples lugares del mundo donde el inglés es la segunda lengua o la principal lengua extranjera. Quienes utilizan el inglés, incluso a niveles avanzados, a veces se atascan en una palabra, una expresión o una frase; o, utilizando el inglés como *lingua franca*, descubren que determinada expresión de su lengua materna se ajusta mejor a lo que quieren decir. Si están conversando con alguien de su propio entorno lingüístico, no hay ningún problema en usar la otra lengua para resolver el problema de comunicación. Así, un diálogo puede cambiar del inglés a otro idioma, y viceversa, varias veces y en rápida sucesión. Lo mismo puede ocurrir a la inversa: alguien empieza a hablar en lengua materna y pasa al inglés cuando considera que su primera lengua no le permite expresar lo que quiere. Esto último suele suceder cuando a lo largo de la conversación entran en una materia que han aprendido en inglés, como la informática (o incluso tener un hijo). Conozco a una madre francesa que dio a luz cuando vivió en Inglaterra por un año.

* «Resulta interesante recordar que algunos nacionalistas *fanáticos*, que presumen de ser más afrikaaners que nadie, fueron en su día *acérrimos militantes intransigentes del Partido Sudafricano*» (United Party antiguamente South African Party o SAP) (Términos en cursiva, en afrikaans en el original) (*N. del T.*).

Al volver a Francia se dio cuenta de que se pasaba al inglés cada vez que quería contar su vivencia (ante el asombro de sus amigos franceses, cuya experiencia en partos había sido absolutamente francófona).

El fenómeno por el cual las personas utilizan simultáneamente dos o más lenguas para comunicarse se denomina *cambio de código*. Podemos presenciarlo actualmente por todo el mundo, con toda clase de lenguas, y su práctica va en aumento. Pero como el inglés está tan extendido, su uso en el *cambio de código* resulta especialmente manifiesto, tanto en el habla como por escrito. En su libro *The English Languages*, Tom McArthur pone el ejemplo de un folleto bilingüe publicado por el HongkongBank en 1994 para los trabajadores filipinos. La sección en tagalo incluye una buena proporción de inglés intercalado. Por ejemplo:

Mg-deposito ng pera mula sa ibang HongkongBank account, at any HongkongBank ATM, using your Cash Card. Mag-transfer ng regular amount baw't buwan (by Standing Instruction) galang sa inyong Current o Savings Account, whether the account is with HongkongBank or not⁷.*

Este tipo de lenguaje suele describirse usando un nombre compuesto, en este caso taglish (mezcla de tagalo e inglés); también tenemos el franglish, el tex-mex (el español-mexicano usado en Texas); japlish (con el japonés), espanglish, chinglish, alemanglish, wenglish (inglés de Gales) y muchos otros. Tradicionalmente, estos nombres se usaban en tono desdenoso; se hacía burla del tex-mex y se decía que no era ni una lengua ni la otra. Quienes no habían aprendido a hablar correctamente su propia lengua, los consideraban jergas; y quienes de-

jaban que el inglés les influyera demasiado, decían que eran un «chapurreado». Pero en este nuevo siglo vamos a tener que reconsiderarlo. ¡No podemos llamar jerga a una lengua como el taglish cuando una importante institución bancaria lo utiliza por escrito! Los lingüistas han dedicado mucho tiempo a estudiar estas «lenguas mestizas» y han descubierto que están llenas de complejidad y sutileza de expresión, como cabría esperar, ya que sus hablantes cuentan con los recursos que les proporcionan ambas lenguas.

Las lenguas mestizas son cada vez más frecuentes en el mundo angloparlante, y es importante que nos demos cuenta hasta qué punto están creciendo, ya que probablemente serán la principal tendencia lingüística del siglo XXI. El *cambio de código* es ya una forma habitual de comunicación en el habla de los millones de personas que han aprendido inglés como segunda lengua o como lengua extranjera. Yo vivo en una zona de Gales en la que se habla galés, y escucho estos cambios de código entre inglés y galés continuamente a mi alrededor. En realidad, en el ámbito global probablemente existen en la actualidad más personas que usan el inglés con algún grado de cambio de código que las que no lo hacen. Si estos hablantes están en mayoría, o al menos representan cifras significativas —como es el caso de la India— nuestra visión tradicional del lenguaje debe cambiar. Estamos en un error si pensamos que el «inglés mundial del futuro» será simplemente una versión del inglés británico o del inglés norteamericano empleada por más gente. Por supuesto que estas variedades se mantendrán, pero a su vez serán complementadas por otras que, aunque puedan tener su origen en el Reino Unido o Estados Unidos, mostrarán diferencias cada vez mayores respecto a aquellas.

Aunque es posible apreciar pruebas de la diversificación lingüística desde hace tiempo —nuevas lenguas inglesas con aumento de la mezcla de códigos— lo cierto es que sólo re-

* Las palabras inglesas figuran en cursiva para comprensión del lector español (N. del T.).

cientemente se ha podido apreciar el alcance de su presencia. No es un tema del que se escriba a menudo, excepto en la medida en que un novelista lo refleja en una conversación, o surge en algún escrito informal de un periódico. Sin embargo, es algo con lo que nos encontramos cuando viajamos a los países afectados, habitualmente en forma de ruptura de la comprensión. Hablamos en inglés a alguien y se nos contesta, pero no podemos entender lo que dice porque su inglés es muy diferente. Y eso no es nada aún. Por todo el mundo están naciendo hijos de padres que poseen lenguas maternas diferentes y que utilizan entre ellos el inglés como *lingua franca*, incluyendo gran cantidad de mezcla de códigos o de usos especiales. Si estos padres deciden hablar a sus hijos en ese inglés, como a menudo sucede, nos encontramos con la perspectiva de un inglés personalizado, mezcla de varios códigos, aprendido como lengua materna por millones de futuros ciudadanos del mundo. En esos casos deja de ser relevante la distinción entre inglés como primera lengua o como lengua extranjera.

Teniendo en cuenta estas tendencias, ¿podemos evitar la conclusión de que, si se le deja a su aire, el inglés se fragmentará en variedades mutuamente ininteligibles, como le ocurrió al latín vulgar hace un milenio? Eso parecen sugerir los acontecimientos de los últimos cincuenta años, que han conducido a la creación de tantos estados-nación independientes. En muchos de estos países, el inglés ha comenzado a utilizarse como expresión de identidad sociopolítica, adquiriendo, por tanto, un carácter nuevo, y siendo convencionalmente denominado inglés nigeriano o inglés de Singapur. Y, si puede apreciarse un cambio significativo en un breve periodo de tiempo —unas pocas décadas—, ¿no resulta razonable que estas variedades se diferencien aún más a lo largo del próximo siglo, dando lugar a una «familia de lenguas» inglesas? La respuesta surge por sí misma cuando examinamos el aparente paralelismo con el latín.

¿Una repetición del latín?

Los paralelismos entre la situación del inglés y del latín son sorprendentes. Durante el primer milenio, el latín se convirtió en la lengua universal de la sociedad europea educada, aunque mejor sería hablar de las lenguas latinas, ya que en Europa existían diferentes variedades en aquella época. Estaba la variedad prestigiosa, el latín literario clásico, escrito por todo el Imperio Romano (principalmente en Occidente). Existían también las variedades habladas cotidianamente, conocidas ahora como latín vulgar. Ya en el siglo I a.C., Cicerón comentaba la pronunciación provinciana del latín hablado en la Galia Cisalpina. Hacia el siglo VIII d.C. existen pruebas de una transformación considerable, hasta el punto de que estaba cambiando la forma de referirse a ella: la «lingua latina» comenzaba a llamarse «lingua romana» o «rustica romana lingua». Con seguridad, hacia el 900, cuando encontramos los primeros textos que representan el lenguaje escrito de los galos, ya no podemos hablar de latín, sino que debemos hablar de francés antiguo; las otras lenguas latinas comenzaron a surgir en la misma época aproximadamente.

La situación a la que se enfrentaba entonces el latín es similar a la que atraviesa el inglés en la actualidad. Por un lado existía el latín clásico, aparentemente vivo y en buen estado, que se enseñaba de forma habitual por todo el mundo occidental civilizado. Por otro, había pruebas evidentes del principio de una mutua ininteligibilidad entre las comunidades, pues aquellas que habían hablado en su día latín vulgar en Portugal, España, Francia, Italia, Rumanía y otros lugares se distanciaban cada vez más unas de otras. Puede incluso que existieran especulaciones sobre el futuro del latín, a causa de estas corrientes existentes. ¿Llegaría la lengua a fragmentarse completamente? ¿Permanecería el latín como *lingua franca* mundial? ¿Seguiría la forma estándar siendo objeto de estudio

dentro de mil años? Transcurrido ese milenio sabemos lo que ocurrió. Las formas unificadas de estas lenguas son ahora mutuamente ininteligibles. El latín clásico todavía es utilizado, pero solamente por un pequeño número de clérigos y eruditos, principalmente pertenecientes a la Iglesia Católica Romana. Un puñado de fieles clasicistas intentan mantener la tradición de la enseñanza del latín en escuelas y universidades, pero no lo tienen fácil. El latín, para la mayoría de los propósitos, es una lengua muerta hoy día. Pero sus lenguas-hijas están muy vivas.

¿Podría repetirse este proceso con el inglés? Indudablemente, existen paralelismos notables. El inglés se extendió por el mundo moderno en un marco temporal no muy diferente del que debió afectar al latín. Roma se convirtió en República en el 509 a.C., y adquirió su primera provincia de ultramar, Sicilia, tras la primera Guerra Púnica (264-241 a.C.). Dos siglos después, Augusto fundó el Imperio, el 31 a.C., que duró hasta el 476 d.C. en Occidente. Así que estamos hablando básicamente de un periodo de casi mil años, de los cuales aproximadamente 750 lo fueron de expansión real. Ahora consideremos el inglés desde los tiempos del obispo Aelfrico, el primero que puso sobre el papel una conversación en inglés (en su *Colloquy*, escrito alrededor del año 1000) y veremos que ha transcurrido otro periodo de casi mil años, con signos de cambio lingüístico desde los primeros tiempos. Durante el siglo XI empezó a desarrollarse una nueva variedad del inglés en Escocia, muy influida por los refugiados que habían huido al norte en los años posteriores a la conquista normanda; esta variedad constituyó la base para el distintivo inglés escocés de nuestros tiempos. No obstante, la primera evolución de ultramar no surgió hasta el final del siglo XII, cuando Enrique II impuso el gobierno inglés en Irlanda en 1171; las primeras influencias del gaélico irlandés en el inglés deben de haberse escuchado poco tiempo después. Su principal periodo de ex-

pansión por el mundo abarca desde ese momento hasta el siglo XX, unos 750 años, lo mismo que el latín.

Podemos llevar estos paralelismos aún más lejos. Los «clásicos» de la literatura latina —pertenecientes a la «Edad Dorada» de Augusto, como Ovidio, Virgilio, Horacio, Livio y otros— surgieron durante el siglo I a.C., unos 400 años después del inicio de la República y 200 después de la Primera Guerra Púnica. El primer «clásico» de la literatura inglesa, los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, fue escrito 400 años después del primer cambio de milenio y alrededor de 200 años después de la expedición a Irlanda. Ahora desplazémonos otros 200 años, hasta un siglo que sería muy significativo para ambas lenguas. Durante el siglo III a.C. comenzaron las invasiones de los bárbaros por toda Europa, que no cesarían durante los cien años siguientes y, finalmente, provocarían la decadencia del Imperio Occidental. El latín clásico se convirtió en una lengua de las elites y, a medida que las líneas de comunicación con Roma se hacían más tenues, aumentaron las diferencias en el habla de los distintos lugares. El latín comenzaba su periodo de decadencia como *lingua franca* hablada. Los siguientes 200 años en Inglaterra también supusieron un punto de inflexión. Nos encontramos ahora a finales del siglo XVI. Era una época en la que se debatían acaloradamente los méritos del inglés frente a otras lenguas, especialmente el latín, y se hablaba mucho de declive. Richard Mulcaster, director de la Merchant Taylor's School, fue uno de los más fervientes partidarios del inglés y defendía sus posibilidades como medio de expresión culta junto con el latín. Pero incluso él concluyó aceptando que no podía competir con éste como lengua internacional. En 1582, escribía: «La lengua inglesa tiene poco alcance; no llega más allá de esta isla nuestra, y ni siquiera alcanza a todas partes [...]. Nuestro Estado no es ningún imperio que tenga esperanzas de aumentar anexionando a otros países»⁸. Tampoco existía ninguna literatura de la que sentirse orgulloso, al

menos desde la época del «Padre Chaucer», como le llamaba la gente, doscientos años antes (y el inglés de Chaucer, a causa de los importantes cambios de pronunciación ocurridos a comienzos del siglo XV, se había convertido prácticamente en una lengua diferente).

1582. ¡Vaya un momento para expresar tales afirmaciones! En la siguiente generación las cosas cambiaron completamente, tanto en política como en literatura. En dos años levaría anclas la primera expedición de Walter Raleigh a América y, aunque resultara un fracaso, una generación después se había fundado el primer asentamiento inglés permanente en Jamestown, Virginia. Como ya hemos visto, los préstamos de las lenguas indias en el inglés hablado allí —que, como resultado, comenzaron a convertirse en inglés americano— se convirtieron en una característica de la escritura contemporánea casi inmediatamente, y pronto se haría referencia a un acento americano específico. En cuanto a la literatura, 1582 también resultó significativo, ya que fue el año en que un joven de Stratford, Warwickshire, se enamoró —no de Gwyneth Paltrow (eso vendría después), sino de Anne Hathaway (su certificado de matrimonio está fechado el 27 de noviembre de ese año). Poco tiempo después —no sabemos cómo ni cuando— se mudó a Londres, y no mucho más tarde se comienza a hablar de él como escritor. La literatura inglesa ya nunca volvería a ser la misma.

Seiscientos años después del inicio de la expansión del latín y del inglés hubo un punto de inflexión. Alrededor de cuatro o cinco millones de personas hablaban inglés a finales del reinado de Isabel I de Inglaterra. Esta cantidad ha aumentado hasta los 1.500 millones (aproximadamente la cuarta parte de la población mundial) a finales del reinado de Isabel II de Inglaterra. El contraste entre la historia del latín y del inglés en este punto parece absoluto. Pero si la historia puede servirnos de guía, parecería que este periodo de expansión del inglés

contiene en su interior la semilla de su propia fragmentación. No se habla de «lenguas latinas», sino de «lenguas romances». Y, como hemos visto, existe un libro titulado «Las lenguas inglesas». Parece que la historia se repite.

Fuerzas centrífugas frente a fuerzas centrípetas

Sin embargo, puede que la historia ya no nos sirva como guía para comprender lo que está ocurriendo con el inglés en la actualidad. El paralelismo con el latín no es perfecto. Una de las consecuencias de la globalización es que nos permite el acceso inmediato a otras lenguas y a variedades del inglés diferentes de la nuestra, a través de los medios de comunicación, de forma completamente nueva. Todo ello está transformando la manera en que concebimos el lenguaje. Un colega del British Council me contó recientemente que había visto a un grupo de gente en una aldea apartada de la India congregado alrededor de un televisor en el que escuchaban el informativo de la BBC captado vía satélite. Él creía que probablemente ninguna de aquellas personas había escuchado antes —al menos de un modo regular o prestando suficiente atención— otro inglés diferente al de la variedad india que utilizara el maestro de su escuela. Pero con todo el amplio espectro de nuevos modelos auditivos que comienza a estar disponible fácilmente, no resulta difícil prever que el tipo de inglés hablado en la India pueda transformarse de nuevas y diferentes formas. Además, al ser las transmisiones vía satélite globales, por definición, es fácil deducir que podría surgir un sistema natural de equilibrio y control —del que existen múltiples testimonios en la historia del lenguaje— en el caso del inglés mundial. En este escenario, el impulso derivado de la necesidad de adquirir una identidad, que ha hecho al inglés indio cada vez más diferente del británico, se vería compensado por el impulso para conse-

guir la comprensión a escala mundial, que harían al inglés indio cada vez más similar. Lo mismo puede ocurrir en cualquier parte.

En el inglés actúan tanto fuerzas centrífugas como centrípetas. Junto a la necesidad de reflejar situaciones e identidades locales, que fomenta la diversidad, está la necesidad de entendimiento mutuo, que fomenta la estandarización. Las personas necesitan entenderse mutuamente, tanto en su país como internacionalmente. La necesidad de una *lingua franca* siempre ha estado presente y se hace más apremiante a medida que crecen las organizaciones supranacionales. Los 191 miembros de las Naciones Unidas no están allí sólo para expresar sus identidades, sino también porque quieren hablar unos con otros (al menos en ocasiones). Sean cuales sean los idiomas escogidos por una organización como *lingua franca*, para funcionar resulta primordial —si se trata de funcionar— que todo el mundo aprenda una forma homologada de lenguaje. En el caso del inglés, cuando las personas se reúnen en celebraciones internacionales, leen la prensa internacional o escriben libros para su publicación internacional, la lengua que usan es el inglés estándar.

En realidad, el inglés estándar no es idéntico en todas partes (uno de los puntos obvios es las diferencias ortográficas entre el británico y el norteamericano), pero es básicamente el mismo, especialmente el impreso. Está algo menos establecido en el habla, donde las diferencias de pronunciación identificarán a las personas como británicos, norteamericanos, australianos, etc. Sin embargo, éstas siguen siendo muy pequeñas y pueden disminuir a medida que aumentan los contactos internacionales. Aunque suene a cliché, el mundo realmente se ha hecho más pequeño, lo cual lleva consigo una consecuencia lingüística obvia: que hablamos más unos con otros y podemos entender mejor al otro. Los británicos pueden ahora presenciar fútbol americano por televisión cada fin de semana, lo

que aumenta su comprensión del vocabulario técnico del juego. Un ciclo sobre el sumo en televisión hace unos años multiplicó por diez mi conocimiento de palabras japonesas. Cuando reflexionamos sobre las oportunidades de contacto en la actualidad, parece lógico pensar que los elementos estándar del inglés internacional vayan a reforzarse. La televisión por satélite, que introduce el inglés británico y norteamericano en los hogares de todo el mundo, es una novedad particularmente significativa cuya probable consecuencia será un inglés hablado cada vez más unificado.

Por este motivo, la historia del latín no nos sirve de guía para conocer el futuro del inglés. Hace mil años no existían estas fuerzas centrípetas. Una vez que el Imperio Romano empezó a desmembrarse, no existió nada que interrumpiese las fuerzas centrífugas que fragmentaron el latín. El número de personas que hablaban el latín estándar en Europa era pequeño, y la comunicación entre grupos difícil. Comunicativamente hablando, el planeta entero es ahora más pequeño que Europa entonces. Es el relativo aislamiento mutuo de las personas lo que provoca que un antiguo idioma común se transforme en diferentes direcciones. En la Edad Media, las comunidades permanecían aisladas del resto del mundo muy fácilmente; hoy es prácticamente imposible.

En el mundo moderno coexisten fuerzas centrífugas y centrípetas, y ambas cumplen una función. Queremos guardar nuestro propio pastel lingüístico y comérmolo. Queremos expresar nuestra identidad a través de la lengua y comunicarnos de forma inteligible mediante la lengua. Queremos ser diferentes y queremos ser iguales, y lo más maravilloso del uso humano del lenguaje es que todo esto es perfectamente posible. Se trata del tipo de situación que nuestros cerebros multifuncionales manejan estupendamente. Podemos tener nuestro pastel y comérmolo. Uno de los descubrimientos principales de la lingüística del siglo XX fue demostrar la extraordinaria

capacidad del cerebro para el lenguaje; se observó que el bilingüismo y el multilingüismo forma parten de la condición humana normal: bastante más de la mitad de la población mundial, quizás dos terceras partes, es bilingüe. Los niños aprenden lenguas, a menudo varias, a velocidad extraordinaria. Está claro que existe algo en nuestra constitución que promueve la adquisición del habla, y por ello no veo que exista ningún problema intrínseco en la aparición gradual de un mundo trilingüe: un mundo en el que coexistan cómodamente un dialecto casero (a menudo de carácter muy mestizo), un dialecto nacional estándar y un dialecto internacional homologado. Un pronóstico que nuestros antepasados latinos habrían envidiado. Permítanme mostrar la manera en que funcionan los tres niveles de inglés a partir de mi propio historial:

- El nivel básico, el lugar donde todos comenzamos, es el hogar, nuestro dialecto familiar. En mi caso fue Gales, y mi dialecto materno, un inglés galés de acento tan pronunciado que cuando mi familia se mudó a Liverpool, teniendo yo 10 años, fui rápidamente apodado Taffy*, y con ese nombre permanecí incluso después que mi acento se hubiera transformado en el de los habitantes del norte de Inglaterra. Hoy hablo fluidamente galés y escocés: tengo dos dialectos maternos; todo el mundo tiene al menos uno.
- El segundo nivel es la variedad nacional de inglés estándar que la mayor parte de las personas aprenden cuando van a la escuela (para una minoría de personas —en el Reino Unido, especialmente en el sudeste de Inglaterra— el dialecto materno ya es el inglés estándar). En mi caso fue el inglés británico estándar. Aprendí a escribirlo y gradualmente a hablarlo evitando rasgos como el uso

* Taffy (David) ejemplifica al galés típico (*N. del T.*).

de *ain't* o las dobles negaciones, y aprendiendo un espectro de construcciones gramaticales y de vocabulario diferente del que utilizaba en mi dialecto familiar.

- El tercer nivel lo ocupa el inglés internacional estándar o, dicho de otro modo, un inglés cuya gramática y vocabulario no son reconocidamente británicos, americanos o cualquier otra cosa. Muchas personas que trabajan en el extranjero se convierten en expertos en la utilización de una variedad que carece de sus rasgos británicos originales, porque son conscientes de que están dirigiéndose a personas que no pertenecen al Reino Unido. El inglés hablado internacional estándar no es todavía una realidad global, pero se está aproximando a serlo.

Similares distinciones se encuentran en otros escenarios lingüísticos. Muchos estudiantes extranjeros de inglés tendrán una lengua ancestral o étnica en el primer nivel, y un idioma nacional en el segundo nivel (por ejemplo, euskera en el primero y español en el segundo, en el caso de algunas personas nacidas en el País Vasco). Los primeros dos niveles pueden ser también formas muy diferentes de la misma lengua (como napolitano e italiano estándar, respectivamente, en el sur de Italia).

La nueva revolución

El siglo XXI probablemente será testigo de cómo los angloparlantes de nacimiento con un nivel educativo más elevado se convertirán en tridialectales (*triglosia*, se llama a menudo), independientemente de que vivan en el Reino Unido, Estados Unidos, Ghana, Singapur o en cualquier otro lugar en donde el inglés tenga una presencia nacional significativa. Gracias a la cobertura de los medios de comunicación, estos hablantes son ya tridialectales en su capacidad para comprender varieda-

des regionales de inglés; y cada vez serán más tridialectales también en su propia producción. Quienes aprendan inglés como lengua extranjera se verán asimismo en la necesidad de enfrentarse con estas variaciones, desarrollando la percepción de unas normas internacionales paralelas a las normas nacionales que actualmente son objeto de estudio. Los profesores ya suelen llamar la atención rutinariamente sobre diferencias lexicográficas y gramaticales, como las de los términos británico (*pavement*), estadounidense (*sidewalk*) y australiano (*footpath*) para designar *acera*, aunque suele ser desde el punto de vista de una de las variedades hacia las otras. Un profesor de inglés británico destaca las alteraciones gramaticales americanas, o viceversa. Puede que no tengan que pasar muchos años antes de que se instituya la variedad estándar internacional como punto de partida del cual el británico, el americano y otras variedades no sean sino localizaciones opcionales.

No sé cuánto tiempo falta para que este escenario quede completamente establecido. Pero estoy seguro de que no será una transición fácil, ya que supondrá importantes cambios en nuestros métodos de enseñanza y de examen. La situación no tiene precedentes, al haber más personas en más lugares que utilizan el inglés que en ningún otro momento de la historia de las lenguas, y resulta impredecible, ya que las fuerzas que fomentan la identidad lingüística y aquellas que estimulan la comprensión se encuentran en mutua competencia de maneras inesperadas. Consecuentemente, corren tiempos difíciles para aquellos que trabajan profesionalmente con el inglés. Después de todo, no ha habido otro periodo de transformaciones rápidas y fundamentales desde las explosiones de evolución que lo conmovieron en la Edad Media y en el Renacimiento. Por primera vez en 400 años estamos experimentando lo que sucede cuando el inglés atraviesa un periodo de cambio especialmente drástico. Equivale a otra revolución en la forma en que se usa la lengua; una época emocionante para ser lingüista, pero

problemática para ser profesor y tener la obligación de guiar a otros a través de ella. Sin duda, los métodos tradicionales de enseñanza de lenguas continuarán sin apenas cambios de momento, pero ya son visibles signos de una mayor amplitud en lo que respecta a los ejercicios de comprensión oral. Vivimos en un mundo en el que la mayor parte de las variedades que encontramos al viajar por el mundo son diferentes del inglés británico o americano tradicional. Los profesores prestarían un flaco servicio a sus alumnos si les permitieran terminar su instrucción sin estar preparados para enfrentarse al desafío del nuevo mundo lingüístico que les espera.

Este capítulo se ha centrado en lo que probablemente ocurrirá a medida que el inglés se enfrente a las tensiones derivadas de su transformación en una lengua global en un periodo de tiempo tan relativamente corto. Pero existe otra cara de la moneda. Cuando una lengua adquiere una situación dominante dentro de un país, siempre hay implicaciones para las otras lenguas locales: ¿de qué manera consiguen mantener su identidad? Cuando una lengua adquiere categoría global, dichas implicaciones afectan a todas las lenguas, por lo que surge toda otra serie de cuestiones. ¿Será la influencia del inglés tan poderosa que cambie de modo permanente el carácter de todas las otras lenguas? ¿Podría el inglés exterminar a las demás lenguas? Un mundo en el que solamente quedara una lengua —un desastre intelectual ecológico a escala sin precedentes— es uno de los posibles escenarios teóricos para los próximos 500 años. Fue durante la década de los noventa cuando empezó a considerarse seriamente la posibilidad de que algo así ocurriera, como resultado de la toma de conciencia de la segunda dimensión de la revolución del lenguaje.

CAPÍTULO 2

EL FUTURO DE LAS LENGUAS

Ninguna lengua vive aislada, y todas aquellas que entran en contacto influyen unas sobre otras. Las más extendidas —los idiomas internacionales como el francés, el español, el chino y el suahili— son las que más influencia ejercen, y la lengua global, por su propia naturaleza, es la que tiene más influencia de todas.

Una de las tendencias más notables de los últimos cincuenta años ha sido el modo en que el inglés, a medida que se convertía en lengua global, se iba infiltrando en otras lenguas mediante el préstamo de una cantidad sin precedente de términos ingleses. Como muestra, vayan una decena de ellos recogidos por el *Dictionary of European Anglicisms* (2001), de Manfred Görlach, al comienzo del alfabeto:

AA (Alcoholics Anonymous), absenteeism, abstract (content summary), accelerator, accountant, ace (tennis), acid (LSD), acid house (music), action film, AD (art director) *¹.

* En lengua castellana equivalen a Alcohólicos Anónimos, absentismo, resumen de contenidos (no hay término derivado), acelerador, contable (sin término aso-

Cada cultura responde de modo muy diferente a este influjo, y en cada una de ellas surgen actitudes variadas. Algunas personas lo consideran una fuente de enriquecimiento lingüístico y le dan la bienvenida, mientras otras, más puristas, lo condenan como un ataque a los valores de las lenguas tradicionales. Se han creado organizaciones para combatirlo, y en algunos casos famosos —el más conocido de los cuales quizá sea la Ley Toubon en Francia— se ha intentado prohibirlo. Aunque la energía y los sentimientos generados por estas iniciativas sean dignos de todo respeto, la historia nos muestra claramente que están mal encauzados. Todas las lenguas han estado siempre en contacto con otras lenguas, y todas han tomado prestadas palabras de las demás. Ninguna comunidad lingüística ha conseguido detener el proceso una vez puesto en marcha. La única manera de hacerlo sería apartar la propia lengua del contacto con las demás, pero nadie desea el aislamiento social y económico que supondría esta política.

La posición contraria a adoptar palabras de otras lenguas encierra una falacia. Los puristas consideran que conduce a una transformación del carácter de la lengua, lo que supone un desastre. Si bien lo primero no deja de ser cierto, lo segundo no lo es en absoluto, como lo demuestra la historia de las lenguas, y especialmente la historia del propio inglés. Un examen del *Oxford English Dictionary* nos muestra que el inglés ha tomado, a lo largo de los siglos, palabras de más de 350 lenguas. Como ya señalé en el capítulo 1, esto ha transformado espectacularmente su carácter. Originariamente una lengua germánica, el inglés actual no se parece al de los tiempos anglosajones: cuatro quintas partes de su vocabulario no son de procedencia germánica, sino romance, latín o griego (siempre

me ha parecido irónico que cuando los franceses, por ejemplo, se quejan de los términos ingleses que actualmente se infiltran en su lengua, a menudo terminen poniendo reparos a palabras cuyo origen es francés o latino, como *le computer*).

No cabe duda de que el inglés ha cambiado, pero, ¿ha resultado negativo este cambio? Gran parte del impacto expresivo de Chaucer o Shakespeare —por mencionar sólo dos de muchos autores— se debe a su habilidad para trabajar con ese vocabulario multilingüe. Todo el mundo se beneficia de una lengua léxicamente enriquecida. En inglés poseemos muchos «dobletes» o «tripletes» —tales como *kingly*, *royal* y *regal* para hablar de la *realidad*— que provienen de los términos adquiridos a lo largo de la historia (el primero es germánico; el segundo, francés, y el tercero, latino). Tres palabras para el mismo concepto básico permiten expresar toda una gama de matices estilísticos que de otro modo no serían posibles. Las palabras procedentes de otras lenguas siempre añaden valor semántico a la propia, permitiendo expresar los pensamientos de manera mucho más matizada. Esto es precisamente lo que ocurre en estos momentos: los jóvenes, a diferencia de los mayores, creen que muchas palabras inglesas «molan», por lo que se refuerza su expresividad. De este modo, el lenguaje como un todo adquiere una nueva dimensión léxica de la que carecía con anterioridad. En muchos ámbitos sociales, como la publicidad, por ejemplo, se utilizan activa y creativamente términos ingleses, cuando dicho uso puede contribuir a vender productos. En el inglés ocurre lo mismo pero a la inversa: los términos franceses contribuyen a la venta de perfumes; y una de las expresiones alemanas más ampliamente utilizadas durante la pasada década se introdujo a través de los anuncios de televisión: *Vorsprung durch Technik* (la ventaja de la técnica).

Cuando una lengua adopta palabras —y sonidos o construcciones gramaticales—, lo hace adaptándolas. Así ha sido la historia continua del inglés, a medida que se iba extendiendo

ciado), ace (esp. tenis: tanto obtenido directamente del saque; pron. /is), ácido (LSD), acid house (estilo musical bailable, se mantiene la denominación), film de acción, director artístico (N. del T.).

por el mundo, dando lugar a las nuevas lenguas inglesas mencionadas en el capítulo 1, y los préstamos que adquieren actualmente otras lenguas pasarán por un proceso similar. Cuando el término francés *restaurant* penetró en el inglés fue cambiando su carácter, perdiendo la vocal nasal francesa de la sílaba final, para pasar primero a sonar como «rest-uh-rong», y posteriormente a su pronunciación moderna «rest-ront». De modo análogo, las palabras inglesas cambian su pronunciación y finalmente su carácter cuando son pronunciadas en otras lenguas. Un caso muy estudiado es el de las que han penetrado en el japonés: algunas son ahora ininteligibles para el oyente inglés nativo (lo cual es la causa de la aparición de etiquetas como «japlish», y el hecho de que estas variedades se estén convirtiendo en nuevas lenguas). Aunque a veces se utilicen en tono de broma, estas etiquetas no son ningún chiste, sino un intento de caracterizar lo que está aconteciendo por todo el mundo a medida que las diferentes lenguas aumentan sus contactos unas con otras. Son un ejemplo básico del hecho de que el lenguaje humano es incontrolable. A medida que aumenta la presencia de una lengua, y se convierte en nacional, internacional y global, ésta deja de pertenecer a sus creadores. El propio inglés hace mucho tiempo que dejó de ser propiedad de nadie, como hemos visto, y está abierto a la influencia de todos aquellos que decidieron utilizarlo. Por esa razón su transformación es tan grande a medida que se traslada por el planeta y cobra fuerza la existencia de una «familia de lenguas inglesas» en el siglo XXI.

El vocabulario atrae la mayor parte de la atención en este tema porque se trata del área en la cual el cambio se produce más rápidamente y es más evidente. Las personas son conscientes de las nuevas palabras y de los nuevos significados de las palabras. No obstante, no todos los préstamos lingüísticos atraen la misma cantidad de atención; las palabras tomadas de **otras lenguas** suelen pertenecer a dos categorías: aquellas que

nombran conceptos que la lengua no había expresado anteriormente (como la mayor parte del vocabulario propio de Internet) y aquellas que expresan conceptos para los que existía una opción local perfectamente satisfactoria. Esta segunda categoría es la que recibe más críticas, al existir el temor de que la nueva palabra termine reemplazando a la antigua. Pero, como ya he sugerido, se trata de un temor infundado por dos razones. En primer lugar, como muestran muchos ejemplos similares al mencionado para hablar de la *realidad*, la nueva palabra no tiene por qué reemplazar a la antigua, sino que puede complementarla. Cuando el español, por ejemplo, toma palabras inglesas y las adapta, dejan de ser inglesas para convertirse en españolas, aunque transmitan un matiz diferente del tradicional. El proceso de integración se ve facilitado por poetas, novelistas, dramaturgos, escritores satíricos, humoristas, publicistas y periodistas, que utilizan creativamente estos matices. Habitualmente se precisa de una generación para que las palabras importadas se integren plenamente, aunque Internet parece estar acelerando este marco temporal. Si miramos retrospectivamente a los préstamos de anteriores generaciones, los valoramos porque apreciamos la manera en que algunos autores los han empleado adecuadamente. Las críticas se centran solamente en los términos incorporados en la presente generación.

En segundo lugar, incluso en aquellos casos en los que la nueva palabra reemplaza a la antigua (como también ocurrió a menudo en el inglés, cuando cientos de palabras francesas reemplazaron a las anglosajonas en la Edad Media), poco es lo que puede hacerse para evitarlo. Merece la pena repetirlo: el lenguaje humano no puede controlarse. Cuenta el historiador del siglo XII Henry de Huntingdon que el rey Canuto de Inglaterra reprendió a quienes le adulaban mostrándoles que ni siquiera él como rey (ni, por implicación, el poder divino), podía detener el ascenso de la marea. La anécdota adquiere re-

levancia cuando observamos a individuos, asociaciones, academias e incluso parlamentarios intentando detener el flujo de palabras tomadas de cualquier otra lengua. Nunca lo consiguieron en el pasado, y no lo conseguirán en el futuro. Las lenguas son demasiado poderosas por el simple hecho de que afectan a demasiadas personas. Con la excepción de un puñado de casos en los que el número de hablantes es tan pequeño que su uso puede planificarse desde un ente central (como algunas lenguas minoritarias en peligro), su uso está fuera de control. Esto ocurre claramente con las lenguas fuertes, como el español, el francés y el alemán, hablados en muchos países y que han incorporado muchas identidades étnicas.

Por tanto, en lugar de atacar las palabras importadas, tendría mucho más sentido desarrollar estrategias creativas para fomentar su integración, en la literatura, la escuela y la sociedad en general. Sería una manera mucho mejor de invertir el tiempo y la energía. Las palabras importadas son producto de un mundo en el que personas con diferentes entornos lingüísticos comparten su tiempo y dan nuevas dimensiones de vida lingüística a una comunidad. Como ciudadano de ese mundo, yo valoro cada préstamo de mi repertorio lingüístico, y espero ilusionado el día en que los demás sientan lo mismo. Aquellos que disponen de tiempo y energía para preocuparse por temas lingüísticos podrían dedicarlos a otros mucho más importantes que merecen su atención: la muerte de las lenguas.

Lenguas amenazadas

A pesar de que cientos de lenguas han nacido y han muerto a lo largo de la historia humana, hasta la década de los noventa no fue perceptible, a partir de la publicación de una serie de estudios mundiales, que el ritmo de desaparición estaba aumentando considerablemente². Resulta sencillo resumir el al-

cance de estos hechos, aunque sea imposible ser exacto: parece probable que aproximadamente la mitad de las 6.000 lenguas existentes en el mundo desaparezcan a lo largo del presente siglo, lo que supone la pérdida de una lengua cada dos semanas más o menos, a un ritmo sin precedente en la historia conocida. Todavía existe escasa consciencia popular de los hechos, incomparablemente menos que la correspondiente consciencia de pérdida biológica que asociamos con el movimiento ecologista. La mayor parte de la gente no ha desarrollado aún una conciencia del lenguaje. Pero el alcance y el ritmo de la pérdida de diversidad lingüística mundial que está teniendo lugar en estos momentos son tan desastrosos que la palabra «revolución» se queda corta para describirlo considerando el presente contexto.

El interés público por la diversidad lingüística mundial está creciendo a ritmo constante, en parte debido a que la pauta global se está repitiendo concretamente en las diferentes lenguas que se encuentran en peligro, muchas de ellas en Europa. El viejo continente tiene la suerte de contar con varias décadas de experiencia en la gestión de lenguas minoritarias, estructuras administrativas y políticas para canalizar esos conocimientos, y un historial de toma de decisiones que ha producido importantes salvaguardas y recomendaciones. De hecho, varios países no europeos observan con gran respeto y no poca envidia el enfoque que reciben en el continente lenguas como el galés, que cuenta con dos leyes de protección (*Language Acts*) ya operativas y una tercera en debate. Los movimientos locales en apoyo del galés, el gaélico, el catalán, el rético y muchas otras lenguas minoritarias han construido una dinámica que alcanzó nuevas proporciones en la década de los noventa, a juzgar por la cantidad de declaraciones públicas (como el Estatuto Europeo para las Lenguas Regionales o Minoritarias, de 1992, y la Declaración de Derechos Lingüísticos de Barcelona, de 1996)³. Las organizaciones nacionales e internacionales

les preocupadas por la desaparición de las lenguas (como la Fundación Británica para las Lenguas Amenazadas, o el Centro Internacional de Documentación de la Unesco en Tokio, donde se recogen reclamaciones) datan de 1995. A causa de su juventud, el movimiento no tiene todavía una gran presencia pública, si lo comparamos con el movimiento ecologista en general, que lleva medio siglo cobrando fuerza. Pero no existe ninguna duda de la gravedad de la situación, proporcionalmente mucho mayor que el peligro de extinción que amenaza a las especies botánicas y animales. Nadie sugiere que la mitad de las especies del mundo vayan a desaparecer el próximo siglo.

Aunque es necesario reconocer la conexión entre la aparición de una lengua global (véase el capítulo 1) y el incremento en la tasa de desaparición de lenguas, esta relación no debería simplificarse. El impacto de las lenguas dominantes sobre las minoritarias es objeto de preocupación universal, y el papel del inglés posee implicaciones especiales en este asunto, pero es importante destacar que *todas* las lenguas mayoritarias tienen parte de responsabilidad: la conversión del inglés en lengua global no es el único factor que explica el peligro en que se encuentran las lenguas. Aunque el inglés haya resultado decisivo en la desaparición de otras lenguas en lugares como Australia y América del Norte, es poco relevante cuando consideramos las desapariciones correspondientes que han tenido lugar en América del Sur o en muchas partes de Asia, en donde el español, el portugués, el ruso, el árabe y el chino han reemplazado a las lenguas locales. Ni tampoco resulta siempre el factor esencial, a este respecto, en el África colonial, en donde las rivalidades étnicas y religiosas en el ámbito local suelen ser la razón de que determinada lengua se vea amenazada. La clave del asunto es de carácter general: nos estamos enfrentando a las consecuencias de una corriente globalizadora en la que se han liberado fuerzas culturales y de mercado sin precedentes, en la

que participan todos los idiomas más importantes y que actúa desequilibrando constantemente las fuerzas lingüísticas.

Una lengua desaparece cuando muere la última persona que la habla. Otros afirman que desaparece cuando lo hace el penúltimo hablante, porque el último ya no tiene oportunidad de hablar con nadie. Después de estas muertes, una lengua permanece sólo si ha sido puesta por escrito o existe algún tipo de registro. Al inicio de este nuevo milenio, no existe ninguna documentación de unas 2.000 lenguas, alrededor de una tercera parte del total existente. Cuando desaparece una de ellas, las consecuencias son realmente catastróficas. Al morir, las personas dejan signos de su presencia en el mundo en forma de enterramientos, túmulos funerarios y artefactos, es decir, su arqueología. Cuando desaparece una lengua que no había sido documentada, es como si nunca hubiese existido.

Las proporciones son dramáticas. No existe nada extraño en que desaparezca una lengua; a lo largo de la historia ha habido un devenir de diferentes comunidades, cada una de ellas con su propia lengua. El hitita, por ejemplo, murió cuando desapareció su civilización, en tiempos del Antiguo Testamento, y la misma suerte han compartido unas sesenta lenguas conocidas desde los tiempos bíblicos. Eso es comprensible, pero lo que está ocurriendo en la actualidad resulta extraordinario, a juzgar por las pautas del pasado. La muerte de la mitad de las lenguas conocidas en un mismo siglo supone una extinción a escala masiva y sin precedentes. ¿Cómo sabemos que desaparecerán tantas lenguas? En el curso de las últimas dos o tres décadas, lingüistas de todo el mundo han dedicado una gran cantidad de tiempo a buscar datos comparativos. Se han realizado varios estudios importantes, y cuando se estudia una lengua no se toman simplemente notas sobre su pronunciación, gramática y vocabulario, sino que se investiga el número de personas que la hablan y su edad. Es evidente que si se encuentra una que tiene pocos hablantes, y nadie se está preo-

cupando de transmitirla a los niños, se puede deducir que desaparecerá pronto. Y debemos llegar a la misma conclusión tenga dicha lengua 100 o 1.000 hablantes: no durará mucho.

En un estudio publicado en 1999 por el Summer Institute of Linguistics, *Ethnologue*, existían 51 lenguas con sólo un hablante vivo, 28 de ellas en Australia. Había cerca de 500 lenguas en el mundo con menos de 100 hablantes; 1.500 con menos de 1.000; más de 3.000 con menos de 10.000 hablantes, y la asombrosa cantidad de 5.000 con menos de 100.000 hablantes. Resulta que el 96 por ciento de las lenguas del mundo son habladas por el 4 por ciento de su población. Tal vez por eso no resulte extraño que tantas se hallen en peligro.

Considerar la cifra de 100.000 hablantes en el contexto de lenguas amenazadas de extinción suele sorprender a muchos. Tal vez parezca que una lengua con 100.000 hablantes está a salvo, pero las pruebas muestran lo contrario. Aunque dicha lengua no vaya a desaparecer la semana que viene, o el próximo año, no existe ninguna garantía de que vaya a sobrevivir a un par de generaciones. Todo dependerá de las presiones que reciba, en concreto de si corre el riesgo de ser dominada por otra lengua. También depende de las actitudes de quienes la hablan; ¿les importa que sobreviva o que desaparezca? El bretón, del noroeste de Francia, es el clásico ejemplo de lengua cuya cifra de hablantes ha disminuido espectacularmente. A comienzos del siglo XX llegaba al millón de personas y ahora se ha reducido a una cuarta parte. El bretón podría sobrevivir si se hicieran suficientes esfuerzos para salvarlo (iniciativas como las que han contribuido a que el galés recupere su crecimiento), y algunos signos muestran que eso ya empieza a ocurrir. Si no es así, la tendencia descendente seguirá adelante y podría desaparecer en cincuenta años. Esta hipótesis ya ha ocurrido recientemente con otras dos lenguas célticas del noroeste europeo, la lengua de Cornualles y la de la Isla de Man (**el manx**). Ambas están ahora recibiendo cierto apoyo, en un

intento de recuperación, pero cuando una lengua ha perdido a su última comunidad de hablantes nativos, la tarea de recuperarla es tremendamente ardua —aunque no imposible, tal y como se ha visto con algunos de los lenguajes aborígenes de Australia.

Una lengua no necesita mucho tiempo para desaparecer, una vez que su comunidad pierde la voluntad de mantenerla. En realidad, la velocidad que puede adquirir su declive ha sido una de las principales averiguaciones producidas por la investigación lingüística más reciente. Ejemplo de ello sería el aleutiano, la lengua de las Islas Aleutianas, situadas al oeste de Alaska, que sobrevive en una sola de ellas, Atka. En 1990 apenas 60 personas lo hablaban fluidamente; cuatro años después, eran sólo 44. Si el declive continúa a este ritmo, el aleutiano habrá desaparecido en el año 2010. Considerando la edad de sus hablantes más jóvenes, aún en la veintena, probablemente se conservará hasta la mitad del siglo, y será utilizado ocasionalmente hasta que, al final, sus escasos hablantes, aislados unos de otros y sin oportunidades para renovar la lengua mediante la interacción diaria, encuentren que no tienen a nadie con quien hablarlo. Podemos encontrarnos con este escenario en cualquier parte del mundo, pero especialmente en las regiones próximas al ecuador (en Brasil, África Occidental, la India y el Sudeste Asiático, especialmente en Papúa-Nueva Guinea), en las que se habla la mayor parte de las lenguas del mundo.

¿Cuál es la causa de que tantas lenguas estén en proceso de extinción? Las razones incluyen una amplia gama de respuestas que va desde los desastres naturales hasta el genocidio, pasando por diferentes formas de asimilación cultural. Aunque resulte prácticamente imposible obtener cifras exactas, es evidente que las pequeñas comunidades que habitan en zonas aisladas pueden ser fácilmente diezmadas o arrasadas a causa de terremotos, huracanes, tsunamis y otros cataclismos. El 17 de

julio de 1998, un terremoto de magnitud 7,1 centrado en la costa de la provincia East Saundaun, en Papúa-Nueva Guinea, acabó con la vida de más de 2.200 personas y desplazó a más de 10.000. Las aldeas de Sissano, Warupu, Arop y Malol fueron destruidas, y alrededor del 30 por ciento de los campesinos de Arop y Warupu murieron. Los investigadores del Summer Institute of Linguistics ya habían identificado con anterioridad cuatro formas de hablar lo bastante distintas entre sí como para ser reconocidas como lenguas diferentes, pero el tema seguía sin resolverse. Según *Ethnologue* (1996), era preciso realizar estudios en tres casos, y habían comenzado los trabajos en el cuarto. Las cifras ya eran pequeñas: Sissano contaba apenas con 4.776 habitantes en el censo de 1990; Malol, 3.330; Arop, 1.700 en 1981; y Warupu, 1.602 en 1983. Actualmente, las poblaciones de Arop y Warupu serán inferiores al menos en 500 personas cada una. Con la destrucción de estas aldeas, y el traslado de los supervivientes a centros de atención y otras localidades, se abre el interrogante de si estas comunidades (y por tanto sus lenguas) sobrevivirán al trauma del desplazamiento.

El efecto histórico que las enfermedades importadas causaron en los pueblos indígenas está bien documentado, aunque la extraordinaria escala de sus consecuencias a comienzos de la era colonial no sea todavía justamente valorada por todos. Durante los doscientos años posteriores a la llegada de los europeos a las Américas, se estima que el 90 por ciento de la población indígena fue aniquilada por enfermedades que aquellos, tanto animales como humanos, portaban. Enfocando a un área concreta, se estima que la población de México Central debía de estar por encima de los 25 millones en 1518, a la llegada de los españoles, pero había descendido hasta sólo 1,6 millones en 1620. Algunas estimaciones sugieren que la población total del Nuevo Mundo pudo haber superado los 100 millones antes del contacto con los europeos. Doscientos años

después, esta cantidad había descendido a menos de 1 millón. La escala de semejante desastre sólo puede apreciarse cuando se compara con otros: excede en mucho los 25 millones de muertos que se cree causó la peste negra en la Europa del siglo XIV, y también supera ampliamente el número total de bajas producidas por las dos guerras mundiales (entre 30 y 40 millones). Entonces era la viruela, ahora el sida. Pero el sarampión o la gripe común pueden ser igualmente mortales para una comunidad que no posee ningún tipo de inmunidad ante ellos, como se ha visto en repetidas ocasiones entre las lenguas amerindias de Sudamérica.

En aquellos lugares del mundo que poseen recursos naturales, los efectos sobre la población local de su explotación exterior han sido devastadores, como documentan con regularidad las organizaciones de derechos humanos. El tratamiento que reciben las comunidades de la selva amazónica continúa siendo objeto de condenas internacionales. A pesar de décadas de esfuerzos por asegurar los derechos de propiedad de los pueblos indígenas, y por ofrecerles protección contra los ataques de ganaderos, mineros y madereros, todavía abundan los informes de matanzas étnicas y desplazamientos. En otras partes del mundo se trata de la situación política, en lugar de la económica, la causa inmediata de reducción drástica de una comunidad o de su desaparición. Puede que los daños provengan de una guerra civil o de un conflicto internacional; puede que estén implicadas viejas enemistades étnicas o religiosas, como ocurre en algunas regiones de África. Las acusaciones de genocidio son habituales.

En algunos lugares resulta difícil separar los factores políticos y los económicos. En Colombia se ha atribuido la desaparición de varias lenguas a una combinación de circunstancias agresivas. Una línea de razonamiento apunta a una historia de conflictos militares que produjeron el exterminio de varias comunidades indígenas. El conflicto es complejo, y en él par-

icipan fuerzas regulares, paramilitares, guerrillas y criminales (narcotraficantes) que operan en el área rural. Los miembros de las comunidades indígenas se ven inmersos en él, y a menudo son objeto de sospecha por parte de alguna de estas fuerzas, que creen que colaboran con la(s) otra(s). Otros señalan la explotación de pequeñas comunidades por organizaciones tanto del interior como del exterior del país, con casos documentados de esclavitud laboral (para la producción del caucho en el Amazonas) y de migraciones forzadas de áreas rurales a la ciudad. Independientemente del balance de sus causas, el resultado es el mismo: mortalidad significativa de las personas y desintegración de la comunidad a corto plazo.

Aunque los individuos sigan viviendo, puede que la lengua muera. El restante grupo de factores que contribuyen a la desaparición de una lengua no tiene nada que ver con la seguridad física de sus hablantes. Los miembros de la comunidad siguen vivos y en buen estado, a menudo en su mismo territorio tradicional, pero no obstante su lengua entra en declive y finalmente desaparece, siendo reemplazada por cualquier otra. El término con el que más a menudo se designa esta situación es *asimilación cultural*: una cultura es influida por otra más dominante y comienza a perder su carácter, debido a que sus miembros adoptan nuevos comportamientos y costumbres. Gran parte de la presente crisis proviene de los principales movimientos culturales que comenzaron hace 500 años, cuando el colonialismo extendió un pequeño número de lenguas dominantes por todo el mundo. No hace falta resaltar este punto en lugares como Norteamérica o Australia, donde el inglés ha desplazado a tantas lenguas aborígenes, pero, como ya he mencionado, no debemos olvidar que el inglés no es en absoluto el único idioma que domina de esa manera. En Sudamérica fueron el portugués y el español; en Asia septentrional, el ruso; el árabe ha arrollado a multitud

de lenguas en el norte de África; y en el África Subsahariana la construcción de imperios tribales locales siempre ha sido un factor decisivo.

En la actualidad son bien conocidos los factores que fomentan la asimilación cultural. La urbanización ha creado ciudades que actúan como imanes para las comunidades rurales, y el desarrollo del transporte y de las comunicaciones ha facilitado su acceso a los campesinos. En estas ciudades entran en contacto directo con la sociedad de consumo, con sus sesgos específicamente norteamericanos, y con la homogenización que trae consigo este tipo de relación. El aprendizaje de la lengua dominante (el español o el portugués en Sudamérica, el suahili en gran parte del África Oriental, el árabe en el norte de África y el inglés prácticamente en todas partes) facilita enormemente este proceso. No hay escapatoria ni siquiera para las personas que permanecen en su entorno rural (excepto en las comunidades más aisladas), porque los mismos medios de transporte que llevan a los campesinos a la ciudad sirven para llevar productos de consumo y la publicidad asociada a ellos de vuelta a las comunidades. La centralización del poder en las metrópolis invariablemente provoca una pérdida de autonomía para las comunidades locales, y a menudo un sentimiento de extrañeza cuando se dan cuenta de que ya no tienen control sobre su propio destino y que quienes deciden en la distancia ignoran las necesidades locales. La lengua de la cultura dominante se infiltra por todas partes, reforzada por la incesante presión diaria de los medios de comunicación, especialmente de la televisión. El conocimiento y las prácticas tradicionales son rápidamente erosionados.

Aparentemente, la secuencia de acontecimientos que tiene lugar cuando una lengua asimila a otra es igual en todas partes. Pasa por tres amplias fases. En la primera se produce una enorme presión para que se hable la lengua dominante, presión que puede provenir de fuentes económicas, sociales o po-

líticas. Puede venir «de arriba a abajo», en forma de incentivos, recomendaciones o leyes promulgadas por un gobierno o una institución nacional; o puede venir «de abajo a arriba», en forma de corrientes de moda o presión social procedente de la propia sociedad de la que forma parte; o, incluso, puede no mostrar una dirección clara, surgiendo a modo de la interacción entre factores sociopolíticos y socioeconómicos que sólo en parte se reconocen y se comprenden. Pero, independientemente de dónde provenga la presión, su resultado —fase dos— es un periodo de bilingüismo emergente, a medida que los individuos son más eficientes en el uso de su nueva lengua mientras retienen el dominio de la antigua. Entonces, a menudo con bastante rapidez, este bilingüismo empieza a declinar, y la antigua lengua deja paso a la nueva. Así comienza la tercera fase, en la que la nueva generación adquiere competencia en la nueva lengua, identificándose más con ella, y considera a su primera lengua menos relevante para cubrir sus necesidades. Esto suele venir acompañado de un sentimiento de vergüenza al hablar la antigua lengua, tanto en los padres como en los hijos. Los padres la usan cada vez menos con sus hijos, o delante de sus hijos, y cuando la nueva sociedad trae al mundo más niños, encuentran menos oportunidades para usar la lengua con ellos. Aquellos hogares que continúan empleándola se dan cuenta de que quedan menos familias con las que hablar, y su propio uso se hace más endógeno e idiosincrásico, dando lugar a «dialectos familiares». Fuera de casa, los niños dejan de hablarse entre ellos en su lengua. En una sola generación, a veces en una sola década, una familia puede pasar de un sano bilingüismo a un «semilingüismo» consciente, y de ahí a un monolingüismo que sitúa a la antigua lengua un paso más cerca de su extinción.

El desafío del siglo XXI: documentación y revitalización

¿Hay algo que pueda hacerse? Evidentemente, es demasiado tarde para acometer cualquier iniciativa que pueda ayudar a muchas lenguas cuyo número de hablantes es demasiado escaso, o éstos son demasiado viejos, y cuya comunidad está demasiado absorbida por la mera supervivencia como para preocuparse por su lengua. No obstante, muchas otras no se encuentran en una situación tan grave. A menudo, cuando una lengua está amenazada pueden hacerse cosas que la doten de nueva vida. El término utilizado es *revitalización*. Una vez que determinada comunidad es consciente de que su lengua está en peligro, puede actuar conjuntamente e introducir medidas para revitalizarla. Hay ejemplos célebres en Australia y América el Norte. En las Islas Británicas, el mejor ejemplo de lengua revitalizada es el galés. Para que existan probabilidades de éxito, deben aunarse varios factores: la propia comunidad debe querer salvar su lengua; la cultura de la que forma parte debe ser respetuosa con las lenguas minoritarias; son necesarios fondos para financiar cursos, materiales y profesores; y, en muchos casos, hacen falta lingüistas que acometan la tarea básica de ponerla por escrito, sobre el papel o en su equivalente digital.

Ésa es la labor más importante, documentar la lengua, o lo que es lo mismo, registrarla, analizarla y escribirla. Existen dos motivos para ello. El primero, evidentemente, de carácter educativo: la necesidad de alfabetización. Pero, además, existe un segundo motivo, relacionado con las razones por las que nos preocupamos cuando desaparece una especie animal o vegetal: porque reduce la diversidad de nuestro planeta. Por supuesto que en este caso nos referimos a la diversidad cultural e intelectual, no biológica, pero la cuestión es la misma. La mayor parte de las personas aceptan sin necesidad de explicaciones que la biodiversidad es algo positivo, y que debería fomentarse

su preservación. Existe una conciencia al respecto, tras décadas de publicidad y activismo. Desgraciadamente, la diversidad lingüística no tiene la misma prensa. El público, en general, no es consciente de esa necesidad. En el capítulo 4 se exponen con más detenimiento diversas iniciativas para incrementar la conciencia pública.

La diversidad es una parte fundamental del pensamiento evolutivo, que la considera resultado de la adaptación genética de las especies para sobrevivir en diferentes medios. El aumento de la uniformidad encierra peligros para la supervivencia de las especies a largo plazo. Los ecosistemas más fuertes son los más diversos. En su aplicación al desarrollo humano, con frecuencia se ha argumentado que nuestro éxito en la colonización del planeta se debe a nuestra capacidad para desarrollar culturas que se ajusten a todo tipo de medio ambiente. La necesidad de mantener la diversidad lingüística se basa directamente en ese mismo argumento. Si la diversidad es un requisito indispensable para el éxito de la humanidad, resulta esencial la preservación de la diversidad lingüística, ya que las lenguas forman parte esencial de lo que significa ser humano. Si el desarrollo de múltiples culturas es tan importante, el papel de las lenguas se convierte en fundamental, ya que las culturas se transmiten principalmente mediante el lenguaje oral y escrito. La mayor parte de la historia de una comunidad, y gran parte de su identidad cultural, se inscriben dentro de su propia lengua. «Cada lengua es un templo —afirmó Oliver Wendell Holmes— que guarda el alma de quienes la hablan»⁴. Si la diversidad es un factor fundamental, cuantas más lenguas podamos conservar, mejor será.

El mundo está compuesto por un mosaico de diferentes visiones; las visiones de los demás nos enseñan tanto que perder una sola pieza supone una pérdida para todos nosotros. En ocasiones, la enseñanza es eminentemente práctica, como cuando se descubren nuevos tratamientos médicos a partir de

las prácticas de medicina tradicional de un pueblo indígena. Otras veces es intelectual, un aumento en nuestra conciencia de la historia del mundo, como cuando los vínculos entre diferentes lenguas nos ofrecen información sobre los movimientos de las civilizaciones primitivas. El Dr. Johnson afirmó: «Siempre lamento la desaparición de una lengua, porque las lenguas son el árbol genealógico de las naciones»⁵. En otras ocasiones, la pérdida es literaria, ya que cada lenguaje tiene su equivalente —aunque sea sólo en forma oral— a Chaucer, Wordsworth y Dickens. Como es lógico, a menudo es lingüística: aprendemos algo nuevo sobre el propio lenguaje, el rasgo de la conducta que nos hace auténticamente humanos. Ezra Pound resumió la razón intelectual esencial: «La suma de la sabiduría humana no se encuentra contenida en ninguna lengua, y ninguna única lengua es capaz de expresar todas las formas y los grados del entendimiento humano»⁶. La perspectiva complementaria nos la ofrece George Steiner: «¿Acaso no es obligación del crítico hacer uso de otra lengua, al menos de un modo imperfecto, aunque sólo sea para experimentar los contornos que definen la suya propia?»⁷.

Así pues, existen poderosas razones ecológicas, sociales y lingüísticas por las que deberíamos preocuparnos por la muerte de las lenguas y acometer la tarea de documentar las lenguas amenazadas tan pronto como sea posible. Con cada una que desaparece se pierde otra valiosa fuente de información acerca de la naturaleza de la facultad del lenguaje humano (y no debemos olvidar que solamente existen 6.000 fuentes en total). No obstante, no todos aprecian el valor de un mundo multilingüe. Existen mitos muy arraigados, cuyo peor ejemplo es el de la Torre de Babel. La multiplicidad de lenguas se considera una maldición más que una bendición, impuesta por Dios en castigo por la soberbia de la humanidad. Según este razonamiento, todos estaríamos mucho mejor si hubiera una sola lengua en el mundo, ya fuera el inglés, el esperanto o cual-

quier otra, porque se acabarían los malentendidos y reinaría la paz en el mundo.

El razonamiento suena muy atractivo, pero no tiene sentido. No tiene nada que ver con creer o no en la Biblia, dejando de lado la cuestión de si hubo alguna vez un único lenguaje antes de Babel (Génesis 10 sugiere que no lo hubo, al nombrar a los hijos de Jafet «según sus países y cada una de sus lenguas» mucho antes de la caída de la Torre de Babel, que no se menciona hasta Génesis 11). Lo cierto es que un mundo monolingüe no supondría más paz en el futuro de la que existe actualmente en los países monolingües. Más bien al contrario. Es interesante observar cómo muchos de los lugares más conflictivos de las últimas décadas están situados en países caracterizados por su monolingüismo, como Camboya, Vietnam, Ruanda y Burundi (que ocupan una posición preeminente a este respecto en África) y la zona de habla serbocroata de la antigua Yugoslavia. Incluso Irlanda del Norte puede incluirse en el ejemplo. Del mismo modo, todos los principales países monolingües han tenido sus propias guerras civiles. Cuando las personas quieren luchar unas con otras, hace falta más que una lengua común para detenerlas. Es más probable que apoyemos un mundo en paz si prestamos atención a los derechos de los pueblos y a su identidad como comunidades, siendo el principal emblema de una comunidad su lengua. Resulta más probable que una política de multilingüismo sensible y una preocupación por las lenguas minoritarias sienten las bases de la coexistencia pacífica y mutuamente beneficiosa; y sólo podremos desarrollar tal política siendo conscientes, realmente conscientes, de los beneficios del bilingüismo, un principio que las naciones dominantes, básicamente monolingües por temperamento histórico, tienen todavía dificultades en asumir. Es necesario que reflexionen sobre las palabras de Emerson: «Un hombre es tanto más hombre cuantas más lenguas, más amigos, más habilidades y oficios posea»⁸. O sobre

el proverbio eslovaco: «Con cada nueva lengua aprendida se adquiere una nueva alma».

Es evidente que todo esto debe situarse dentro de una perspectiva más amplia en algunas partes del mundo. Es axiomático que el bienestar físico tiene la máxima prioridad: es absurdo defender el lenguaje si la gente está demasiado enferma para hablar o demasiado hambrienta para escuchar. Si la comida, el bienestar o el trabajo escasean, sólo puede esperarse que se dirijan las energías a encontrar la manera de incrementar los recursos y promover el crecimiento económico. Lo mismo ocurre cuando un conflicto militar, la opresión política o los disturbios civiles amenazan la seguridad y la supervivencia diarias. En estos casos, la preservación de la lengua casi parece un lujo irrelevante. Sin embargo, lo cierto es que las circunstancias, las prioridades y las metas vitales cambian con el tiempo. Si los programas de desarrollo promovidos por las organizaciones internacionales tienen algún éxito, hay esperanzas de que llegará un momento en el que los pueblos, sanos y bien alimentados, posean el tiempo y la energía para procurar la mejora en la calidad, y no sólo en la cantidad, de vida. Llegado ese momento, intentarán revivir sus tradiciones y afirmar su identidad cultural. Entonces se fijarán en su lengua.

Una de las quejas más habituales que suelen escucharse está formulada en forma condicional: «si mis padres hubieran...», «si la generación de mis abuelos hubiera...» Esta reacción se da frecuentemente en la segunda generación posterior a aquella que resultó incapaz de transmitir su lengua. Normalmente, la primera generación no suele preocuparse de ello, ya que sus miembros aún se encuentran demasiado ocupados luchando por asentar su nueva posición social y su nueva lengua. Son sus hijos, que ya se sienten seguros en dicha lengua y ocupan una posición socioeconómica mucho mejor, los que reclaman las tierras y los derechos civiles que quedaron atrás, comienzan a reflexionar sobre la herencia perdida y desean que las cosas

hubieran sido de otra manera. La «antigua lengua», que había sido fuente de vergüenza, se convierte en fuente de identidad y orgullo. Pero para entonces, si no se ha tomado ninguna medida de preservación, es demasiado tarde. Si su lengua ha desaparecido en el olvido sin ningún tipo de registro, no hay manera en que puedan recuperarla. Por el contrario, si se dedica un módico esfuerzo a su preservación, incluso en las circunstancias económicas más difíciles, se mantendrá abierta tal opción para estos pueblos. Podrán tomar su propia decisión, ya sea esta generación o la posterior.

Un módico esfuerzo. Nos encontramos ante el desafío del siglo XXI. ¿Seremos capaces de salvar unos miles de lenguas de ese modo? Por supuesto que sí, si disponemos de la voluntad y los fondos necesarios. ¿Cuánto costaría el esfuerzo? No sería barato, si pensamos que habría que enviar lingüistas al terreno, apoyar a la comunidad con profesores y recursos lingüísticos, publicar gramáticas y diccionarios, así como editar materiales para su uso en las escuelas, y todo ello durante un periodo de varios años, porque lleva tiempo revitalizar una lengua amenazada. Las condiciones varían tanto que resulta difícil generalizar, pero una cantidad de 100.000 libras esterlinas al año por lengua permitiría hacer muchas cosas. Si dedicáramos ese esfuerzo durante tres años a cada una de 3.000 lenguas, estaríamos hablando de unos 900 millones de libras para causar un impacto real en la presente situación de crisis. Ya sean libras o euros, la cantidad parece grande, pero situémosla en perspectiva: es equivalente a los ingresos producidos por la producción de petróleo de un par de días cualesquiera de un año medio. Podríamos obtener documentación sobre 3.000 lenguas e iniciar su revitalización por alrededor de 1.000 millones de libras o de euros. ¿De qué otra manera puede obtenerse tanto rendimiento por ese dinero?

El proceso ha comenzado, aunque lentamente y no sin dificultades. Durante la década de los noventa se fundaron va-

rias organizaciones para intentar canalizar las energías en juego y para conseguir fondos. Ya he mencionado la Fundación para las Lenguas Amenazadas, que comenzó su labor en Reino Unido en 1995, y existen organizaciones similares en Estados Unidos, Alemania, Japón y muchos otros lugares. La iniciativa promovida por la Unesco ese mismo año fue ampliada en marzo de 2003 mediante una nueva declaración que reflejaba la urgencia de la situación⁹. Al parecer, no escasean los solicitantes que desean «salir al terreno» y trabajar con estas lenguas. En muchas localidades hay personas nativas con buena formación que ya se encuentran «en el terreno». En todos los casos, el problema es la financiación. La necesidad es obvia, pero las necesidades sólo pueden cubrirse mediante la concienciación, que requiere estudios académicos, retrasmisiones audiovisuales, periodismo y tantos canales de comunicación como sean posibles, sin olvidarnos, como expondré en el capítulo 4, de las artes. Imbuir en las mentes del público la sensación de «alarma roja» es probablemente el esfuerzo lingüístico fundamental que debe realizarse en el nuevo milenio. Hace una década habría resultado muy difícil plantear el modo de conseguirlo. En la actualidad se han abierto una serie de puertas, en gran medida gracias a las oportunidades que ofrece la tercera característica de la revolución del lenguaje: Internet.

CAPÍTULO 3

EL PAPEL DE INTERNET

El tercer factor que contribuyó al carácter revolucionario de la década de los noventa, y que justifica en mayor medida el uso del epíteto «revolucionario», fue la popularización de Internet. Aunque la tecnología de Internet funcionaba desde la década de los sesenta para correo electrónico y chats, muy pocas personas comenzaron a utilizarla hasta treinta años más tarde. La propia World Wide Web no vio la luz hasta 1991, pero en un periodo de tiempo extremadamente breve los usuarios adoptaron su tecnología y se hicieron expertos en ella, adaptando y expandiendo su lenguaje bien diferenciado. Al principio se pensaba que la principal novedad lingüística consistía en el argot y la jerga utilizados por sus entusiastas impulsores, así como en la tendencia a ignorar las reglas convencionales sobre puntuación y ortografía. Los lingüistas quedaron impresionados sobre todo por la velocidad con que las innovaciones lingüísticas podían circular por todo el mundo. Sin embargo, gradualmente se fue apreciando que Internet mostraba algo

más que una nueva variedad estilística de la lengua, al suponer una alternativa a los medios que facilitan la comunicación humana. Esta alternativa es tan novedosa que todavía no ha recibido una denominación comúnmente aceptada (se habla de *comunicación mediante ordenador*, *CMO*, y *comunicación electrónica*) ni existe un término unificado para el tipo de lenguaje que emplea (yo utilizo *Netspeak*)¹. Pero existen razones para considerar la llegada de Internet como un acontecimiento tan revolucionario en el ámbito lingüístico como lo ha sido en el ámbito técnico o en el social.

Las revoluciones de esta magnitud son acontecimientos excepcionales. El primer medio de comunicación fue, evidentemente, la palabra, que surgió en la raza humana hace entre 30.000 y 100.000 años, aproximadamente. Posteriormente, hace unos 10.000 años, aparece la escritura en algunas partes del mundo. Ambos medios han permitido desde entonces la comunicación satisfactoria del ser humano, y cada uno de ellos ha ido progresando paulatinamente con la llegada de nuevas tecnologías, especialmente el teléfono y la radiodifusión, en el caso de la palabra, y la imprenta y el telégrafo, en el caso de la escritura. Debemos igualmente reconocer la importancia de un tercer medio de comunicación para un sector importante de la sociedad, el lenguaje por signos de los sordomudos, cuya historia se desconoce hasta que comenzara a ser sistemáticamente registrado en el siglo XVIII, y que existe en la actualidad en diferentes formas. Sin embargo, en 10.000 años no había aparecido ningún medio de comunicación que afectara al conjunto de la sociedad.

¿Cuál es la base que nos permite hablar en un tono tan revolucionario? ¿Qué razones me impiden referirme a la comunicación mediante ordenador en términos tradicionales, simplemente como «lenguaje escrito en una pantalla»? La respuesta viene reflejada en la lucha que los analistas han librado para describir exactamente lo que ocurre cuando las

personas se comunican de esta manera. Los e-mails, el correo electrónico, han sido calificados, por ejemplo, de «habla escrita», «un híbrido entre conversación y carta» y «una extraña mezcla de escritura y charla»². Cuando Homer Simpson pregunta a sus amigos «¿qué es un e-mail?», éstos se rascan la cabeza; Lenny contesta «es una cosa de los ordenadores, como, eh..., una carta eléctrica», y Carl añade: «o una llamada de teléfono silenciosa»³. Cuando tomamos en cuenta el resto de las funciones de Internet, se complica la tarea de conseguir una definición sencilla en los términos en los que tradicionalmente se considera el lenguaje hablado o la escritura. Algunos comentaristas han comparado Internet con una amalgama de televisión, teléfono y publicaciones convencionales, y se ha acuñado el término *ciberspacio* para captar la noción de un mundo de información presente o posible en forma digital (anteriormente llamado *la autopista de la información*).

Para poder apreciar justamente la novedad del medio, necesitamos considerar todas las funciones que es capaz de desarrollar. En última instancia, Internet no es más que una asociación de redes informáticas homologadas que permite enviar mensajes desde un ordenador central (*host*) de determinada red a otro de cualquier otra red. Sin embargo, en la actualidad constituye la mayor red informática mundial, con más de 100 millones de ordenadores conectados en el 2000, que suministra una gama de servicios cada vez mayor, y que posibilita que un número de personas sin precedente esté en contacto mediante de una variedad de técnicas. Se pueden identificar tres funciones básicas:

1. La *Red* (*World Wide Web*, o, simplemente, *Web*) es la manifestación más frecuente de esta estructura en red. Se trata del conjunto de todos los ordenadores conectados a Internet que contienen documentos mutuamente accesibles mediante el uso de un protocolo homologado (el *HyperText Transfer Protocol*, o *http*). El creador de la Web, el ingeniero informáti-

co Tim Berners-Lee, la ha definido como «el universo de la información accesible a través de redes, la personificación del conocimiento humano»⁴. Fue inventada en 1990 para que los físicos nucleares que investigaban la energía en distintas instituciones pudieran intercambiar información relativa a su ámbito de estudio, pero rápidamente se extendió a otros terrenos, y en la actualidad incluye todas las materias y está diseñada para la interacción multimedia entre usuarios informáticos de todas partes del mundo. Sus múltiples funciones permiten gestionar referencias enciclopédicas, archivos, catálogos, listados de «páginas amarillas», publicidad, auto-publicaciones, juegos, noticias, escritura creativa y transacciones comerciales de todo tipo, con un acceso cada vez mayor a películas y otros tipos de entretenimiento.

2. El *correo electrónico (e-mail)* es el uso de sistemas informáticos para enviar mensajes entre usuarios. En la actualidad hace referencia principalmente a los mensajes intercambiados entre buzones de correo privados (en oposición a los que se mandan a grupos de chat). Aunque ocupa un espacio relativamente pequeño del dominio de Internet, en comparación con los miles de millones de páginas de la Web, supera ampliamente a ésta en cuanto al número de transacciones individuales diarias realizadas. Como ha expresado John Naughton, «Internet se construyó sobre el correo electrónico [...]. Es el aceite que lubrica el sistema»⁵. Sus características son extremadamente diversas, incluyendo mensajes personales e institucionales de longitud y propósitos variados.

3. Los *grupos de chat* (o simplemente chats) son debates ininterrumpidos sobre temas específicos, organizados en «salas» en determinados sitios de Internet, en los que puede participar cualquier usuario interesado. Pueden ser de dos tipos, dependiendo de si la interacción se desarrolla en tiempo real o no (*síncronos* o *asíncronos*). En el primero, el usuario entra en un grupo y se une a una conversación que está teniendo lugar

en ese momento, enviando contribuciones con su nombre que son insertadas en forma de diálogo junto a las aportaciones de los otros participantes. En el segundo caso, los diversos comentarios se almacenan en determinado formato y se ponen a disposición de los usuarios que lo soliciten, de forma que pueden conectar con la discusión o sumarse a ella en cualquier momento, aunque haya transcurrido un periodo de tiempo considerable. Existe un uso diferente de esta tecnología en los llamados «dominios de múltiples usuarios» (*multi-user domains*), lugares imaginarios en los que se participa en juegos de fantasía (tipo «Dragones y mazmorras») o se construyen mundos virtuales (relacionados con los negocios o la educación) en los que se simulan situaciones de la vida real y se representan distintos papeles en diferentes escenarios.

Estos tres campos no son mutuamente excluyentes. Se pueden encontrar sitios en la Web en los que se combinan los tres, o en los que se utiliza uno dentro de otro. Por ejemplo, muchos sitios incluyen grupos de discusión y vínculos de correo electrónico, y los e-mails a menudo contienen anexos que llevan a páginas web. El mundo de Internet es extremadamente fluido, y sus usuarios exploran sus posibilidades de expresión experimentando con nuevas combinaciones de estos elementos y reaccionando ante los desarrollos tecnológicos. Pero una cosa es evidente: estas tres funciones, cada una a su modo, facilitan y limitan nuestra capacidad para comunicarnos de manera fundamentalmente diferente de la como lo hacen las alternativas semióticas. Muchas de las expectativas y de las prácticas que asociamos al lenguaje hablado y escrito ya no son válidas, y a la vez surgen nuevas oportunidades. Como resultado, la gente cree que debe utilizar el potencial puesto a su disposición, y es aquí donde se encuentra con el problema. Tiene que aprender unas reglas (cómo comunicarse por e-mail, cómo socializar en los grupos de chat o cómo construir

una página web efectiva) y, sin embargo, todavía no existen reglas definidas, en el sentido de modos de comportamiento universalmente aceptados, establecidos por generaciones de usuarios. Aquí se manifiesta un contraste evidente con el mundo de la comunicación basada en el papel. La escritura de cartas, por ejemplo, se enseña de forma rutinaria en la escuela; como existen acuerdos generalizados sobre la forma de escribir cartas, basados en las recomendaciones de los manuales, nos sentimos seguros haciendo uso de ese conocimiento. Pero aún no existe una guía comúnmente aceptada para la utilización de *Netspeak*. Dentro de poco, las convenciones en el uso de este lenguaje se enseñarán sistemáticamente en las escuelas, pero, mientras tanto, la primera señal de que hemos escrito deficientemente un mensaje nos suele llegar cuando recibimos una respuesta desagradable de su destinatario.

Internet es un medio electrónico, global e interactivo, y cada una de esas propiedades tiene consecuencias sobre el tipo de lenguaje que encontramos en él. La influencia más importante deriva del carácter electrónico del canal. Es decir, las opciones de comunicación del usuario están limitadas por el tipo de equipamiento que se necesita para acceder a Internet. Así, el conjunto de caracteres del teclado determina la capacidad lingüística productiva (el tipo de información que puede ser enviada); y el tamaño y configuración de la pantalla determinan la capacidad lingüística receptiva (el tipo de información que nos llega). Tanto el emisor como el receptor se ven además restringidos lingüísticamente por las propiedades de los programas y el equipo (software y hardware) que permiten su vinculación. Existen, por tanto, determinadas actividades lingüísticas tradicionales que este medio puede facilitar adecuadamente, y otras que no puede manejar en absoluto, además de permitir actividades lingüísticas nuevas que ningún otro medio puede conseguir. Por eso parece adecuado hablar en términos de «revolución».

Diferencias con el lenguaje hablado

La comunicación mediante ordenador (CMO) no es como el habla, ni siquiera en aquellas actividades electrónicas más parecidas a ésta, como pueda ser el correo electrónico. Existen varias diferencias importantes entre la CMO y la conversación cara a cara. La primera de ellas está relacionada con la tecnología: la carencia de respuestas instantáneas y simultáneas. El éxito de una conversación depende totalmente de que los interlocutores se den respuestas inmediatas. Cuando hablas conmigo no permanezco hierático y en silencio; mi cara y mi voz acompañan lo que estás diciendo; sonrisas y asentimientos se suceden en medio de toda una gama de vocalizaciones como *ahá*, *sí*, *claro* y *oh*. Estos mensajes provenientes de quien escucha nos indican cómo nos estamos expresando, y reaccionamos ante ellos instintiva e inmediatamente. Una mirada sorprendida nos lleva a repetir la frase; un dubitativo *uhm* nos obliga a repensar lo dicho. Sin estas contribuciones, una conversación languidece rápidamente, o se convierte en forzada y artificial. Ya resulta bastante difícil por teléfono, al estar ausentes las claves visuales, así que imaginemos la complicación de una conversación cara a cara en la que no existiera feedback visual ni auditivo.

Pues así es como sucede la interacción en el correo electrónico y en los chats: los mensajes enviados por ordenador son completos y unidireccionales. Cuando escribimos un mensaje a alguien lo mecanografiamos tecla a tecla, pero no llega a esa persona carácter a carácter, como aparecía en los antiguos teletipos. El mensaje no sale de nuestro ordenador hasta que lo «enviamos», lo que quiere decir que se transmite como una unidad y llega a la pantalla del receptor como una unidad. No existe modo de que el receptor pueda reaccionar ante él mientras lo escribimos, por la sencilla razón de que no sabe que está en camino hasta que llega el texto completo. Por lo tanto, el emisor no puede tener una idea de la efectividad de su men-

saje, si está siendo entendido o si necesita rectificarlo, a medida que lo escribe. No existe ninguna posibilidad técnica (por el momento) de que el receptor envíe el equivalente electrónico a una señal de cabeza, a un *ahá*, o a cualquier otra de las reacciones audiovisuales que desempeñan un papel tan decisivo en la interacción cara a cara. Los mensajes no pueden superponerse. Como resultado, los receptores se ven obligados a experimentar un periodo de espera hasta que el texto aparece; en su pantalla no hay nada, y de repente aparece algo, un sistema «off-on» que se ajusta al mundo binario de la informática pero que se encuentra muy lejos de la compleja realidad de las conversaciones cotidianas. Esta característica hace que las conversaciones electrónicas sean completamente diferentes de las que tienen lugar en el «mundo real».

La segunda diferencia importante entre *Netspeak* y las conversaciones directas se puede apreciar en los chats a tiempo real. Cuando se conecta con un chat sobre determinado tema, aparecen en la pantalla mensajes procedentes de todas partes del mundo. Si en ese momento hubiera treinta personas participando, podrían llegar a verse hasta treinta mensajes diferentes, cada uno aportando diversas contribuciones al tema, pero a menudo agrupados en una media docena de subconversaciones. Es un poco parecido a lo que sucede cuando estamos en una fiesta en la que se desarrollan varias conversaciones alrededor, con la diferencia de que en la fiesta no es posible prestar atención o participar en todas a la vez, pero en un chat no se puede evitar seguirlos, y es posible contribuir a tantas como tu capacidad mental y tu velocidad en el teclado lo permitan. Nunca antes había sido posible, en la historia de las comunicaciones humanas, participar simultáneamente en conversaciones múltiples. Ahora es posible, lo que constituye un factor revolucionario en el mundo de la conversación.

Una tercera diferencia radica en las limitaciones temporales de la tecnología: el ritmo de una interacción a través de Inter-

net es mucho más lento que el que se da en una charla normal, e impide que se desarrollen algunas de las propiedades más señaladas de las conversaciones. En el correo electrónico y los foros de discusión asíncronos, la respuesta a un estímulo puede demorarse de segundos a meses, dependiendo el ritmo del intercambio fundamentalmente de factores como el ordenador del receptor (si anuncia o no la llegada de un mensaje nuevo, por ejemplo), la personalidad y los hábitos del usuario (si los mensajes son respondidos regular u ocasionalmente) y las circunstancias que rodean a los interlocutores (su acceso a un ordenador, por ejemplo). El retraso temporal (que suele denominarse *demora*) es un factor decisivo en muchas situaciones: no se puede conocer con certeza cuál será la demora entre el momento de enviar un mensaje y el momento de recibir la reacción. A causa de este intervalo, la velocidad de la interacción —incluso en los encuentros más rápidos de *Netspeak*— carece del ritmo y la previsibilidad de las conversaciones telefónicas o cara a cara. Incluso en el caso de que un participante responda inmediatamente, puede existir una demora en la llegada del mensaje a las pantallas de los otros interlocutores debido a diversos factores, tales como problemas en el procesamiento de la anchura de banda, la densidad de tráfico en el servidor central o alguna complicación en el equipo del receptor o del emisor.

Los problemas causados por esta demora hacen que la interacción producida en los chats sea muy diferente de cualquier tipo de diálogo experimentado anteriormente por los seres humanos. La frustración se manifiesta en ambos lados de la cadena de comunicación. Desde el punto de vista del emisor, puede que el momento adecuado para hablar haya pasado, porque el tema sobre el que se iba a realizar una contribución ha desaparecido ya de la pantalla y se está alejando de la memoria comunal del grupo. Desde el punto de vista del receptor, la falta de una reacción esperada tiene un significado

ambiguo, y no hay manera de saber si el retraso viene provocado por la transmisión o refleja una actitud determinada por parte del emisor. Los silencios inesperados en las conversaciones telefónicas conllevan una ambigüedad similar, pero al menos en ese caso contamos con maniobras de turnos de palabra bien establecidos que pueden aportar una clarificación inmediata («¿hola?, ¿sigues ahí?»). Las estrategias lingüísticas que se manifiestan en nuestras conversaciones cara a cara están mucho menos definidas en los grupos de chat. Tal vez Ernesto nunca obtenga una reacción a su respuesta a Susana porque Susana nunca la recibiera (por razones técnicas), porque no se haya percibido (han llegado otros comentarios al mismo tiempo), porque se haya distraído con otra conversación (real o electrónica), porque no haya visto el mensaje en su terminal al estar ausente (por cualquier motivo), o simplemente porque haya decidido no responder. De igual modo, puede que ella *sí* haya respondido y sea *su* mensaje el que sufra el retraso o se pierda. Cuando las respuestas se ven alteradas por retrasos, poco puede hacerse para resolver el problema.

La situación empeora cuanto mayor es el número de personas que participan en una interacción. Los retrasos en la conversación entre dos personas son molestos y ambiguos, pero el nivel de alteración suele ser manejable, porque cada uno tiene sólo un interlocutor del que preocuparse. Si un correo electrónico se ve afectado por una demora importante, puede solucionarse fácilmente mediante un fax o una llamada telefónica. Pero cuando una interacción electrónica afecta a varias personas, como ocurre en los chats, los juegos en mundos virtuales o los correos electrónicos que se copian para varios receptores, la demora crea una situación muy diferente, porque interfiere con otra característica primordial de la interacción directa: el *turno de conversación*. Los turnos de palabra son tan fundamentales en las conversaciones que la mayor parte de la gente **no es consciente** de su importancia para lograr interacciones

satisfactorias. Pero lo cierto es que las personas asumen la rutina de hablar por turnos y evitan hablar al mismo tiempo o interrumpirse aleatoriamente o en exceso. Por otra parte, se asume que en la conversación se sucedan algunos «pares adyacentes»: que las respuestas sigan a las preguntas, y no al revés; que se manifieste algún tipo de reconocimiento cuando se expone determinada información; o que una queja venga seguida de una excusa o una disculpa. Estas estrategias elementales, aprendidas a una edad muy temprana, constituyen el esqueleto de una conversación normal.

Cuando se suceden largas demoras, la conversación se hace tan extraña que puede perder su capacidad para desarrollar un tema. Esto se debe a que el turno de palabra, tal y como aparece en la pantalla, viene dado por el software, y no por los participantes. En un foro de discusión, por ejemplo, si comenzamos a enviar una respuesta a alguno de los comentarios emitidos incluso antes de que terminen de hacerlo, dicha reacción ocupará su turno dentro de toda una serie de comentarios que aparecen en la pantalla sin que puedan superponerse, dependiendo sólo del momento en que la señal emitida es recibida por el servidor central. Los mensajes son colocados de forma lineal en la pantalla del receptor, en el orden en que fueron recibidos por el sistema. En una situación en la que coinciden múltiples usuarios, los mensajes llegan procedentes de varias fuentes al mismo tiempo, y con diferentes demoras. Resulta incluso posible que se produzcan inversiones en los turnos y toda clase de retrasos impredecibles, a causa de la forma en que los paquetes de información se envían electrónicamente, utilizando diferentes rutas generales entre emisor y receptor. Las estructuras temporales de los participantes no coinciden. Sara hace una pregunta; Noemí la recibe y envía su respuesta; pero en la pantalla de Alex aparece la respuesta antes que la pregunta. O bien, Sara envía una pregunta, Noemí la contesta y Sara pregunta de nuevo, pero en el ordenador de

Alex aparece la segunda pregunta antes que la respuesta de Noemí a la primera. La situación puede complicarse aún más si Noemí (o cualquier otro) decide contestar dos preguntas de distintos participantes y las envía juntas. Mientras tanto Val, a quien se envía copia de esta correspondencia, está ausente de su oficina y responde un día más tarde, después de que hayan llegado otros mensajes. Existen muchas probabilidades de que se produzca una confusión cuando los turnos se alteran de esta manera y los pares adyacentes pueden ser interrumpidos. Lo que resulta más sorprendente es que los participantes curtidados puedan ser tan tolerantes (e incluso disfrutar) con la anarquía resultante.

La interacción mediante ordenador se distingue de la conversación hablada en el modo en que se producen el feedback y los turnos de palabra. También existen importantes diferencias con respecto a las propiedades formales del medio, propiedades tan básicas que resulta extremadamente difícil seguir la recomendación de «escribir como se habla». La principal de estas propiedades es la relativa al *tono de voz* («no se trata de lo que dices, sino de la forma en que lo dices») tal y como se expresa mediante variaciones en la entonación, volumen (acentuación), velocidad, ritmo, pausas y otros efectos vocales. Se han hecho intentos casi desesperados por reemplazar el tono de voz en la pantalla por un uso exagerado de la ortografía y la puntuación, y por el uso de mayúsculas, espacios y símbolos especiales para conseguir énfasis. Los ejemplos van desde el uso de repeticiones en el empleo de las letras (*aaaaahhhhhh, pueeess*) y signos de puntuación (*¿Qué??? ¡Hola!!!!*) hasta el uso de signos específicos que resalten lo escrito, tales como *el argumento *auténtico**. Aunque estos rasgos otorgan cierta expresividad, la gama de significados que simbolizan es pequeña y se ve restringida a emociones básicas como énfasis, sorpresa y perplejidad. Los matices menos exagerados no pueden darse a entender del mismo modo.

Asimismo, *Netspeak* carece de las expresiones faciales, los gestos y las posturas corporales tan importantes en la expresión de las opiniones y las actitudes personales, así como en la moderación de las relaciones sociales. Esta limitación fue evidente desde los inicios de *Netspeak*, y provocó la introducción de *smileys* o *emoticones*, una mezcla de caracteres tipográficos diseñada para mostrar expresiones faciales emocionales. Los dos tipos básicos muestran actitudes positivas y negativas respectivamente (la omisión del elemento «nasal» parece estar en función únicamente de la velocidad de mecanografiado o de los gustos personales):

:-) o :) ; :-(o :(

Se han inventado y reunido cientos de expresiones y secuencias lúdicas en diccionarios de *smileys*, algunas de ellas extremadamente ingeniosas o artísticas, pero apenas se usan en las comunicaciones serias. Constituyen un intento potencialmente práctico pero muy rudimentario de capturar algunos de los rasgos básicos de la expresión facial. Sirven para evitar un burdo malentendido del mensaje del emisor, pero cada *emoticon* permite una enorme cantidad de lecturas (felicidad, broma, simpatía, buen humor, alegría, diversión, etc.) y sólo pierde su ambigüedad dentro de un contexto verbal. Sin la debida atención, de todas formas, pueden producir sus propios malentendidos: el hecho de añadir una sonrisa a un comentario claramente enfadado puede incrementar más que disminuir la fuerza de los sentimientos. Todos sabemos que una sonrisa también puede interpretarse de modo equivocado.

El mero hecho de que aparezcan los *emoticones* en los correos electrónicos y en los chats ya es indicativo de las características que diferencian el discurso oral del medio que utilizan los usuarios de Internet. Los *emoticones* se desarrollaron como una forma de evitar las ambigüedades y malentendidos que se

producen cuando se obliga al lenguaje escrito a asumir la carga del hablado. Se trata de una iniciativa loable, pero en general *Netspeak* carece de verdadera capacidad para mostrar las expresiones faciales, lo cual, junto a la ausencia del tono de voz, lo sitúa muy lejos del habla. Llegará un día en que la evolución de la tecnología interactiva nos permitirá ver y escuchar a otros participantes mientras hablan, lo que eliminará algunas de estas limitaciones; pero el medio electrónico siempre tendrá posibilidades que nos permitirán utilizar el lenguaje de maneras que el habla tradicional nunca podrá llevar a cabo.

Diferencias con el lenguaje escrito

Ya que *Netspeak* no manifiesta las propiedades que esperamos encontrar en el habla, deberíamos investigar si muestra en su lugar las propiedades que suponemos a la escritura. También en este caso encontramos diferencias fundamentales. Consideremos en primer lugar la característica espacial de la escritura tradicional, el hecho de que los textos sean estáticos y permanezcan sin cambios sobre la página. Si algo queda escrito, siempre encontraremos el mismo texto en las posteriores consultas que podamos hacer a esa obra. Quedaríamos muy sorprendidos si, al volver a mirar una determinada página, sus caracteres gráficos se hubieran modificado de alguna manera. Con estas consideraciones, podemos apreciar inmediatamente que la comunicación mediante ordenador no es en absoluto como la escritura convencional. Las «páginas» de la Web suelen variar de una a otra visita (y todas ellas pueden ser modificadas, aunque sus propietarios decidan no hacerlo) por diferentes razones. Puede que su contenido haya sido puesto al día, que el patrocinador publicitario haya cambiado o que su **diseñador gráfico** haya añadido nuevas características. Tam-

co el texto que se contempla es necesariamente estático, ya que las opciones técnicas disponibles permiten que pueda moverse por la pantalla, desaparecer y volver a aparecer, cambiar de color y así sucesivamente. También el usuario tiene oportunidad de «manipular» el texto de toda clase de formas que no son posibles en la escritura tradicional. Una vez que se baja una página de Internet a la pantalla del ordenador del usuario, éste puede recortar su texto, incorporar añadidos, revisarlo, efectuar anotaciones e incluso reestructurarlo completamente sin que pueda adivinarse la manipulación, de manera que el resultado parezca provenir de la misma fuente que el original. Estas posibilidades están causando no poca ansiedad entre quienes se ocupan de los asuntos de la propiedad, el copyright y las falsificaciones.

Otros de los servicios que presta Internet muestra también diferencias con respecto a la escritura tradicional en cuanto a su presencia espacial. Los correos electrónicos son en principio estáticos y permanentes, pero el borrado de textos es un procedimiento habitual (una opción prominente en el sistema de gestión), y es posible alterar electrónicamente los mensajes con una facilidad y una dificultad para su detección que no es posible si intentamos modificar un texto escrito de forma tradicional. Lo especialmente revolucionario del correo electrónico es la manera en que el medio permite lo que se denomina *enmarcado*. Supongamos que recibimos un mensaje de M que contiene tres cuestiones diferentes en un solo párrafo. Si queremos, podemos contestar a cada una de ellas por separado dividiendo el párrafo en tres partes, de forma que el mensaje que devolvemos a M se parece un poco a un diálogo de teatro. A su vez, M puede hacer lo mismo, y cuando volvemos a recibir el mensaje vemos sus respuestas intercaladas en nuestros comentarios. Entonces podemos enviar todo el conjunto a alguien más, para tener una tercera opinión, y cuando nos vuelve a llegar tendremos tres voces diferentes enmarcadas en la

pantalla. Así podría continuar, respuestas dentro de respuestas dentro de respuestas, todas ellas unificadas con la misma tipografía. Nunca había existido nada igual en la historia de la comunicación humana escrita. Aunque en principio sería posible recibir una carta, cortarla a tiras, intercalar nuestras respuestas y pegar todo en otra hoja de papel antes de reenviársela a quien nos la envió, esto no sería considerado un comportamiento normal. Sin embargo, lo hacemos habitualmente con los e-mails, sin pensarlo dos veces (una vez que nos hemos acostumbrado a ello).

Otras características de la comunicación mediante ordenador nos alejan aún más del lenguaje escrito tradicional. Probablemente la más importante de todas sea la existencia de vínculos de *hipertexto*: el salto que puede efectuar quien desea moverse de una a otra página web. El vínculo de hipertexto es la propiedad funcional más importante de la Web, sin la cual no existiría el propio medio. La utilización de notas en los textos tradicionales es una especie de vínculo primitivo de hipertexto, al hacernos mudar la mirada de una parte de la página a otra, o de una página del texto a otra (si las notas se agrupan al final del libro, como en el presente volumen). El uso de citas bibliográficas o de referencias (como «véase p. 333») dentro de una frase permite también que el lector escape de la visión lineal convencional. Pero estos rasgos no resultan significativos dentro del lenguaje escrito tradicional; existen multitud de textos que no tienen ninguna referencia ni anotación. Por el contrario, la Web no podría existir sin vínculos de hipertexto. Como afirmó en cierta ocasión Tim Berners-Lee: «La libertad de expresión en hipertexto implica el “derecho a relacionar mediante vínculos”; esta propiedad es la unidad constructiva básica sobre la que se levanta toda la Red»⁶. No existe nada en el lenguaje escrito convencional que recuerde ni siquiera remotamente a la flexibilidad y la centralidad dinámica de los **vínculos** de hipertexto de la Web.

Hay otras características que diferencian *Netspeak* del lenguaje escrito tradicional, pero que difícilmente podrían considerarse «revolucionarias». Los e-mails y la interacción que se produce en los chats, a causa de la presión para comunicarse rápidamente, carecen de la construcción elaborada y cuidadosamente planificada que caracteriza a una gran parte de la escritura. Llevado a su extremo, podría llegar parecer que se está desarrollando una revolución: muchas personas envían tranquilamente sus mensajes sin revisar, sin importarles que puedan contener errores tipográficos, exceso o defecto de mayúsculas u otras anomalías. En realidad se trata de un problema menor, que no suele afectar a la legibilidad, que está creando un estilo especial como consecuencia de la presión a la que se ven sometidos los usuarios del medio y del deseo natural (especialmente entre los usuarios más jóvenes, o de mentalidad más juvenil) de resultar original y desafiante. Y así es como se percibe. Si recibo un e-mail de M en el que escribe incorrectamente una palabra, no llego a la conclusión de que M no sepa ortografía, sino de que no es buen mecanógrafo o tenía prisa. Lo sé porque a mí me ocurre lo mismo cuando tengo prisa. No hay nada revolucionario en esto; y de cualquier modo, no se trata de un comportamiento universal. Hay multitud de personas que utilizan el correo electrónico y se toman las mismas molestias en revisar sus mensajes que si estuvieran escribiendo en un ámbito diferente de Internet.

En conjunto, resulta más fácil considerar *Netspeak* como lenguaje escrito que se ha desplazado un tanto en la dirección del lenguaje hablado que como lenguaje hablado puesto por escrito. No obstante, el planteamiento de la cuestión en términos de dicotomía clásica resulta intrínsecamente engañoso. La comunicación mediante ordenador no es idéntica al habla ni a la escritura, sino que muestra selectiva y adaptativamente propiedades de ambos. Del mismo modo, introduce rasgos que no

poseen ninguno de los otros medios, obligándonos a afrontar nuevos problemas para su gestión. Por ejemplo, consideremos la *persistencia* de los mensajes de un foro de discusión, el hecho de que permanezcan en la pantalla durante un periodo de tiempo (antes de que la llegada de otros mensajes los reemplace o los desplace fuera de nuestra vista). Es evidente que esto otorga nuevas propiedades a la interacción que no posee el habla. Significa, por ejemplo, que alguien que se incorpore a la conversación un par de turnos después de realizado un comentario todavía puede leerlo, reflexionar sobre él y reaccionar (aunque la persistencia tenga una vida relativamente corta, comparada con la que normalmente encontramos en la escritura convencional). Significa también que aquellos sistemas que permitan archivar todos los mensajes en el orden que llegaron al servidor pueden navegar por una antigua conversación o buscar un tema en particular con una facilidad que la conversación espontánea (que no quede grabada) o el sistema de archivo bibliográfico tradicional no permiten realizar.

Netspeak es más que la suma de las características del lenguaje oral y el escrito. Ofrece prestaciones únicas, por lo que tiene que considerarse un nuevo tipo de comunicación. Es más que un mero híbrido de habla y escritura, o que el resultado del contacto prolongado entre estos dos medios. Los textos electrónicos de todo tipo son sencillamente diferentes de los otros tipos de texto. Muestran fluidez, simultaneidad (están disponibles en un número indefinido de aparatos) y su calidad no disminuye al ser copiados; superan las limitaciones convencionales en relación con la diseminación de textos; y poseen fronteras permeables (gracias al modo en que determinado texto puede integrarse dentro de otros o tener vínculos con otros). Algunas de estas propiedades suponen consecuencias para el lenguaje que, al combinarse con aquellas asociadas al habla y a la escritura, hacen de *Netspeak* un auténtico «nuevo medio».

Consecuencias del nuevo medio para una lengua

El efecto lingüístico producido por la llegada de un nuevo medio de comunicación es doble: pone en marcha cambios en el carácter formal de las lenguas que lo utilizan y les ofrece nuevas oportunidades. Es el primero de ambos el que ha atraído la mayor parte de la publicidad relativa al tipo de lenguaje utilizado en Internet y en la tecnología afín, como los teléfonos móviles. Algunos observadores se han mostrado horrorizados por la falta de respeto a las reglas tradicionales del lenguaje escrito, que consideran una muestra inquietante del deterioro de los valores. A menudo se cita la manera de escribir los mensajes como un problema específico; se dice que los niños del mañana no serán capaces de escribir correctamente. No obstante, el hecho de que los jóvenes abrevien las palabras utilizando técnicas jeroglíficas (*sahu2, d+*), palabras formadas por iniciales (*tq* —«te quiero»—) o una ortografía diferente (*bsos, klor*) resulta escasamente novedoso o trascendente. En inglés las palabras formadas por iniciales se han utilizado desde hace generaciones (*asap* —«as soon as possible» [tan pronto como sea posible]—, *fyi* —«for your information» [para su información]—), y hace tiempo que existen libros de pasatiempos con jeroglíficos. La lista más exhaustiva de abreviaturas utilizadas en mensajes de texto no contiene más de unos cuantos cientos de formas, y pocas de ellas se emplean habitualmente. Al ser una respuesta práctica a la limitación de 160 caracteres de los mensajes económicos enviados entre teléfonos móviles, existen pocas razones para su uso fuera de este medio. Quedan despojados de su función «guay» de identidad grupal cuando aparecen fuera de la tecnología en la que nacieron, ya sean móviles u ordenador. Por supuesto que debemos vigilar si los chicos empiezan a usar sus abreviaturas en lugares en los que no tiene sentido hacerlo, como en los trabajos escolares. Pero de eso trata la labor docente. Uno de los principios de la enseñanza moderna de lenguas, ya se trate de la materna o

de una extranjera, es inculcar a los niños el sentido de la responsabilidad y de la adecuación lingüística. Y los niños deben aprender, si es que han perdido la intuición para saberlo por sí solos, que las abreviaturas utilizadas en los mensajes de texto cumplen su función cuando el espacio es ajustado y la velocidad importante, pero no en otros contextos.

Lo mismo puede decirse de las variaciones que tanto adultos como niños introducen en la escritura de sus correos electrónicos. Un buen número de personas utiliza un sistema extremadamente reducido, sin prácticamente ningún contraste tipográfico. Tres son sus principales rasgos. La importancia concedida al *uso de mayúsculas* varía mucho; como, en su mayor parte, Internet es insensible a su utilización, se ha desarrollado un uso aleatorio de las mismas o su supresión absoluta. Hay una fuerte tendencia a la utilización de minúsculas en todas partes. Tanto en e-mails como en chats o mundos virtuales, triunfa el principio de «economía de pulsaciones» y pueden encontrarse oraciones completas sin ninguna mayúscula que indique el comienzo de la frase o los nombres propios. Del mismo modo, la *puntuación* también tiende al minimalismo y está completamente ausente de algunos e-mails o conversaciones de chats. También en este caso se aprecian muchas variaciones en función de la personalidad: algunos usuarios del correo electrónico se muestran escrupulosos a la hora de mantener la puntuación tradicional, otros la utilizan cuando es necesario para evitar la ambigüedad, y algunos otros no la utilizan en absoluto, ya sea como consecuencia de la velocidad de mecanografiado o porque no son conscientes de la ambigüedad que se puede producir como resultado. El tercer rasgo es la *ortografía* diferente. Cuando se utiliza el inglés, la ortografía americana es más empleada que la británica, en parte por razones históricas (los orígenes de Internet), y en parte por razones de economía, ya que la mayoría de las palabras que cuentan con dos formas **diferentes**, en británico y en americano, poseen un carácter

menos en esta última variedad (*color* vs *colour*, *program* vs *programme*, etc.). El desprecio por las reglas ortográficas, muy penalizado en la escritura tradicional (al menos desde el siglo XVIII) se permite sin problemas en el contexto de una conversación. Como ya se mencionó, los errores ortográficos en un correo electrónico se atribuirán a la poca destreza mecanográfica y no (aunque también podría ser) a una educación deficiente.

Desde mi punto de vista, esta evolución lingüística amplía la gama de expresión de las lenguas que se utilizan actualmente en Internet al introducir nuevas convenciones, lo mismo que ha ocurrido siempre que aparece una tecnología revolucionaria en el ámbito de la comunicación. Cuando se comenzó a usar la imprenta, surgió toda una serie de nuevas manifestaciones del lenguaje escrito, incluidos innovadores diseños y usos de la puntuación, y una homologación gradual de la ortografía. Cuando llegó el teléfono, tuvieron que inventarse nuevas convenciones para la interacción discursiva (decir hola, especificar o confirmar el número, etc.). Cuando comenzó la radiodifusión, el lenguaje hablado se diversificó enormemente, produciendo como resultado estilos hoy tan diferentes como el de los partes meteorológicos o el de los comentaristas deportivos. Lo mismo ocurre ahora en Internet, cuya tecnología motivó nuevas formas de expresión desde sus comienzos. Por ejemplo, el uso por defecto de letras minúsculas significa que cualquier mayúscula destacará fuertemente, imprimiendo carácter a la comunicación. Los mensajes escritos totalmente en mayúsculas se consideran «gritones», por lo que suelen evitarse; las palabras en mayúsculas añaden mayor énfasis (lo que también es posible conseguir con el uso de asteriscos y espaciando las letras):

Se trata de un punto MUY importante.

Se trata de un punto *muy* importante.

Se trata de un punto m u y importante.

Otro rasgo distintivo de la grafología empleada en Internet es la doble utilización de mayúsculas, una al comienzo de la palabra y otra en medio, que podemos ver en nombres como *AltaVista*, *PeaceNet*, y *CompuServe*, o de modo más complejo, en *QuarkXPress*. Hay un uso creciente de símbolos que no se utilizan habitualmente en el sistema de puntuación normal, como #. También pueden darse combinaciones originales de signos de puntuación, como puntos suspensivos entre paréntesis (...), guiones (---) o comas (,,,) para expresar una pausa. El énfasis y la actitud pueden producir un uso exagerado o aleatorio de la puntuación, como en ¡!!!! o en £\$£\$%!

Las lenguas utilizadas en la Web han adquirido a su vez nuevo vocabulario, buena parte del cual procede del uso global del inglés. Ha surgido un gran número de nuevas palabras y expresiones para hacer referencia a situaciones, personal, operaciones y actividades restringidas a Internet, lo que convierte al léxico de este campo en uno de los más creativos del inglés contemporáneo y de otros idiomas cuya presencia aumenta en la Web. Muchas de ellas están asociadas al *software* que permite el uso de Internet, y aparecen de forma rutinaria en la pantalla. Algunas se han ganado una presencia permanente (aunque sea dentro de menús escondidos), como etiquetas utilizadas para designar áreas y funciones de la pantalla, y para especificar opciones del usuario y comandos: *file* (archivo), *edit* (edición), *view* (ver), *insert* (insertar), *paste* (pegar), *format* (formato), *tools* (herramientas), *window* (ventana), *help* (ayuda), *search* (buscar), *refresh* (refrescar), *address* (dirección), *history* (historial), *stop* (parar), *contact* (contactar), *top* (arriba), *back* (atrás), *forward* (adelante), *home* (inicio), *send* (enviar), *save* (guardar), *open* (abrir), *close* (cerrar), *select* (seleccionar), *toolbars* (barras de herramientas), *fonts* (fuentes), *options* (opciones). Otros términos aparecen en la pantalla sólo a intervalos, en función de las circunstancias (generalmente cuando las cosas andan mal), en forma de mensajes de error

(aparentemente no existen mensajes positivos para decirnos que todo está yendo bien): *forbbiden*, *illegal operation*, *error*, *not found*, *404 error* [«a page or site is no longer in service»]* Otro conjunto de términos está asociado al uso de *hardware* informático: *freeze*, *lock*, *down*, *hang*, *crash*, *bomb*, *client* (congelar, restringir el acceso, bajar, colgar, romper, bomba, cliente —en referencia al aparato, no al usuario). Existen también neologismos para nombrar a los propios usuarios de Internet: *netters*, *netties*, *netizens*, *netheads*, *cybersurfers*, *newbies*, *surfers***.

Muchas de estas palabras son términos cotidianos a los que se ha dado un nuevo sentido en el contexto de Internet. Un método muy popular para formar neologismos relacionados con Internet es juntar dos palabras diferentes para crear una nueva compuesta. Algunos elementos aparecen repetidamente, como por ejemplo *click* en *click-and-buy*, *one click*, *double click*, *cost-per-click* y otros***. De forma similar se utilizan los prefijos *ciber* e *hiper* en palabras como ciberespacio, cibercafé, cibersexo, ciberterrorista; o hipertexto, hipervínculo o hiperficción. Existen combinaciones formadas por parte de una palabra y parte de otra (u otra completa), como en *internauta* o *infored*. Resulta innovadora la adopción, en algunas palabras compuestas, del punto existente en las direcciones de la Web, a modo de afijo, como en *net.legende* (leyenda de la red), *net.citizen* (ciudadano de la red) o en los sitios web que comienzan

* La mayoría de estos términos aparecen en Internet en inglés. Su traducción sería: prohibido, operación no autorizada, error, no se ha encontrado, error 404 [«página o sitio web fuera de servicio»] (*N. del T.*).

** Estos términos no cuentan con traducción ni son comunes las adaptaciones al castellano. Proceden de derivaciones del prefijo *net* (red) —*netters*, *netties*— o de su uso combinado con *citizens* (ciudadanos) o *heads* (cabezas); o bien hacen referencia a otros términos utilizados para describir la navegación por la Red (*surfers*, *cybersurfers*), o a los novatos (*newbies*).

*** *Click* es el verbo onomatopéyico que expresa la acción de apretar una vez el ratón del ordenador, la operación informática básica, y su uso está bastante extendido en español entre usuarios informáticos (comprar con un clic, un clic, doble clic, coste por clic) (*N. del T.*).

con *alt.* (en los que se suele nombrar el «punto»). Los acrónimos son muy frecuentes; una pequeña muestra incluiría *DNS* [*domain name system*], *HTML* [*hypertext markup language*], *ISP* [*Internet service provider*], *PC* [*personal computer*] y nombres de algunas compañías, como AOL o IBM. También encontramos combinaciones de letras y números: *W3C* [*World Wide Web Consortium*], *P3P* [*Platform for Privacy Preferences*].

Cuando se empiezan a utilizar en el habla expresiones surgidas en situaciones diferentes, suele ser un claro signo de la implantación de dicha variedad lingüística. Por este motivo resulta muy relevante estudiar el modo en que *Netspeak* se ha comenzado a utilizar en escenarios diferentes de la comunicación mediante ordenador, a pesar de que este medio apenas ha estado a disposición de la mayoría de la población hasta la pasada década aproximadamente. Los términos procedentes de la tecnología informática adquieren nuevas aplicaciones en la conversación cotidiana entre quienes quieren dar un toque cosmopolita a su léxico. Estos son algunos ejemplos procedentes de conversaciones escuchadas recientemente: *Grábatelo en el disco duro* («no lo olvides»), *deberías resetearte hasta mañana* («vete a dormir»). Sus resonancias forman ya parte del día a día en radio y televisión: los presentadores incluyen regularmente la dirección electrónica cuando informan a sus oyentes y espectadores del modo de contactar con determinado programa, utilizando términos como *punto*, *barra* y *arroba* para ello. *Punto com* es hoy en día una expresión escuchada habitualmente y aparece escrita por doquier en toda clase de anuncios y material publicitario. También encontramos el prefijo *e-* (electrónico) en docenas de expresiones como *e-mail*, *e-cash*, *e-voting* o *e-books* *. En 1998, la American Dialect Society nombró al

prefijo *e-* «Palabra [*sic*] del Año», considerándolo el término «Más Útil y con Más Probabilidades de Triunfar».

Resulta imposible saber cuántos de estos neologismos se asentarán definitivamente en el inglés del siglo XXI, y lo mismo puede decirse respecto al impacto de Internet en otras lenguas. Los cambios en el lenguaje nunca pueden predecirse, sólo son reconocibles una vez que tienen lugar. Sin embargo, es evidente que, a partir de la década de los noventa, la conciencia lingüística popular ha comenzado a asimilar la idea de *Netspeak*, provocando posturas encontradas, y que su presencia aumentará a medida que avanza el siglo.

Consecuencias del nuevo medio para todas las lenguas

Existe otra razón que confiere carácter revolucionario a Internet y es el hecho de que ofrezca un hogar a *todas* las lenguas (tan pronto como sus comunidades posean la tecnología informática necesaria, por supuesto). El cambio más notorio desde que entró en funcionamiento (hace no tantos años) ha sido su creciente transformación en un medio multilingüe a partir de un origen completamente inglés. Se cuenta que el hijo de ocho años del presidente Akayev de Kirguizistán comentó a su padre que quería que aprender inglés. Cuando éste le preguntó el motivo, parece ser que el niño contestó: «Porque el ordenador habla en inglés, papá».

Lo cierto es que, para muchos, el idioma de Internet *es* el inglés. Un titular del *New York Times* en 1996 decía sencillamente: «World, Wide, Web: 3 English Words». El artículo continuaba afirmando: «Si desea beneficiarse completamente de las ventajas que ofrece Internet, sólo existe una forma de hacerlo: aprender inglés»⁷. Esta tesis ya no es válida porque, gracias a su globalización, la presencia de otros idiomas ha ido aumentando continuamente en Internet. En 1998 se afirmaba

* En castellano algunas de estas palabras también están incrementando su popularidad, aunque todavía se utiliza mucho el término *electrónico* sin abreviar (correo electrónico, dinero electrónico, votación electrónica y libro electrónico) para aludir a operaciones o productos que se realizan o se adquieren por la Web (*N. del T.*).

que el 80 por ciento de la Red estaba en inglés. La cifra procedía del primer estudio importante de distribución de lenguas en Internet, desarrollado el año anterior por Babel, una iniciativa conjunta de la Internet Society y Alis Technologies. El trabajo reconocía el lugar preponderante del inglés, aunque algunos otros idiomas entraban en liza, principalmente el alemán, el japonés, el francés y el español. Desde entonces, las estimaciones sobre el uso del inglés han descendido constantemente. Otro trabajo reciente de Global Reach estimaba que el número de usuarios de Internet en países de habla no inglesa había aumentado de 7 millones en 1995 a 136 millones en 2000. En 1998 hubo otra sorpresa: el número de sitios web de nueva creación en inglés se vio superado por los que utilizaban otra lengua. En una conferencia sobre Estrategias de Programas de Búsqueda celebrada en Londres en 2000, un representante de AltaVista pronosticó que para finales de 2002, menos del 50 por ciento de la Web sería en inglés. Y así ha resultado. En algunas partes del mundo, la lengua local ya es dominante. Según un autor nipón, Yoshi Mikami, el 90 por ciento de las páginas web de su país están en japonés.

No resulta extraño que el inglés pierda su predominio en la Web (al igual que en Internet en general) a medida que se desarrollan las infraestructuras de comunicación en Asia, África y Sudamérica. Es allí donde se concentra la mayor parte de la población. La Web refleja cada vez con más claridad la distribución de las lenguas en el mundo real, como puede comprobarse en multitud de páginas y de sitios. Existen en la actualidad miles de empresas esforzándose al máximo para presentar una identidad multilingüe, y cientos de sitios importantes reuniendo todo tipo de información sobre las propias lenguas. En los fondos tipográficos de la Universidad de Oregón, por ejemplo, pueden encontrarse 112 tipos de imprenta pertenecientes a los registros de más de cuarenta lenguas. Además, poseen un fino sentido del humor, pues incluyen información

sobre idiomas extraterrestres, como el klingon *, o sobre lenguas pertenecientes al folklore, como el élfico, inventado por Tolkien para *El Señor de los Anillos*. Si dedicamos una hora a buscar lenguas en la Web, encontraremos cientos de ellas. En 2001, pasé unos pocos días rastreando tantos ejemplos como pude encontrar para mi libro *El lenguaje e Internet*. Encontré un sitio, llamado World Language Resources, que contenía material sobre 728 lenguas, y otro con una relación de lenguas africanas en la que el yoruba, por ejemplo, venía ilustrado por unas 5.000 palabras, junto con refranes, pautas de uso de nombres y saludos. Había otro sitio dedicado a no menos de ochenta y siete lenguas minoritarias europeas. Algunos de ellos muestran un contenido muy limitado, por supuesto, pero los hay dedicados a una amplia variedad de temas: uno contenía el Padrenuestro en casi 500 lenguas.

Nadie ha averiguado todavía cuántas lenguas han conseguido una mínima presencia en la Web (yo encontré más de mil con bastante rapidez). No resulta difícil encontrar pruebas de la presencia en Internet de todas las lenguas más frecuentemente usadas en el mundo y de un gran número de lenguas minoritarias igualmente. Calculo que al menos una cuarta parte de las lenguas del mundo, unas 1.500, tienen algún tipo de presencia en el ciberespacio hoy día. Y se trata de una presencia real, ya que no existen sitios dedicados exclusivamente a analizar o conversar sobre lenguas, desde el punto de vista lingüístico o de otra disciplina académica, sino sitios que nos posibilitan contemplar las lenguas tal y como son. En muchos casos, la presencia global de estas lenguas, en términos de páginas en la Red, es bastante pequeña. Pero lo más importante es que las lenguas *estén* ahí, incluso si vienen representadas apenas por unas pocas páginas.

* Lenguaje inventado por el lingüista Mark Okrand para la serie de televisión *Star Trek*; existen libros, diccionarios y un boletín trimestral editado por el Instituto del Lenguaje Klingon (*N. del T.*).

Internet es el medio ideal para las lenguas minoritarias, y puede suponer una auténtica tabla de salvación para algunas de ellas cuya grave situación describía en el capítulo 2. Cualquier persona que hable o defienda una lengua amenazada —sea una lengua aborigen o un dialecto celta— estará encantado de dar cierta publicidad a su causa y mostrar su situación ante el mundo. Anteriormente esto resultaba muy complicado. Era difícil conseguir la publicación de un artículo en los periódicos sobre el caso, el coste de los anuncios en prensa resultaba prohibitivo, y era prácticamente imposible encontrar algún programa de radio o televisión dedicado al tema. Sin embargo, actualmente, con las páginas web y el correo electrónico listos, el mensaje puede emitirse prácticamente al instante, en su propia lengua —acompañado de una traducción, si queremos— ante una audiencia global cuyo tamaño potencial convierte a las audiencias de los medios de comunicación tradicionales en minúsculas en comparación. Los mensajes colocados en la Red, además, tienen una permanencia que no consiguen las referencias en los periódicos ni en la radio. Los chats ofrecen muchas posibilidades a los hablantes de una lengua que viven aislados, ya que ahora pueden crear una comunidad de habla virtual de la que formar parte. Algunas de las lenguas con menos hablantes del mundo que tienen acceso a la tecnología Internet, como las lenguas minoritarias de Europa y muchas de las nativas norteamericanas, poseen actualmente sitios web y fomentan comunidades de habla virtual.

Por otra parte, es preciso reconocer que no resulta sencillo para una lengua conseguir una presencia significativa en el ciberespacio. Para empezar, hay que contar con la infraestructura, lo cual no siempre ocurre, porque muchas de las lenguas amenazadas se sitúan en partes del mundo en las que el acceso a la electricidad es poco fiable o no existe en absoluto, en cuyo caso las prioridades están claras. Luego, para poder utilizar la tecnología actual de la Red, el lenguaje debe ser escrito, lo

cual excluye a unas 2.000 lenguas que no están documentadas en absoluto, como vimos en el capítulo 2. Otra complicación viene dada por el hecho de que las letras específicas de algunas lenguas (especialmente las que utilizan una variedad de tildes) no son fácilmente codificables para poder ser «leídas» de forma rutinaria por los ordenadores de cualquier lugar. Finalmente, si ya se cuenta con la tecnología y la alfabetización, es preciso superar el obstáculo de la motivación. Parece existir una especie de «masa crítica» en la penetración de Internet que debe construirse en una comunidad o en un país antes de que una lengua pueda cobrar una vida virtual animada. En realidad no sirve de mucho tener uno o dos sitios sobre una lengua local en la Web. Quienes estén interesados en utilizarla o en averiguar más acerca de ella, se aburrirán pronto. El número de sitios debe aumentar hasta que, de pronto, todo el mundo esté visitándolos, participando y debatiendo sobre ellos. Se trata de un momento mágico, que hasta ahora sólo han alcanzado unos cuantos cientos de lenguas. Es preciso que haya abundantes «contenidos» de calidad en lenguas locales en la Red y, hasta que eso ocurra, se continuarán utilizando los idiomas que han conseguido acumular contenido, el inglés en particular.

Según vemos, las características de un Internet multilingüe aún están en proceso de evolución y, por lo que parece, tendrán un desarrollo importante durante los próximos años. Todo dependerá de la velocidad con que los sitios de nueva creación sean capaces de impulsar las lenguas locales, aunque no podemos subestimar las dificultades prácticas. Tomemos, por ejemplo, la cuestión aparentemente sencilla de representar de forma precisa las letras de determinada lengua. Hasta hace muy poco, existían auténticos problemas para expresar los diversos alfabetos de las lenguas del mundo mediante los caracteres del teclado del ordenador. Como el alfabeto inglés era el considerado estándar, solamente podían producirse unos

cuantos símbolos no ingleses. El software de Internet ignoraba las tildes de extraña apariencia de las palabras extranjeras, asumiendo que no tenían mayor importancia. Aunque esto puede ocurrir todavía, se han producido importantes avances. En primer lugar, se amplió el conjunto básico de caracteres del teclado, el llamado ASCII, de modo que las tildes más comunes pudieran ser incluidas. Incluso así, apenas permitía crear más que 256 caracteres, cuando en el mundo existen muchas más letras o configuraciones de palabras. Pensemos simplemente en el surtido de caracteres que encontramos en el árabe, el chino, el hindi, el coreano y todas las otras lenguas que no utilizan el alfabeto latino. En la actualidad hay un nuevo código mucho más sofisticado, el sistema UNICODE, cuya última versión permite la representación en pantalla de más de 94.000 caracteres, aunque ese número sigue estando muy por debajo de la cantidad total de caracteres existentes en todas las lenguas del mundo, que ha sido estimada en unos 175.000.

Tengo la sensación de que el futuro favorecerá el multilingüismo en la Web, y esta opinión se está generalizando. Ned Thomas, director de un boletín trimestral de la Oficina Europea de Lenguas Menos Habladas llamado *Contact*, afirmaba en una editorial de 2000: «No es cierto [...] que el inglés vaya a marginar todas las otras lenguas en la Red; por el contrario, existirá una importante demanda de sitios web multilingües, de búsqueda de información multilingüe, de traducción automática, y de sistemas de reconocimiento de voz multilingües»⁸. Tyler Chambers, creador de diferentes proyectos sobre el uso de lenguas en la Web, confirma: «El futuro de Internet aportará un mayor multilingüismo y una mayor exploración y comprensión intercultural de lo que ya hemos visto»⁹. Estoy de acuerdo. La Web da una bienvenida mundial a la diversidad lingüística, lo que resulta auténticamente revolucionario en una época en la que tantas lenguas del mundo están en proceso de desaparición.

CAPÍTULO 4

TRAS LA REVOLUCIÓN

Las tres tendencias descritas en los anteriores capítulos (la aparición de una lengua global, el fenómeno de las lenguas amenazadas y la llegada de Internet) han contribuido en la elaboración de nuestra hipótesis de la diversidad lingüística. El inglés global está consolidando una variedad de inglés estándar como forma de garantizar un medio internacionalmente inteligible; al mismo tiempo, ha promovido la creación de variedades locales que sirven de expresión a las diferentes identidades regionales; y en su momento algunas de estas nuevas variedades se convertirán en nuevas lenguas. Internet nos ha proporcionado un nuevo medio lingüístico que ofrece una gama completamente nueva de posibilidades de expresión, además de permitir variaciones estilísticas y nuevas maneras de estudiar el uso del lenguaje. Existe incluso un lado positivo en la amenaza que se cierne sobre las lenguas, ya que la posibilidad de que desaparezcan muchas de ellas ha agudizado las mentes de sus hablantes y se han puesto en marcha nuevas

iniciativas en todas partes (entre ellas la creación del Año Europeo de las Lenguas) para llamar la atención del público sobre el significado de la identidad lingüística y sobre cómo puede promoverse. Existe el potencial necesario para la realización de grandes proyectos pero, como suele ocurrir con las revoluciones, son los individuos quienes tienen que aprovecharlos. Para ello debemos revisar algunos de nuestros conceptos más antiguos sobre la naturaleza del lenguaje, lo que no siempre es un proceso cómodo.

El proceso de revisión más importante surge cuando nos planteamos seriamente el axioma del Año Europeo de las Lenguas. Asimismo, reconoce que el multilingüismo (también llamado plurilingüismo) en general, y el bilingüismo en particular, es un bien intrínseco. Este axioma tiene relación con el postulado que considera el multilingüismo la condición humana normal. Más adelante veremos que entre el 50 y el 80 por ciento de la población mundial es bilingüe (dependiendo del nivel de competencia lingüística que utilicemos como criterio), y un número significativo de personas utiliza tres o más lenguas. A primera vista, esto parece confirmar la teoría de que los niños no sólo nacen con la predisposición para adquirir una lengua (Language Acquisition Device, LAD), como afirmaba Chomsky, sino con recursos para aprender varias (Multilingual Acquisition Device, MAD). La realidad parece confirmar que no hay límite al número de idiomas que los niños son capaces de aprender, si se les facilita el contacto con ellos. Evidentemente, desde el punto de vista del pequeño, el hecho de que sean diferentes lenguas es intrascendente: se trata simplemente de diferentes formas de hablar. Los adultos sabemos que se trata de distintos idiomas, pero los niños no son conscientes de ello hasta los cuatro años de edad, cuando empiezan a manipularlos en su propio beneficio.

Reflexionar sobre el concepto de multilingüismo supone, en primer lugar, reconocer que no se trata de algo homogé-

neo. Aprender una lengua es una tarea compleja que, en su forma más completa, implica cuatro modos: comprensión oral, habla, lectura y escritura (el lenguaje de signos sería un quinto modo en determinadas circunstancias). También es posible desarrollar competencia lingüística exclusivamente en los dos primeros modos —de hecho, los hablantes del 40 por ciento de las lenguas no tienen otras posibilidades porque sus lenguajes no han sido escritos, como ya vimos— o desarrollar únicamente la comprensión escrita de un idioma. Suelen ser habituales las diferencias entre los modos activos y pasivos del lenguaje: hay personas que comprenden mejor de lo que hablan, o que leen mejor de lo que escriben. El concepto de multilingüismo no puede limitarse a aquellos que dominan los cuatro modos, ya que esto supondría excluir a una significativa porción de la población mundial que se desenvuelve utilizando más de una lengua. El multilingüismo, por tanto, debe tener en cuenta la capacidad de utilizar cualquier subconjunto de estos modos.

Igualmente, debe permitir diferentes niveles de aptitud dentro de cada modo. El conocimiento de una lengua implica como mínimo el aprendizaje de su pronunciación, su gramática y su vocabulario (para limitarnos sólo a estos tres campos tradicionales). Consideremos la máxima destreza en cada uno de ellos el «100 por ciento de dominio», es decir, que el hablante puede pronunciar todos los sonidos, utilizar todas las construcciones gramaticales y conocer todo el vocabulario disponible en una lengua (o en un dialecto). Si partimos de esta base, está claro que nadie domina completamente un idioma, porque nadie conoce el millón aproximado de palabras que tiene el inglés, por ejemplo; ni tampoco es capaz de usar fluidamente algunas de sus aproximadamente 3.500 construcciones gramaticales (como las formas más complicadas del inglés literario o jurídico), ni algunos de los efectos más sofisticados del uso de los tonos de voz (tal como los emplean los actores).

Por tanto, lo que hacemos es considerar todos los niveles de dominio, y utilizar una escala conceptual de 0 a 100 por ciento en cada una de estas áreas. Luego sintetizamos (también conceptualmente) un total agregado para la lengua en su globalidad, de forma que podemos afirmar que la Sra. X tiene «mayor dominio» que el Sr. Z, aunque no hay manera de evaluar si el Sr. A, que sobresale en gramática pero conoce poco vocabulario, «domina» más o menos el idioma que la Sra. B, la cual conoce mucho vocabulario pero flojea en gramática. El número de posibilidades es inmenso. Tanto el Sr. A como la Sra. B son, hasta cierto punto, bilingües y «mucho más bilingües» que el Sr. C, que desconoce completamente cualquier área. Esta noción relativista del bilingüismo es la única que se corresponde con lo que realmente vemos en el mundo.

Y lo que vemos es que en el mundo de hoy se exigen diferentes niveles de aptitud lingüística a las diferentes personas. Un lugar común, por ejemplo, es la capacidad para «manejarse o arreglárselas» en un idioma. Estas expresiones se utilizan continuamente para calificar el dominio mayor o menor en determinados idiomas o áreas de lenguaje. Todos sabemos lo difícil que resulta contestar a las preguntas, «¿cuántos idiomas hablas?» o «¿cuántos idiomas conoces?» y el modo en que evadimos su respuesta. Esa es la realidad del bilingüismo: no se trata de un fenómeno de todo o nada, sino de una mezcla dinámica de diferentes niveles de aptitud, que cambian constantemente según lo hacen nuestras circunstancias, aumentan o disminuyen las oportunidades para utilizar esa lengua o, simplemente, nos hacemos mayores. El hecho de que las personas se evadan cuando se les formula de forma directa preguntas aparentemente claras, como «¿hablas X?» o «¿eres bilingüe?», significa que estamos haciendo las preguntas equivocadas. Cualquier teoría del bilingüismo que quiera ser tomada en serio deberá ser consciente de esta imprecisión.

El reconocimiento de esta indeterminación sitúa en el punto focal un concepto en buena medida ignorado, pero cuya importancia va a ponerse de manifiesto a lo largo del siglo XXI: el semilingüismo. El término ha sido empleado de diversas maneras. Puede aplicarse a personas que no han logrado un dominio perfecto de *ninguna* lengua —nos viene a la memoria Salvatore, el personaje de *El Nombre de la Rosa*, de Umberto Eco, que «hablaba todas las lenguas y no hablaba ninguna»—, generalmente porque han tenido una infancia demasiado nómada y nunca han vivido lo suficiente en ningún lugar como para asentarse en una familia o en una comunidad. Miles de familias emigrantes, de viajeros y de refugiados políticos entran dentro de esta categoría, y no deberían quedar fuera de nuestra noción de multilingüismo sólo porque su mundo lingüístico sea diferente. Más comunes son aquellos que viven dentro de una comunidad multilingüe, pero por alguna razón no pueden (o no desean) adquirir un buen nivel de conocimiento de las lenguas de dicha comunidad. Una situación típica sería la de un joven que aprende su segunda lengua (L2) en casa o en la escuela primaria, deja su hogar para encontrar trabajo en una zona donde no se utiliza L2, y cuando regresa a casa tiene un dominio semilingüe de L2. Ésta también es una forma de bilingüismo. Un tercer ejemplo nos situaría en el típico escenario africano, donde una comunidad puede utilizar de forma rutinaria varias lenguas, destinando cada una de ellas a una situación social particular. En casa se habla una, en el mercado otra, una tercera en la iglesia, una cuarta en la escuela, y así sucesivamente. Lo más destacable de esta situación es que el «nivel» de dominio de cada lengua necesario para «sobrevivir» o para «arreglárselas» en cualquiera de estos contextos puede ser muy distinto del nivel correspondiente en los otros. De hecho, puede ser mínimo, como cuando se utilizaba una serie limitada de expresiones latinas en los oficios de la Iglesia Católica Romana. A pe-

sar de ello, alguien que utilice competentemente una lengua, aunque sea de modo restringido, no puede ser excluido de nuestro cómputo de bilingüismo. Pueden asimismo existir niveles muy considerables de capacidad lingüística, que sin embargo estén lejos de lo que consideraríamos el 100 por ciento de dominio. Esos niveles limitados no tendrían un gran valor de supervivencia en un contexto como el de la Unión Europea, por ejemplo, en el que se exigen traducciones completamente equivalentes, pero éste es un caso muy especial.

La exigencia de una correspondencia total en la traducción —el principio de que todo lo que puede decirse en determinada lengua debería poder expresarse en otra— también tiene que ser revisada. Es habitual que alguien que tenga una experiencia en un idioma sea incapaz de hablar sobre ello en otro, por desconocimiento del vocabulario o de las expresiones relevantes (como señalé en el capítulo 1, con el ejemplo de la madre francesa que había tenido su hijo en Inglaterra). En el caso africano recientemente citado, es posible que alguien que se desenvuelva cotidianamente en el mercado tenga un vocabulario muy desarrollado sobre verduras, del que carece en la lengua que emplea en la iglesia, por ejemplo. Sencillamente le sería imposible mantener una conversación sofisticada sobre coles en la lengua utilizada en la iglesia aunque, por otra parte, ¿qué falta le haría? La demanda de equivalencia total en la traducción sólo tiene sentido en determinadas circunstancias —cuando existen, por ejemplo, restricciones legales o preocupaciones sobre la competencia entre idiomas en tribunas públicas. La idea de «traducir todo» es poco habitual. La evolución del multilingüismo no tiene como objetivo permitirnos expresar todo en cualquier lengua, sino satisfacer las necesidades prácticas de comunicación de los individuos y de las comunidades. En algunas ocasiones, la traducción es útil; en otras, es innecesaria; a veces, es positivamente indeseable; y otras, absolutamente impracticable.

Ha sido este último criterio el que ha provocado el dilema al que se enfrenta la Unión Europea al superar la veintena de países miembros. No hay solución para tal problema mientras nuestro pensamiento esté condicionado por el paradigma de la «traducción total», aunque podría haberla tan pronto como fuera reemplazado por una selectividad pragmática en el contexto de una *lingua franca*. Este paradigma pragmático afirmaría que se traduce cuando es conveniente hacerlo, y no porque «todo deba ser traducido». Por supuesto que es preciso meditar sobre los diferentes criterios que definan cuándo es «conveniente». Determinados documentos o discursos serán fundamentales porque estén relacionados con la percepción de la identidad de un país; otros, porque encierren contenidos legales que deben expresarse en todas las lenguas; otros resultarán útiles sólo para algunas naciones (un documento sobre defensa costera tendrá presumiblemente escaso interés para los países sin acceso al mar). Es axiomático que se respete el estatus de la lengua de cada país, pero esto no quiere decir que todo deba ser traducido. Pongamos un ejemplo teórico: si existen veinte documentos y cuatro comunidades lingüísticas (que comparten una *lingua franca*, por supuesto), los documentos 1-5 pueden ser traducidos a L1, los documentos 6-10 a L2 y así sucesivamente, de modo que todas sean tratadas ecuaníme y respetuosamente, aunque ninguna tenga todos los documentos traducidos. No está claro hasta qué punto puede implementarse este modelo en la práctica, a causa de las diferentes sensibilidades políticas, pero es evidente que el respeto, como la traducción, es un concepto pragmático.

Este tipo de razonamientos provoca temor, porque nos conduce a un mundo nuevo, desconocido y sin experimentar. Pero la naturaleza de las revoluciones es mostrar la necesidad de nuevos paradigmas. En el momento presente estamos experimentando una revolución lingüística en la que los nuevos modelos están reemplazando a los viejos y el periodo de tran-

sición provoca inevitablemente incertidumbres: existen dudas sobre el papel de una *lingua franca* auténticamente global porque es algo que nunca se ha experimentado; no se sabe muy bien qué hacer para evitar la desaparición de lenguas en todo el mundo; y nos encontramos ante nuevas tecnologías inexploradas cuyo manejo desconocemos en buena medida. Los profesores, que se encuentran en primera línea del trabajo con el lenguaje, se lamentan habitualmente de su situación. Suelen señalar: «Antes teníamos el inglés británico y el inglés americano, y sabíamos dónde estábamos, pero ahora no tenemos ni idea». No obstante, todo el mundo, y no sólo los profesores, se enfrenta a las incertidumbres de un mundo lingüístico en rápido cambio. Como resultado, hay una comprensible tendencia a cerrarse en banda, adoptar posturas extremas y adjudicar a conceptos tradicionales (como el de «lengua oficial») un peso que no estaban diseñados para soportar. El resultado está a la vista: gran cantidad de traducciones sin leer; mucho tiempo desperdiciado e ideas que no llegan a expresarse porque las personas sienten la necesidad de decir todo dos veces en su discurso (una en su propia lengua y otra en la *lingua franca*); así como el uso encubierto de «lenguas de relevo» e «idiomas de trabajo», para asegurarse de que las tareas se cumplen (lo que insidiosamente desgasta el principio de respeto a la diversidad lingüística). Considero mucho más positivo que se trabaje con la intención de reemplazar concepciones absolutistas por relativistas —cambiar, por ejemplo, el concepto de «lengua oficial» por el de «oficial para determinado propósito», y dedicar el tiempo a intentar desentrañar cuáles deberían ser dichos propósitos.

Estas corrientes de pensamiento resultan incómodas, también, porque ser incómoda forma parte de la naturaleza de la realidad lingüística, especialmente en una época revolucionaria en la que el cambio es tan rápido y universal. Las nociones relativas guardan poca semejanza con el mundo de blanco o

negro que habitan los puristas del lenguaje, y el mundo del multilingüismo está lleno de puristas —personas que creen que existe una forma de lenguaje intrínsecamente superior a todas las demás a la que deben proteger del cambio, especialmente de la influencia de otras lenguas, y más especialmente del inglés. Todos somos puristas en cierta medida, pero se trata de algo que debemos controlar, ya que la realidad histórica es evidente: todas las lenguas evolucionan, todas adoptan expresiones de las demás y no existen ni han existido nunca «lenguas puras». El inglés es un idioma que ha adoptado gran cantidad de elementos de otras lenguas desde el principio, como vimos en el capítulo 1. Sin embargo, los defensores puristas de las lenguas consideran esto una maldición porque sienten que su idioma se corrompe al utilizar palabras ajenas. Estas personas poseen muy poca memoria colectiva al olvidar que algunas de las formas homologadas de la lengua que hoy aceptan eran consideradas polémicas hace apenas una generación.

Como vimos en el capítulo 2, el tema resulta especialmente conflictivo entre las generaciones mayores y las más jóvenes, al insistir las primeras en la «corrección» y las últimas en hacer uso de términos importados (a menudo del inglés) «modernos». En las «lenguas sanas», que cuentan con millones de hablantes, las actitudes puristas no causan ningún daño, porque son absorbidas por las múltiples opiniones que constituyen la comunidad de hablantes. En realidad, cumplen un importante papel al identificar uno de los extremos del espectro de opinión que posibilita que otras posiciones estén más claras por contraste. Hay una postura «descriptiva» en la lingüística, por ejemplo, que afirma la validez de cualquier uso, sea estándar o no. Esta actitud queda más claramente definida por oposición a la postura «prescriptiva», que afirma que sólo son válidos determinados usos, aquellos sancionados por las gramáticas y los diccionarios reconocidos. Pero cuando se trata de lenguas mi-

noritarias y amenazadas, el purismo resulta perjudicial. Mi posición al respecto es inequívoca: cualquier comunidad de hablantes que permita que la mentalidad purista domine su política lingüística está firmando su sentencia de muerte. Los jóvenes serán los padres de la siguiente generación de niños y, si van a transmitir la lengua, son ellos quienes deben ser persuadidos de que tiene sentido hacerlo. Sin embargo, cada vez que su forma de hablar es rechazada por sus mayores porque resulta «incorrecta», la vitalidad de la lengua se ve reducida y se ha clavado un clavo más a su ataúd.

Es preciso admitir que la identidad de las lenguas cambiará —como siempre ha ocurrido— incluso hasta el punto de transformar su carácter considerablemente (como vimos en el capítulo 2). Esta verdad, aparentemente inaceptable, puede resultar más digerible si señalamos que, cuando ocurre, las lenguas no se deterioran ni desaparecen, sino que adquieren nuevos recursos que pueden utilizar en toda clase de direcciones creativas. Como ya hemos visto, el inglés es un ejemplo típico. La incorporación de grandes cantidades de términos clásicos y romances no supuso su deterioro, sino que, por el contrario, actualmente contamos con un léxico de una expresividad mucho mayor, que ofrece nuevas oportunidades para la creatividad. Irónicamente, es el léxico clásico el que, a juicio de muchas personas (aunque no de George Orwell), añade «calidad» al inglés. El lenguaje usado por una generación nunca es el mismo que el de sus predecesores. Aceptar que el cambio es inevitable —cuando no deseable— es parte esencial de una aproximación realista al multilingüismo. Por consiguiente, parte de la nueva disposición mental de una era posrevolucionaria debe ser la aceptación de los efectos producidos por un nivel de contacto mucho mayor (como los préstamos), y cierta preparación para asumir un gran número de lenguas de «código mixto», en las que se haya producido una mezcla a gran escala (como en el «snglish», que funde chino e inglés).

Plantear el razonamiento en términos de «viejo» y «nuevo», o «correcto» y «moderno» sería una distorsión, ya que ambas posiciones no son totalmente exclusivas. Es perfectamente factible encontrar una situación lingüística en la que el nivel más coloquial y «moderno» del lenguaje coexista junto a un nivel más formal y «correcto». Ésta es la clase de situación que representa la noción de tridialectismo descrita al final del capítulo 1, así como la noción de diglosia, el uso de dos tipos de lenguaje muy diferentes al mismo tiempo, ilustrada por ejemplos como el árabe clásico frente al coloquial, o el alemán suizo frente al germánico. Parece probable que las lenguas se hagan cada vez más *diglósicas* (o incluso *triglósicas*, con tres versiones coexistiendo simultáneamente) a medida que aumentan los efectos producidos por el contacto, efectos que serán especialmente notables en las lenguas minoritarias, cuyos distintos niveles serán más marcados debido al menor número de hablantes. Sólo una política de desarrollo inclusivo de las lenguas podrá hacer frente a estas evoluciones. Cualquier política lingüística que actúe con exclusividad —declarando que determinado grupo no habla «correctamente» la lengua— está destinada a la autodestrucción. Las lenguas minoritarias necesitan a todos los amigos que puedan conseguir, independientemente del nivel o del tipo de lengua que muestren sus hablantes. Cualquiera que acabe de dar el primer paso en el camino del bilingüismo (con un uno por ciento de dominio, según los términos anteriormente descritos) debería ser bienvenido y valorado. Desgraciadamente, la sorprendente realidad es que los conceptos históricos de propiedad pueden cruzarse en el camino de la inclusividad. «No tienen derecho a aprender nuestra lengua» es una de las quejas habitualmente expresadas por los tradicionalistas frente a los recién llegados. La postura es compleja y no completamente irracional, pero en último término resulta contraproducente.

Cuanto más exploramos el concepto del multilingüismo en un mundo lingüístico posrevolucionario, más necesario resulta revisar o descartar viejos conceptos del pasado. Incluso nociones tan fundamentales como la distinción entre lengua «nativa» o «no nativa», o entre «primera» lengua, «segunda» lengua o lengua «extranjera» deberían replantearse. La situación a la que hacíamos referencia en el capítulo 1 nos ofrece un buen ejemplo: actualmente nacen niños en todo el mundo cuyos padres proceden de contextos lingüísticos mestizos, para quienes el inglés es una *lingua franca* fundamental. En otras palabras, aprenderán como lengua materna el «inglés como lengua extranjera». Este tipo de evolución puede coger por sorpresa a los propios lingüistas. Lo que deberían valorar estos profesionales es el nivel aún mayor de replanteamiento que debe tener lugar entre el gran público, para quien, sorprendentemente, el monolingüismo es lo más normal (especialmente en aquellos países con una historia reciente de colonialismo). Los políticos y los administradores suelen mostrar cierta tendencia a las soluciones claras y simples, desarrollando fórmulas, por ejemplo, para averiguar cuantas lenguas es deseable que enseñe o utilice un país. Pero las fórmulas «L1 + 1» (aprendizaje de una lengua extranjera además de la propia), «L1 + 2», o cualquier otra, tienen poca relación con el mundo real, donde las personas emplean tantas lenguas como necesitan y con diferentes niveles de dominio. A mi juicio, la única noción que refleja adecuadamente el mundo multilingüe que observo a mi alrededor es la de *cartera de lenguas*, un concepto muy utilizado actualmente en Europa, basado en la gama de idiomas y competencias que un individuo tiene a su disposición. Esto es lo que debería fomentarse en los programas escolares y en todas partes.

Para manejarnos en esta revolución necesitamos una estrategia lo suficientemente flexible que integre a muchos tipos y niveles de usuarios. Debe estar centrada en las «familias nor-

males» y en los niños en casa, ya que es ahí donde las lenguas se aprenden más sólidamente; pero debemos contemplar los hogares dentro del contexto de las comunidades (reales o virtuales) para evitar el aislacionismo, y, por tanto, las comunidades locales deberán desempeñar su propio papel. El enfoque local proporciona los medios para integrar los diferentes enfoques utilizados en la planificación lingüística. En el capítulo 2 hacía referencia al papel de las artes como estrategia fundamental para llamar la atención del público sobre los temas lingüísticos, especialmente sobre las lenguas en peligro de extinción, y continuaremos con este punto más adelante. En el capítulo 3 exponía el potencial revitalizador de los medios electrónicos. Pero el hogar es el único lugar en donde todos estos factores se encuentran presentes de forma habitual. Es en casa donde empieza a apreciarse el arte, desde las formas más simples de decoración y los adornos corporales a formas más avanzadas de música, pintura, narración de cuentos y películas. También Internet se utiliza cada vez más desde el hogar, y la tendencia aumentará con la difusión de la comunicación por banda ancha. Por tanto, el hogar y la comunidad local son los lugares donde los efectos de la revolución lingüística se harán más aparentes.

Las artes y la muerte de las lenguas

«Llamar la atención del público sobre los temas lingüísticos, especialmente sobre las lenguas en peligro de extinción». ¿Cómo puede conseguirse este propósito? Cualquiera que trabaje en el ámbito de la conservación sabrá que crear una conciencia pública sobre un tema es el objetivo más difícil de lograr. El movimiento ecologista en su conjunto ha tardado más de un siglo en crear la actual conciencia mundial sobre plantas y animales en peligro. La National Audubon Society de los

Estados Unidos fue fundada en 1866: lleva 150 años llamando la atención pública sobre las aves. La Unesco se creó en 1972 y ha desarrollado un brillante programa de defensa del patrimonio mundial de la humanidad. Greenpeace se fundó un año antes, en 1971. El World Wildlife Fund para la defensa de la naturaleza nació en 1961; la World Conservation Union, en 1948. Esta última organización tardó más de treinta años en establecer una Estrategia de Conservación Mundial (1980), que promovió los principios establecidos en el documento *Caring for Earth*.

En comparación con esos plazos, los logros lingüísticos conseguidos en la concienciación pública en tan solo una década han sido notables. Gracias a un enorme esfuerzo desarrollado por un número bastante pequeño de individuos e instituciones, y a las nuevas tecnologías de la comunicación disponibles, se han realizado considerables progresos en relación con los tres criterios que deben estar presentes para que pueda mejorarse la situación de una lengua en peligro de extinción. En primer lugar está lo que podríamos llamar el interés «de abajo a arriba»: la propia comunidad de hablantes debe estar interesada en salvar su lengua; hay ya múltiples experiencias sobre el modo en que pueden gestionarse adecuadamente las actitudes y canalizarse las energías para asegurar que esto ocurra. En segundo lugar, debe haber interés «de arriba a abajo»: los gobiernos nacional y local han de simpatizar con la filosofía de la revitalización de la lengua y apoyar las tareas necesarias para ello, entre las que se incluiría conseguir el apoyo de instituciones internacionales como la Unesco y el Consejo de Europa, fundamentales a la hora de crear un clima político adecuado con el que ejercer presión en las situaciones difíciles. Sólo tenemos que pensar por un momento en la cantidad de comunicados políticos realizados durante la década de los noventa, como la Declaración de Barcelona de 1996, para darnos cuenta del enorme progreso realizado a este respecto, aun-

que parece que aún nos encontramos lejos de alcanzar la meta propuesta: conseguir una inequívoca declaración de la Organización de Naciones Unidas sobre los derechos lingüísticos del hombre.

No obstante, ni el apoyo de la comunidad ni el de las instituciones bastan si falta el tercer elemento: el dinero. Ya sabemos que llevar adelante un programa de apoyo a una lengua minoritaria es caro, a corto plazo. Por supuesto que, a largo plazo, cualquier política de multilingüismo equilibrado, en la que las lenguas minoritarias sean respetadas y protegidas, garantiza enormes ahorros —aunque no sea más que por evitar los tremendos gastos (a menudo en términos de vidas humanas, a la vez que económicos) que surgen cuando los pueblos que ven amenazada su identidad lingüística pasan a la acción para protegerse a sí mismos y a su futuro. De cualquier modo, la inversión inicial es importante, no extraordinariamente, como vimos en el capítulo 2, pero sí suficientemente cuantiosa como para desanimar a los gobiernos y crear problemas a las organizaciones de apoyo (como la Fundación para las Lenguas Amenazadas) que intentan conseguir capital para realizar al menos una mínima contribución a las necesidades presentes. Por este motivo, las iniciativas de grandes organizaciones, como la Volkswagen Stiftung y el Lisbet Rausing Charitable Fund, que realizan significativas contribuciones para facilitar la documentación de las lenguas amenazadas en el nuevo milenio, deben ser aplaudidas con entusiasmo. Pero la cuestión permanece en el aire: ¿por qué no existen más organizaciones similares comprometidas? ¿Por qué, si la conservación de las lenguas es el equivalente intelectual de la conservación biológica, se han realizado tan pocos progresos en la necesaria financiación? La World Conservation Union tenía un presupuesto de 140 millones de francos suizos para el 2002, y se donan muchos más millones para proyectos de conservación biológica en todo el mundo. En comparación, el apoyo a pro-

yectos lingüísticos hasta ahora ha sido mínimo. ¿Cuál es la razón?

A mi juicio, esto se debe a que muy pocas personas son conscientes todavía de la existencia y la magnitud del problema, y aún es necesario convencer a la mayor parte del público de que esta situación *constituye* un problema. Aún se cree de forma generalizada en el mito de Babel, al que hacíamos referencia en el capítulo 2: que un lenguaje único en la Tierra garantizaría un planeta mutuamente inteligible y, por tanto, en paz. Además, muchas de las personas que no son conscientes de la crisis del lenguaje son creadores de opinión: periodistas, políticos, personalidades mediáticas, líderes empresariales y otros. Dudo que haya alguien perteneciente al mundo pensante que no sea consciente de la crisis bio-ecológica que atraviesa el mundo. Por el contrario, apenas una minúscula proporción de estas personas es mínimamente consciente de la crisis en la ecología lingüística. ¿Cuántos *conocen* el problema? Cuando preparaba un programa de radio sobre el tema a finales de los noventa, pregunté a una serie de personas en la calle si eran conscientes de la desaparición de tantas de las lenguas del mundo. Sólo una de cada cuatro contestó afirmativamente (desconozco si lo eran realmente o no). Las otras tres no tenían ni idea de lo que estaba hablando. Obtuve resultados semejantes con un ejercicio similar realizado en la Universidad de Manchester. El 75 por ciento de la población parece desconocer, por lo tanto, que exista un problema. Y muchos de los que constituyen el 25 por ciento restante no consideran que este asunto sea importante. ¿Cuál es la mejor manera de transmitirles el mensaje?

Los métodos tradicionales incluyen conferencias, libros y programas de radio, pero tienen un efecto limitado. Incluso si alguno de los libros eruditos sobre el tema fuera un éxito editorial, estaríamos hablando tan solo de unos pocos miles de ejemplares. Títulos como mi obra *La muerte de las lenguas* no

entran dentro de las listas de más vendidos en Navidad. Los libros de texto académicos desempeñan una labor importante en la creación de opinión intelectual, pero no son la mejor manera de aumentar la conciencia pública, especialmente si corre cierta urgencia. Tenemos que mirar en otras direcciones. De hecho, existen varias maneras de conseguir este objetivo, pero las principales apenas han comenzado a ser exploradas, y menos aún desde el ámbito institucional. Cuatro son las fundamentales: la utilización de los medios de comunicación, de las artes, de Internet y de los planes de estudio escolares. Las cuatro deben participar en cualquier esfuerzo sistemático que se organice para conseguir que la conciencia social sobre la ecología lingüística se sitúe al mismo nivel en que se encuentra la conciencia biológica.

Se han producido algunos avances en cuanto al apoyo de los medios. El interés mostrado por algunos sectores de los medios de comunicación se ha incrementado como resultado de la década revolucionaria. Han aparecido diferentes artículos en revistas y periódicos de interés general. Se han publicado trabajos, a menudo acompañados de asombrosas fotografías, en *Civilization, Prospect, National Geographic, Scientific American*, e incluso en la revista que se ofrece en los vuelos de la compañía British Airways, *High Life*. También la radio ha contribuido a divulgar el tema. A partir de 2000 ó 2001, tengo conocimiento de una docena aproximada de tales programas en las dos principales emisoras de la BBC dedicadas a documentales, Radio 3 y Radio 4 (en uno de los casos con una serie de cuatro capítulos de media hora titulados *Lost for Words* *). Parece que ha existido un interés similar en las emisoras de radio de otros lugares; tengo referencias de programas realizados en los Estados Unidos, Canadá y Australia, y debe de haber

* Expresión inglesa equivalente a «quedarse perplejo» o, en este caso, «quedarse sin palabras» (*N. del T.*).

habido muchos más en otros países. Por el contrario, la televisión se ha mostrado menos interesada. Desde mediados de los sesenta se han realizado al menos diez propuestas de documentales o miniseries sobre la muerte de las lenguas a diferentes cadenas británicas y, aunque tres de ellas alcanzaron una fase de preparación bastante avanzada (en uno de los casos se confeccionó el guión y se filmó parte del material), ninguna llegó a completarse. El único éxito que se consiguió fue el episodio dedicado a la muerte de las lenguas incluido en la serie *Beyond Babel*, producida por Infonation (la antigua productora de cine perteneciente a la Oficina Británica de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth), emitida en más de cincuenta países en 2002, y que está ahora disponible en DVD. Trataba, irónicamente, de cómo el inglés se ha convertido en una lengua mundial; pero los productores fueron lo bastante sensatos para mostrar que existía otra cara de la moneda.

El fracaso televisivo forma parte de un escenario mayor. Nunca se ha emitido (hasta la primera edición de este libro, en 2003) ninguna serie de televisión que tratase sobre el tema genérico del lenguaje en ningún lugar del mundo. Por supuesto, ha habido programas aislados que trataban algunos de los aspectos más «atractivos» de las lenguas, como la adquisición del lenguaje infantil, el lenguaje de signos o las discapacidades del habla. También ha habido varios programas o series sobre determinadas lenguas, entre las cuales el inglés, como puede imaginarse, consigue la máxima atención. La serie *The Story of English*, una inmensa coproducción transatlántica de ocho horas de duración, se estrenó en la década de los ochenta, y otra saga de ocho horas, *The Adventure of English*, se emitió por la televisión británica en 2002-2003, narrando básicamente la misma historia de un modo muy similar. Algunas otras lenguas en particular han atraído cierto interés. La serie de seis capítulos *The Story of Welsh* fue emitida por la cadena de tele-

visión de la BBC en Gales en 2003, y ha habido programas similares sobre el bretón, el irlandés y algunas otras lenguas minoritarias europeas, así como sobre las lenguas indígenas de Australia, Estados Unidos y Canadá.

Pero todos estos programas tenían un enfoque limitado, ya que contaban exclusivamente el modo en que la amenaza afectaba a determinadas comunidades: galeses, bretones o cualesquiera. Ninguno de ellos daba el paso atrás necesario para contemplar la situación de amenaza a las lenguas en sentido global. Lo más que llegaron a aproximarse a esa situación fue en aquellos programas que trataban de más de una lengua al mismo tiempo, como el documental realizado para la red televisiva de Netherlands TV, en 2001, que mostraba las semejanzas entre la grave situación en que se encontraban el frisio y el galés, y del que podían extraerse consecuencias más generales. Otro de estos ejemplos es un proyecto reciente del cineasta checo Michael Havas, titulado «Brazilian Dream», que ha concebido su documental sobre una única lengua brasileña, hablada por la tribu krenak, como un símbolo de la situación mundial de las lenguas minoritarias. No es común encontrar este tipo de perspectivas. Resulta bastante difícil que personas que se encuentran desesperadamente preocupadas por la situación de su propia lengua dediquen parte de su energía a considerar una situación más global. Se trata de una postura algo miope, ya que cada lengua amenazada puede aprender algo de la situación que atraviesan otras y las razones por las que a algunas les va mejor que a otras. No obstante, en 2003 nuestro tema todavía está a la espera de conseguir un tratamiento efectivo en televisión.

Después de haber tenido la oportunidad de debatir este asunto con varias cadenas a lo largo de los años, creo tener una idea de las razones de esta renuencia. Existe la opinión bastante generalizada de que el lenguaje es un tema demasiado abstracto y complejo para un tratamiento televisivo. Al son-

dear más profundamente, suele dejarse traslucir que los directivos están recordando los días en que estudiaban gramática en la escuela (gran parte de los altos ejecutivos de la industria televisiva se formaron en la época en la que había que analizar sintácticamente las frases y estudiar las normas gramaticales) o en que tuvieron un encuentro en la tercera fase con Chomsky que les ha dejado atemorizados. Se muestran también preocupados por la generalidad del tema: el lenguaje no encaja dentro de ninguna de las parrillas habituales como espacios de actualidad o comedias. Les aterroriza la posibilidad de que pueda recibir un enfoque académico que obligue a la gente a cambiar de canal. A pesar de que algunos intelectuales han creado series de éxito (Michael Wood sobre Shakespeare, Simon Schama sobre historia o Lord Winston sobre medicina y evolución), cuando el lenguaje sale a colación sus ojos se ponen vidriosos. Esto afecta incluso a los programas específicos sobre una lengua, que no son presentados por lingüistas, sino por personalidades famosas que se han labrado su reputación en cualquier otro ámbito (*The Adventures of English* fue presentada por el novelista Melvyn Bragg; *The Story of Welsh*, por el locutor de informativos Huw Edwards). Si las primeras décadas del siglo XXI llegan a presenciar una serie televisiva sobre la desaparición de las lenguas, dios sabe a quién escogerán para presentarla: ¿a alguna estrella de la televisión?

De cualquier modo, ¿por qué tendría que ser malo si ocurriera tal cosa? Si el contenido es correcto y la calidad está asegurada, una personalidad mediática podría resultar muy beneficiosa para la causa. El interés de la comunidad lingüística, el de las instituciones y la financiación —los tres criterios necesarios—, funcionarían óptimamente si el gran público adquiriese plena conciencia de la naturaleza de la desaparición de las lenguas y de su alarmante probabilidad, y las personalidades famosas pueden contribuir a que esto ocurra. Pero no se necesita sólo conciencia, sino también entusiasmo. Es preciso

que los individuos se entusiasmen con los temas que rodean la extinción de las lenguas. Deben participar tanto sus emociones como su intelecto. Los lingüistas han desarrollado un excelente trabajo desde mediados de los noventa para conseguir esto último: un considerable número de personas posee un grado de comprensión intelectual sobre el tema que no poseía con anterioridad, pero, ¿a cuántas les afecta emocionalmente? ¿Cuántas llorarían por una lengua que desaparece, lo mismo que otras lloran por una especie animal que se extingue? ¿Cuántas experimentan una auténtica alegría ante la posibilidad de revitalizar una lengua? [como aquel momento de *Beyond Babel* en que oímos decir a Cally Lara, una adolescente de Hupa Valley, Northern California: «Mientras estemos aquí, mientras el valle esté ahí, mientras viva nuestra cultura, la lengua y su enseñanza serán una parte importante de lo que hagamos. Es nuestra responsabilidad». Y su compañero, Silischi-tawn Jackson, añade: «Si de mí depende, esta lengua va a seguir viva». Escuchar a unos jóvenes comprometidos con la lengua de esa manera hace brincar de gozo el corazón y la cabeza (cualquiera que tenga hijos adolescentes sabrá lo difícil que resulta que se impliquen en cualquier cosa, ¡aparte del sexo!).] ¿Cuántos comparten este sentido de celebración? En realidad, existen pocas oportunidades para celebrar algo —como el Día Mundial de las Lenguas o el Día Internacional de las Lenguas Maternas— y pocos son conscientes de ellas. Éste es el desafío que presenta el nuevo siglo.

Es evidente que existe una diferencia entre conciencia lingüística y concienciación lingüística. Tenemos que conectar con la sensibilidad de la gente, y esa es la más difícil de las tareas. Sólo conozco dos maneras de hacerlo: una es a través de la religión y la otra mediante las artes. De las dos, las artes consiguen abarcar más porque superan la distinción entre teísmo y ateísmo. Como director de un centro cultural en mi ciudad que programa exposiciones de pintura y escultura, cine,

teatro, conciertos y actuaciones de todo tipo y formato, he aprendido que *todo el mundo* aprecia el arte, independientemente de su edad y su clase social. Por supuesto que preferirán diferentes tipos de arte, pero incluso aquellos que conozco que fruncen el ceño ante una exposición de arte abstracto o un concierto de música medieval, llamándolos elitistas, acuden al centro cultural cuando se proyecta una película de James Bond o tiene lugar una representación navideña para los niños. Nunca he visto una casa sin alguna clase de cuadro en la pared o de adorno en la repisa de la chimenea. El arte alcanza a todo el mundo. Tal y como afirmó Oscar Wilde: «Dedicamos nuestros días, cada uno de ellos, a buscar el secreto de la vida. Pues bien, el secreto de la vida está en el arte»¹.

Por tanto, si queremos un medio de difundir el mensaje de las lenguas amenazadas a todo el mundo de la forma más directa y atractiva, deberíamos hacer un máximo uso de las artes. Los artistas pueden ayudarnos más que ninguna otra persona². Existen repetidas citas que confirman esta idea; el poeta norteamericano Archibald Macleish lo expresó así: «Cualquier cosa puede hacernos mirar; sólo el arte puede hacernos ver». Otro poeta, Robert Penn Warren, escribió: «El poema no es algo que veamos, es más bien una luz gracias a la cual podemos ver; lo que vemos es la vida». Picasso, a su vez, observó: «Todos sabemos que el arte no es la verdad. El arte es una mentira que nos permite comprender la verdad». Ezra Pound, como si quisiera llamar la atención sobre la diferencia entre los medios de comunicación y las artes, afirmó: «La literatura son noticias que no pierden su novedad»³. Tal vez la cita más apropiada, en este sentido, sea la de Disraeli, en el prefacio a su novela *Coningsby*, cuando escribe: «La ficción, templada por el tiempo, es la mejor forma de influir en la opi-

nión». De todas estas opiniones extraigo la conclusión de que la mejor manera de avanzar es a través de las artes en su sentido más amplio, que incluye cualquier sensación visual, verbal, táctil, olfativa y gustativa que consideremos artística. Llegados a este punto, nos topamos con «el gran abismo» en su realidad más cruel, ya que los lingüistas académicos no se han mostrado muy interesados por el arte, y los artistas (en su sentido más amplio) no se han interesado mucho por la lingüística.

Desde la década de los noventa he procurado encontrar ejemplos de artistas que hubieran abordado el tema de la desaparición de las lenguas en sus respectivos campos, y prácticamente no he encontrado ninguno. He preguntado a cientos de ellos si conocen alguna experiencia dentro de las artes visuales, sin apenas éxito. He asistido a exposiciones enteras dedicadas a la conservación de animales y plantas, pero nunca vi ninguna relacionada con la conservación de las lenguas. Conozco algunas pinturas sobre el lenguaje en general, como la obra *WithOutWords*, de Hammond Guthrie, reproducida en un número de la revista *on-line* de vanguardia *The Third Page* (primavera-verano 2002) bajo el lema *Non Angoro Vorto* (Sin miedo a las palabras). Pero nada sobre la muerte de las lenguas. He encontrado una escultura —la escultura viviente creada por Rachel Berwick, exhibida en Londres y Nueva York— en la que dos loros amazónicos que se encontraban en el interior de un recinto especial habían sido entrenados para hablar algunas palabras en maypuré, lengua ya desaparecida. No conozco nada en fotografía, cerámica o textil. Los artistas utilizan continuamente términos del lenguaje para definir sus roles, el «lenguaje» de la fotografía, cuadros que «nos hablan», pero no parecen haber tratado el lenguaje como tema en sí mismo.

Confiaba en que la danza y la música estuvieran más implicadas en el tema. La música ha sido definida⁴ como «el idioma universal de la humanidad» (Longfellow), «la lengua de los

* En inglés, la frase hace un juego de palabras con *news* («noticias» y «nuevo»): «*Literature is news that stays news*» (N. del T.).

ángeles» (Carlyle), «la única lengua universal» (Samuel Rogers). Podríamos deducir que estas metáforas habrían motivado a los compositores a trasladar al pentagrama motivos lingüísticos, pero aún no he encontrado ninguna pieza que los trate explícitamente, aparte de un pequeño tema electrónico interpretado en directo por el compositor francés Jean Vauget: «instant sonore #5 pygmées». El tema de la muerte de las lenguas se merece por lo menos una sinfonía, una fantasía, una ópera, un ballet o —en otro género— una suite de jazz o una composición para guitarra. Ni siquiera los cantautores han llegado a lamentarse de esta situación mundial. Lo más que una pieza musical se ha acercado al tema ha sido en la banda sonora que Phillip Glass compuso para la película de Godfrey Reggio, *Powaqqatsi*, la segunda de su trilogía *qatsi* de los hopi; el nombre quiere decir «una forma de vida [la tecnología, según su visión] que consume las fuerzas vitales de otros seres vivos para prolongar su propia vida». El himno compuesto para dicho film expresa bien la noción de pérdida, pero la película trata sobre la destrucción cultural en general, como resultado de la tecnología, y no de la pérdida lingüística en concreto. El propio cine, como medio, parece haber ignorado también el asunto.

Podríamos pensar que, debido a sus características, encontraríamos resultados más positivos dentro del ámbito de las artes verbales —poesía, teatro, novela o relatos cortos— pero tampoco aquí hay mucho que reseñar. No conozco ninguna novela relacionada directamente con el tema en general, aunque sí algunas que reflexionan sobre una cultura o una situación lingüística en concreto, como la de Joan Bodon (Jean Bodou) sobre la muerte del occitano, *Lo Libre de Catoia*; la fábula del escritor argentino Leopoldo Brizuela sobre un encuentro imaginario entre la cultura inglesa y la patagónica, *Inglaterra, una fábula*; o la narración del escritor abjasiano Bagrat Shinkuba sobre la desaparición del ubykh (traducida

como *Last of the Departed*). Existe un relato de Alphonse Daudet, «La última clase», que gira en torno a la reacción de un escolar ante las noticias de que el alemán iba a sustituir al francés en su colegio de Alsacia. Pero no parece haber ninguna novela sobre el tema en general, y sólo un relato corto del australiano David Malouf. En una concisa y emocionante narración de apenas cuatro páginas, «The Only Speaker of his Tongue» (El único hablante de su lengua), cuenta la historia de la visita de un lexicógrafo al último hablante de una lengua. Durante el encuentro se produce un momento de reflexión personal: «Cuando pienso que mi lengua ya no vivirá en las bocas de los hombres, recorre mi cuerpo un escalofrío más hondo que mi propia muerte, ya que representa las muertes reunidas de todo mi pueblo»⁴. Esto es poesía en prosa, y al pasar al género de la poesía encontramos algunos escritores que sí han abordado el tema. He conseguido reunir hasta ahora unos treinta poemas al respecto. En Canadá, destaca la creación de Margaret Atwood titulada «Marsh Language» (La lengua de los pantanos), que comienza así:

Los tiernos lenguajes secretos están siendo silenciados:
Lengua materna, lengua materna, lengua materna
retrocediendo una por una hasta la luna⁵.

El autor norteamericano W. C. Merwin ha escrito un puñado de poemas relevantes. «Losing a Language» (La pérdida de una lengua) comienza de esta manera:

Un aliento abandona las frases y no vuelve más
pero los ancianos todavía recuerdan cosas que sabían decir⁶.

Lo importante de estos poemas es que tratan sobre el aspecto general del problema. No se limitan a lamentarse por la condición de la lengua del autor sin ir más allá, sino que utili-

zan su experiencia personal para reflexionar sobre la situación mundial. Algunos autores son expertos en esto: R. S. Thomas fue un clérigo anglicano galés que escribió en repetidas ocasiones sobre ello; le preocupaba desesperadamente la pérdida del galés, pero adviértase que al final de su poema «Drowning» (Ahogándose) sus reflexiones se alejan de Gales y son aplicables a cualquier lugar:

Eran insustituibles y olvidables.
Feligreses y hablantes del galés,
les iba observando y quedaba
uno menos, uno menos, uno menos.

No eran de la tierra, pero a ella contribuían
al morir, un abono que no conviene nombrar,
pero del que se nutre
la poesía y las leyendas y las fábulas.

Su inmortalidad es lo que esperaban
por ser amables. Eran tal sus sonrisas,
tan frecuentes, perennes como flores
que se abren tras haber sido cortadas.

Yo ejercía inquieto entre ellos hasta que
los huecos que se iban formando en el seto
de la nación se abrieron para mostrar el vacío
en donde acechaban ecos y débiles espectros.

Un lugar extraño, pero semejante a otros
donde, en medio de un profundo mar, los hombres
se aferran a los últimos restos de su lengua
y se hunden con ella, olvidados pero sin quejas⁷.

El sentido no podía quedar más claro. Se trata de un pueblo y una lengua «semejante a otros», y la imagen del lenguaje

que se hunde en el mar podría resonar en cualquier parte. De cualquier forma, el género que me sorprende más es el del teatro, pues en principio sería el que más fácilmente podría aplicarse a divulgar el problema de la muerte de las lenguas. ¿Dónde están las obras de teatro? También en este caso hay piezas que tratan los problemas de una situación cultural o lingüística en particular. Un buen ejemplo sería *Translations*, de Brian Friel, sobre el irlandés; otro es *The Golden Age*, de Louis Nowra, sobre la comunidad descubierta en las regiones salvajes de Tasmania en 1939, para quienes el dramaturgo creó una variedad especial de lengua. Pero, ¿qué obras plantean los problemas de las lenguas amenazadas en general, o generalizan a partir de ejemplos concretos, como hacía el poema de R. S. Thomas? El único ejemplo publicado es *Mountain Language* (La lengua de las montañas), de Harold Pinter, una explosión de veinte minutos, que resulta de escaso interés general porque trata sobre el genocidio lingüístico, tema relevante en algunos lugares del mundo, pero que sólo refleja una parte del panorama global.

Fue por esta carencia de contribuciones dramáticas al tema por lo que secundé la propuesta del director teatral Greg Doran de hacer una aportación al género; el resultado fue la obra *Living On* (1998). Refleja una situación que considero posee el máximo potencial dramático, la del «último hablante». Introduje un personaje (Shalema) y una comunidad arquetípicos, inspirados en los individuos y tradiciones con los que he entrado en contacto en mis estudios por diversas partes del mundo; inventé un lenguaje para él, basado en normas lingüísticas universales, y luego exploré las motivaciones y tensiones a las que estaba sometido mientras decidía si autorizaba que su lengua quedara grabada para la posteridad o no. El siguiente fragmento muestra el estado de ánimo de Shalema cuando conversaba con el lingüista que quería registrar su idioma:

Cuando me despierto por la mañana, mi cabeza ya no está llena del sonido de los ritmos de mi lengua, como antes. Ahora es su idioma el que está ahí, haciendo que piense de forma extraña, obligando a mis pensamientos a adecuarse a extraños ritmos. He comenzado a olvidar cómo era. Cada día siento como mi lengua se va escapando. Las palabras que fueron mi vida me están abandonando poco a poco. Están regresando a su casa, donde nacieron. Ya no podría narrar correctamente nuestras historias⁸.

Aunque la obra fue interpretada de diferentes formas, su argumento nunca llegó a atraer el interés del teatro mayoritario.

Tal vez esto no resulte sorprendente. Parece que la muerte de las lenguas no sólo no es «teatro mayoritario», sino que no forma parte de ninguna corriente mayoritaria de nada. Está tan alejada de los intereses de la mayor parte de la gente que es difícil apreciar la clase de crisis de la que estamos hablando, porque no estamos acostumbrados a pensar en el lenguaje como un tema por sí mismo. Es preciso que estos planteamientos cambien de alguna manera. Necesitamos que el público piense en el lenguaje más explícita e íntimamente, con más entusiasmo. Existe un interés por el lenguaje: la mayoría de las personas se siente fascinada por cuestiones como de dónde vienen las palabras, cuál es el origen del nombre de su ciudad, y si el nombre de su bebé significa algo; pueden jugar al Scrabble y juegos parecidos hasta hartarse, y los concursos lingüísticos son parte de la programación que despierta mayor interés en radio y televisión. Sin embargo, no es habitual que ello redunde en la voluntad de centrar dicho interés en temas generales, ni que sirva para asumir las emociones y el drama inherente a la situación de peligro de extinción que atraviesan muchas lenguas. Ésta es la meta que los artistas pueden hacer alcanzable.

Considero que el arte es el mayor recurso sin explotar que podemos utilizar con el fin de conseguir que el gran público

se interese por la desaparición de las lenguas, y una de mis mayores esperanzas en este nuevo siglo es que las organizaciones nacionales e internacionales emprendan iniciativas en las que los artistas del mundo se movilicen para abordar el tema, con todos los recursos a su alcance. Los artistas son personas extraordinarias: una vez que consigues que se interesen por algo no es necesario que les convenzas para actuar, ya que por su naturaleza, no pueden dejar de hacerlo. El truco está en convencerles de que el lenguaje en un asunto que vale la pena en sí mismo. Así lo demostró el trabajo de Lucy Crystal en Amsterdam, en relación con un proyecto titulado «El lenguaje como arte y el arte como lenguaje». Crystal contactó con artistas de varios países europeos que nunca habían pensado en crear obras relacionadas con el tema pero que, sin embargo, demostraron su entusiasmo por el asunto. Los encuentros preliminares produjeron un puñado de buenas ideas, que quedaron en suspenso por falta de financiación. Sin embargo, la iniciativa ha conseguido, de momento, dos logros. En 2002, un pequeño equipo trabajó en un proyecto de un mes en Arizona con jóvenes de tres comunidades indias americanas aisladas (los hopi, los navajo y los gila) con el fin de enseñarles a utilizar técnicas narrativas digitales para grabar en película aspectos de la historia oral de sus pueblos⁹. En 2003, otro equipo realizó una película sobre una tradición narrativa napolitana (la *Tammurriata*) que todavía se practica en ciudades y aldeas de algunas partes de Italia meridional, centrándose en la fiesta anual que se celebra en Maiori, cerca de Nápoles. Esta iniciativa forma parte de un proyecto de serie titulado «Historias desde el filo: el arte de la supervivencia» y demuestra que existe un gran interés, potencial y conocimiento en la comunidad artística, que, estoy seguro, puede extenderse a todo el mundo, pero aún tiene que ser puesto en marcha.

Demos una oportunidad a los artistas y la aprovecharán. El problema es que, con tanto trabajo, las oportunidades se pier-

den, no porque haya algún tipo de antagonismo frente el tema del lenguaje, sino sencillamente porque no se considera un tema por sí mismo. El año 2001 regresé de Brasil con un bello libro de fotografías sobre el país, cuyos autores —escritor y fotógrafo— se habían alejado de las principales rutas para encontrar comunidades y ecosistemas en peligro. Sin embargo, no había ni una sola mención a la crisis de las lenguas brasileñas en todo el libro. Había estadísticas sobre la extensión de bosque tropical que estaba desapareciendo, pero no sobre el número de lenguas que desaparecían. Supongo que el escritor simplemente no se había dado cuenta, lo había considerado normal, o lo había olvidado. El fotógrafo ni siquiera había imaginado el apasionante desafío artístico que supondría intentar reflejarlo en imágenes.

Necesitamos que las artes nos ayuden a introducir nuestra iniciativa en los tres ámbitos en los que puede causar un mayor impacto —los medios de comunicación, la escuela y el hogar—, lo que sugiere el tipo de acciones que debemos emprender si queremos conseguir algún progreso significativo en detener la muerte de las lenguas. Los medios de comunicación necesitan contar con una reserva de declaraciones importantes de escritores, cantantes, estrellas de cine y otros personajes populares que puedan ser citadas. Los lingüistas son también escritores, así que pueden hacer sus propias aportaciones, pero los mejores lemas provienen de la boca de los artistas. Los medios adoran a los artistas. Si un artista célebre se hace un corte en un dedo puede ser noticia de portada con fotografía. Si un lingüista se rompe el cuello puede que se incluya una nota en la sección de últimas noticias, al final de la página 17 y con errores ortográficos.

En cuanto a la escuela, necesitamos que el tema se incluya dentro de los planes de estudio, lo que ya empieza a ocurrir a pequeña escala. En Gran Bretaña, por ejemplo, la desaparición de las lenguas se explicita en el programa de Lengua In-

glesa Nivel-A que los alumnos comienzan a los 16 años. Pero ésta es una edad muy tardía; la conciencia de la crisis biológica se fomenta en los colegios desde los 5 años. También en este campo los proyectos artísticos pueden ser de utilidad. Al igual que se han realizado exposiciones infantiles completas sobre la extinción de especies salvajes, necesitamos exposiciones sobre la desaparición de las lenguas.

Pero, por encima de todo, tenemos que llevar al hogar la concienciación sobre la crisis de las lenguas, y sólo hay dos formas de hacerlo a gran escala: mediante Internet y mediante las artes. Internet es un importante recurso, todavía infrautilizado para esta cuestión, pero, como vimos en el capítulo 3, tiene también sus problemas: aún no está disponible para una inmensa proporción de seres humanos; puede ser lento y engorroso, especialmente a la hora de descargar material multimedia; y aquellos que lo utilizan habitualmente saben lo difícil que es hacer comprender, o incluso hacer notar, un simple mensaje en medio del torrente de páginas existente. Pero las artes consiguen introducirse a diario en el hogar de todo tipo de maneras que se refuerzan mutuamente, ya sea a través de programas de radio o televisión, un CD o un DVD, un juego de ordenador, un adorno, fotografía o pintura en la pared, una novela, una postal o un poema en forma de mensaje de texto (en la actualidad, uno de los medios artísticos más de moda entre los jóvenes). Existen múltiples oportunidades, prácticamente inexploradas hasta ahora.

Un ejemplo podría ser la Navidad —o cualquier otra celebración—, cuando muchos hogares reciben tarjetas de felicitación. Muchas son bilingües o multilingües —aunque las lenguas empleadas son todas idiomas sanos—, llenas de *Joëux Noël* y *Merry Christmas*. Parece que no hay tarjetas navideñas en los que los últimos hablantes de lenguas olvidadas nos deseen felices fiestas con sus propias palabras (¿quizás por última vez?). No existen tarjetas que nos deseen felicidad en arameo, el len-

guaje de Jesús y sus discípulos, tan cerca de la extinción en el Oriente Medio de nuestros días que si el Salvador decidiese regresar utilizando su lengua materna, pronto no encontraría a nadie capaz de entenderle.

Ninguna de las principales cuestiones que plantean las lenguas amenazadas y en peligro de extinción parece haber sido objeto de tratamiento artístico. ¿Hemos visto alguna vez una creación artística que refleje, por ejemplo, el abismo de comunicación que existe entre abuelos y nietos, o cualquier otra de las imágenes impactantes que sabemos que caracterizan este tema? Está claro que no se debe a la escasez de imágenes. En un poema titulado «It Hurts Him to Think» (Le duele pensar), R. S. Thomas escribe:

Los industriales llegaron, excavando
en el cadáver de una nación
en busca de su sangre coagulada.
Nací en medio de la miseria
de sus alimentos y mamé su discurso
a través de la leche infectada
de mi madre, así que todo lo que vomito ahora
sigue siendo suyo¹⁰.

Una imagen como «la leche lingüísticamente infectada de mi madre» pide a gritos un retrato imaginativo en otros medios de expresión. Una vez más, en «Reservoirs», escribe:

He recorrido la costa
durante una hora y he visto a los ingleses
escarbando entre los restos
de nuestra cultura, cubriendo la arena
como la marea y, con la violencia
de la marea, arrojando nuestra lengua
a la tumba que hemos cavado para ella¹¹.

«Arrojar una lengua a la tumba» es una imagen impactante, y hay muchas otras dramáticas y memorables en una literatura poética cada vez más abundante. En ciertos casos, las imágenes resultarán horribles y pueden llegar a herir algunas sensibilidades; pero al menos habrán provocado que la gente se incorpore y se de cuenta del problema.

Por tanto, junto a las labores propiamente técnicas de documentación y análisis, las iniciativas para el nuevo siglo deben centrarse en la comunicación con el gran público. El camino más prometedor vendrá de la colaboración entre lingüistas y el mundo del arte y de los medios de comunicación, por lo que debe encontrarse la manera de facilitar esta colaboración. Como mínimo, se necesita un registro o una biblioteca que agrupe toda la información existente sobre lenguas amenazadas, accesible a periodistas, presentadores y artistas, para que puedan encontrar fácilmente ejemplos de lo que está ocurriendo para apoyar sus tesis. Una de las formas de hacerlo sería estableciendo un archivo público, como existe en el mundo bibliográfico, para archivar copias de cualquier trabajo relacionado con la desaparición de las lenguas (programas de radio, artículos de prensa, entrevistas a últimos hablantes y líderes comunitarios, material audiovisual de comunidades, etc). Luego, es preciso dar los pasos necesarios para atraer el interés de los artistas. Un modo de conseguirlo sería mediante la creación de un premio. La sociedad moderna está obsesionada con los premios (*oscars, grammies, emmies, bookers, pulitzers, goyas...*). La entrega anual del premio Turner, con sus a menudo controvertidas decisiones, ha generado una enorme discusión sobre la naturaleza del arte. Es necesario que haya un galardón que premie los logros artísticos en defensa de las lenguas amenazadas. Podría otorgarse en el Día Mundial de las Lenguas.

CAPÍTULO 5

APUNTES SOBRE LAS LENGUAS EN EL SIGLO XXI

Debido a la gran cantidad de innovaciones y transformaciones desarrolladas en la década de los noventa, varios de los supuestos lingüísticos que dábamos por ciertos en el siglo XX están teniendo que ser revisados en el XXI. La aparición de una lengua global, el inglés, ha alterado el equilibrio de poder lingüístico de forma nunca experimentada, y ha generado toda una nueva serie de actitudes sobre el lenguaje y las lenguas. Muchas comunidades de hablantes han empezado a sentirse amenazadas por una situación que puede transformar la naturaleza de su lengua, o, en el peor de los casos, reducir hasta tal punto su uso que entre en juego su propia supervivencia. Algunas de ellas se están viendo en la necesidad de implementar programas de protección, o al menos de descubrir el modo de controlar los efectos de los cambios lingüísticos que están experimentando. En el ámbito internacional, por ejemplo en la Unión Europea, se está considerando poner en marcha estrategias más sofisticadas para salvaguardar el principio de la

equivalencia entre lenguas, a la vez que se reconoce el hecho de que prácticamente todo el mundo habla inglés. Al mismo tiempo, las comunidades quieren aprovechar las oportunidades de promoción abiertas gracias a la disponibilidad de una *lingua franca*. Se han visto en la necesidad de adoptar medidas tales como dedicar más recursos a la enseñanza de la lengua inglesa, introducir el elemento del inglés en los niveles elevados de la gestión de empresas (al menos en aquellas compañías de ámbito internacional), y asegurar que se mantiene su potencial turístico incorporando facilidades para la interpretación del inglés en los centros más importantes.

También existe un cierto grado de agitación dentro de la propia comunidad de usuarios del inglés, a medida que los hablantes (incluyendo profesores y alumnos) se dan cuenta de que tienen que asumir la comprensión de un lenguaje en rápida diversificación, en el que los modelos regionales en evolución y un número cada vez mayor de «nuevas lenguas inglesas» complican un panorama en el que hasta hace poco sólo estaban presentes el inglés británico y el americano. Además, el proceso de transformación se ha visto afectado radicalmente por la llegada de Internet, que no sólo ha proporcionado un tercer medio de comunicación a la humanidad, cuyas potencialidades apenas han comenzado a explotarse, sino que ha iniciado un proceso de traducción gráfica, del papel a la pantalla, de todos los estilos anteriores de lenguaje escrito, y ha motivado la aparición de nuevas variedades lingüísticas, que hemos dado en llamar *Netspeak*. También aquí surge la necesidad de poner en marcha políticas y estrategias innovadoras. Los profesores de inglés como lengua extranjera se han dado cuenta de que deben ampliar el marco de sus actividades para ofrecer a sus estudiantes el contacto con las nuevas formas y variedades del inglés, proceso que se irá concretando a medida que los materiales didácticos y los sistemas de exámenes adopten una perspectiva global. También deberán adaptarse los

profesores de lengua materna, según vayan siendo conscientes de la necesidad de reemplazar la atención que previamente dedicaban en exclusiva a la lengua estándar por un enfoque respetuoso con los acentos y dialectos regionales, tanto nacionales como internacionales. Pero no sólo la enseñanza se está viendo afectada; todo el mundo coincide en reconocer el potencial lingüístico de Internet (para lo bueno y para lo malo) para desarrollar estrategias de gestión adecuadas, tales como las relativas al estatus legal de sus documentos, o a la situación del copyright del trabajo creativo que utiliza este medio electrónico.

La prominencia del inglés en la escena mundial y el papel de Internet en la sociedad contemporánea reflejan, cada uno de manera diferente, el mismo proceso de globalización que ha provocado tantos estragos en la diversidad lingüística del planeta. No hay ninguna duda de que la crisis a la que se enfrentan las lenguas del mundo carece de precedente en cuanto a su escala y urgencia, y de que en el siglo XXI es la máxima responsabilidad que se les plantea a los gobiernos, organizaciones internacionales, filántropos, artistas y activistas que manifiestan reconocer la importancia del lenguaje en sus vidas. El hecho de que desaparezca una lengua en algún lugar del mundo aproximadamente cada dos semanas hace palidecer el peligro que amenaza a las especies de plantas y animales, y pide a gritos que se le dedique una atención especial. La rápida evolución de Internet está beneficiando a muchas de estas lenguas minoritarias y amenazadas, que pueden utilizarlo como instrumento para desarrollar sus capacidades expresivas a un nivel con el que sus comunidades no podrían ni haber soñado hace apenas una década. Sin embargo, esta tecnología no está disponible para ayudar a dos terceras partes de las lenguas que se encuentran más amenazadas, por lo que deben buscarse estrategias alternativas. Sabemos, gracias a las actividades desarrolladas alrededor del mundo durante la pasada década, que

es posible realizar con éxito la documentación y revitalización si hay voluntad política y de financiación. Éste es el principal desafío lingüístico que se presenta ante el nuevo siglo. La conferencia de la Unesco de 2003 sobre lenguas amenazadas fue un importante paso en la dirección correcta, pero todavía es necesario comprobar si se trató de un gran o de un pequeño paso.

Las tres tendencias de mi década revolucionaria se interrelacionan de forma compleja y muestran la importancia de una perspectiva más amplia. Promover acciones para fomentar, apoyar, proteger, administrar, enseñar y financiar las lenguas presupone una cierta conciencia de la naturaleza del lenguaje en sí. ¿Qué es el lenguaje? ¿Cómo evolucionó el habla en la raza humana? ¿De qué forma se desarrolla en el ser humano individual? ¿Cómo se desarrollaron la lectura y la escritura? ¿De qué modo se estructura el lenguaje? ¿De cuántas maneras puede usarse? ¿Existe alguna propiedad del sonido, la gramática o el significado que se encuentre en todas las lenguas? Estas cuestiones no son sólo el alfa y el omega de la lingüística, sino que pertenecen al ámbito del interés general y resultan relevantes a la hora de solucionar los problemas cotidianos del lenguaje. Porque todo el mundo, en un momento u otro, tiene que vérselas con los temas y procedimientos relacionados con el aprendizaje de la lengua materna o de una lengua extranjera: traducir e interpretar, utilizar diccionarios, asegurar claridad y precisión en sus expresiones y toda otra serie de tareas prácticas en las que la capacidad de hablar o entender idiomas es fundamental para lograr el éxito o el fracaso. Aunque pueda parecer una perogrullada, es necesario decir que, en la era de las comunicaciones globales, todo el mundo necesita saber idiomas.

Las escuelas pueden colaborar, y así lo han hecho especialmente a partir de la década de los noventa, cuando en algunas partes del mundo se implantaron nuevos planes de estudio en

los que se dirigió la atención de los niños al aprendizaje de idiomas de maneras novedosas e interesantes. Pero todavía hay una notable ausencia de instituciones capaces de satisfacer la curiosidad y las necesidades maduras de la población adulta. Es interesante comparar la manera en que se tratan otros campos de estudio. Si estamos interesados en geología, botánica, zoología, textiles, transporte, historia, arte, ciencia o tecnología, podemos saciar nuestra curiosidad visitando un museo apropiado, una sala de exposiciones, una galería de arte, un centro cultural o cualquier otro espacio dedicado al tema. Cualquier ciudad importante tiene una galería de arte de algún tipo, o un museo de historia natural. ¿Dónde está la «galería» dedicada al lenguaje? ¿Dónde está el lugar que pueda visitarse para contemplar el funcionamiento del lenguaje, el modo en que se utiliza y cómo evolucionan las lenguas?

La década de los noventa también fue revolucionaria en Gran Bretaña de otra manera. Un grupo de especialistas tuvo la idea de crear un «Mundo del Lenguaje» que llenara esta laguna. Habría de ser un edificio de varias plantas, el primero en su estilo, con diferentes pisos dedicados al mundo del habla, al mundo de la escritura, al mundo del significado, al mundo de las lenguas y al del estudio del lenguaje. Ya estaba localizado el edificio que lo albergaría, en Southwark, junto al Shakespeare's Globe, y el plan había alcanzado una fase avanzada, con el apoyo del British Council. Todo lo que hacía falta era una pequeña contribución de dinero público para que despegara el proyecto. El futuro parecía prometedor, cuando el gobierno tuvo una idea mejor: se la llamó Millenium Dome (Cúpula del milenio).

El dinero que se desperdició en el proyecto de la Dome habría servido para financiar 20 «Mundos del Lenguaje». Aún no tenemos ninguno. Fuera del Reino Unido también se han lanzado ideas similares. Los diversos proyectos tenían nombres como «La ciudad de las Lenguas» y «La ciudad como Paisaje

Lingüístico». Algunos ya son una realidad, aunque a escala muy pequeña, como el Museo Educativo del Lenguaje de Kiev. En algunos países, el tema forma parte de un proyecto más amplio, como en el Museo Heureka de Finlandia o el Museo Nacional de Etnología de Japón, en Osaka. Muchos museos, varios en el Reino Unido, cuentan con secciones dedicadas a la historia de la escritura; y existen también algunos proyectos virtuales, como el Museo Virtual de la Herencia Lingüística Americana y «La Casa de las Lenguas», una iniciativa del Centro Europeo de Idiomas Modernos. Pero todos ellos adolecen de falta de financiación y pocos consiguen superar la fase de propuesta inicial. A pesar del papel fundamental reconocido al lenguaje en relación con la sociedad y el pensamiento humano, existe una extraordinaria resistencia a otorgarle el tratamiento educativo público que demanda.

Todavía seguimos a la espera de que el primer «Museo del Lenguaje» se haga realidad en el siglo XXI. Mientras esto ocurre, concluiremos con una reflexión sobre las principales preocupaciones que deberían caracterizar los planteamientos lingüísticos del nuevo milenio:

- I. La principal prioridad debería ser incrementar la preocupación general por las lenguas amenazadas. Además de acometer las tareas de documentación puramente lingüísticas, el interés puede materializarse ejerciendo presión para conseguir apoyo político, ofreciendo asistencia en el ámbito comunitario y recaudando fondos. Todos los hablantes, especialmente aquellos cuyas lenguas *no* se encuentran amenazadas (de momento), deberían reflexionar sobre ello y hacer algo al respecto.
- II. Inmediatamente después vendría el conseguir un mayor interés por las lenguas minoritarias, aunque no se encuentren amenazadas en sentido global. To-

das las lenguas expresan la identidad de sus hablantes, pero para aquellos que son una pequeña parte de una comunidad mayor, el papel de la lengua resulta esencial. Quieren que la cultura dominante la trate con respeto; quieren oportunidades para utilizarla en público y sentirla valorada (lo que habitualmente supone necesidad de fondos). Sería intelectualmente deshonesto enorgullecerse de los logros alcanzados por la propia lengua y denegar las mismas oportunidades a otras.

- III. Tenemos que promover una mayor preocupación por todos los acentos y dialectos. Estamos hablando de la disposición a aceptar la variedad de formas que una lengua adopta en una u otra parte del país. No es necesario que nos gusten personalmente todas ellas, más de lo que nos tiene que gustar todo tipo de música o literatura. Pero tampoco deberíamos condenar determinado dialecto por feo, basto o desaliñado, como muchos hacen, ni calificar a sus hablantes de incultos o delincuentes. «Vigilancia continua» era el lema de una época lingüística de espíritu purista y prescriptivo que fue perdiendo paulatinamente su atractivo en los últimos años del siglo XX. El lema lingüístico del nuevo siglo debería ser «tolerancia continua».
- IV. Al mismo tiempo, debemos fomentar un mayor interés por la gama expresiva del lenguaje. Esto supone valorar todas las variedades y estilos de una lengua, ya sea hablada o escrita, formal o informal, regional o social, doméstica o profesional. Significa también mantener la preocupación sobre las pautas de excelencia, a la vez que se reconoce que una lengua refleja multitud de necesidades y actividades. Uno de los propósitos de las lenguas es expresar identidad, como ya

vimos; otro es fomentar la comprensión mutua. Esto quiere decir que el lenguaje debe ser claro, que debe ponerse atención para evitar la ambigüedad y que las sutilezas de expresión han de ser cuidadosamente administradas. Hace tiempo que las escuelas se preocupan de que los niños aprendan una lengua homologada, basada en una pronunciación, una gramática y un vocabulario que faciliten la integración nacional (y, en la actualidad, internacional). En el pasado, se la consideraba con demasiada frecuencia un sustituto del dialecto local; los nuevos planteamientos reconocen la validez de ambos¹.

- V. Necesitamos hacernos más multilingües tanto en nuestros pensamientos como en nuestras capacidades. Todavía existen muchas culturas de temperamento monolingüe que ahora se encuentran en desventaja, a pesar de que puedan no ser conscientes de ello. Aunque sean culturalmente dominantes como reflejo de su pasado colonial, están perdiendo oportunidades intelectuales al no conseguir convertir el aprendizaje de una segunda lengua en parte normal del crecimiento de cualquier individuo. Recuperemos, del capítulo 2, las palabras de Emerson: «Un hombre es tanto más hombre cuantas más lenguas, más amigos, más habilidades y oficios posea». O una mujer, igualmente. Y los beneficios, como se empieza a reconocer, pueden ser tanto económicos como personales.
- VI. Tenemos que aceptar que la transformación de las lenguas es un proceso normal, que no supone un deterioro o decadencia y dejar de quejarnos de ello a la prensa, al primer ministro o a cualquiera que nos quiera escuchar. Probablemente se desperdicia más tiempo en este asunto que en ningún otro del mun-

do del lenguaje. El cambio de las lenguas es inevitable, continuo, universal y multidireccional. Las lenguas no mejoran o empeoran cuando cambian, simplemente se transforman.

- VII. Deberíamos mostrar una mayor preocupación por aquellos que tienen dificultades en aprender su lengua materna, ya sea por razones médicas, psicológicas o de cualquier otro tipo. Hasta un diez por ciento de la población infantil puede verse afectada por discapacidades en la comprensión oral, el habla, la lectura o la escritura. La sordera, el paladar hendido, la dislexia y los retrasos en el lenguaje son algunos de los elementos que conforman el mundo de otra serie de profesionales del lenguaje, los patólogos del habla y de la lengua, que también adolece de falta de financiación.
- VIII. Es necesario mostrar un mayor interés por aquellos que han perdido la capacidad de emplear su lengua materna, en la que un día fueron competentes. También ellos forman parte del mundo de las patologías del lenguaje, pero en este caso nos estamos refiriendo a las consecuencias lingüísticas de las apoplejías y otro tipo de daños cerebrales entre la población adulta. Uno de los síndromes más conocidos es la afasia, pero existen muchos trastornos, como el tartamudeo, que necesitan de comprensión bondadosa y de investigaciones serias.
- IX. Necesitamos aproximar uno a otro el estudio de la lengua y el de la literatura. Las escuelas, universidades e instituciones de enseñanza de la lengua marcan con demasiada frecuencia una clara frontera entre los dos campos: se enseña «lengua» en una clase y «literatura» en otra. Es el momento de que se introduzca más conciencia sobre la lengua en la clase de

literatura y más conciencia sobre la literatura en la de lengua. Al fin y al cabo, ambas están centradas en la creatividad. La lengua se desarrolla y se transforma a través de la creación de nuevas palabras y expresiones; la literatura mediante la creación de nuevos discursos.

- X. Por último, tenemos que apreciar, apreciar verdaderamente, el valor del lenguaje en el desarrollo del hombre y de la sociedad. Las lenguas deberían ser consideradas tesoros nacionales y ser tratadas como tales.

NOTAS

Capítulo 1. El futuro de las lenguas inglesas

¹ Carta al presidente del Congreso (5 de septiembre de 1780), en C. F. Adams (ed.), *The Works of John Adams*, Boston, Little, Brown, 1852, p. 250.

² Tres libros centraron este debate: el mío, *English as a Global Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, 2ª ed., 2003, en el que se basa este capítulo; el de David Grandol, *The Future of English*, Londres, The British Council, 1998; y el de Tom McArthur, *The English Languages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

³ Citado en «Will the Internet always speak English?», de Geoffrey Nunberg, *American Prospect* 11 (10), 27 de marzo-10 de abril, 2000.

⁴ Citado en «The Hollywood conquest», *Encyclopedia Britannica Book of the Year*, 1995, p. 245.

⁵ Sridath Ramphal, «World Language: opportunities, challenges, responsibilities», trabajo presentado en la Conferencia Mundial de Miembros de la Unión Anglófona, Harrogate, Reino Unido, 1996.

⁶ Jean y William Branford (eds.), *A Dictionary of South African English*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, 1978; Joan Hughes (ed.), *The Concise Australian National Dictionary* (Melbourne, Oxford University Press, 1989; E. G. Cassidy y R. B. Le Page (eds.), *Dictionary of Jamaican English*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967.

⁷ Tom McArthur, *The English Languages*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 13.

⁸ Richard Mulcaster, *The First Part of the Elementarie* (1582, editado por E. T. Campagnac, Oxford, 1925), p. 256.

Capítulo 2. El futuro de las lenguas

¹ Manfred Görlach, *A Dictionary of European Anglicisms*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 1-2.

² Véase David Crystal, *La Muerte de las Lenguas*, Madrid, Cambridge University Press, 2001, en el que se basa este capítulo, con excepción del primer apartado.

³ Véase Donald Ó Riagáin (ed.), *Vade-Mecum: A Guide to Legal Political and Other Official International Documents Pertaining to the Lesser Used Languages of Europe*, Dublín, European Bureau for Lesser Used Languages.

⁴ Oliver Wendell Holmes, *The Professor at the Breakfast Table*, Boston, Ticknor y Fields, 1860, p. 46.

⁵ En James Boswell, *The Journal of a Tour to the Hebrides*, Londres, Charles Dilly, 1785, registrado el 18 de septiembre de 1773.

⁶ Ezra Pound, *The ABC of Reading*, Nueva York, Laughlin, 1960 [1934], p. 1.

⁷ George Steiner, *Language and Silence*, Londres, Faber y Faber, 1967, p. 264.

⁸ Ralph Waldo Emerson, *The Conduct of Life*, Londres, Dent, Everyman's Library, 1963 [1860], ensayo sobre «Cultura», p. 221.

⁹ Recomendaciones a la Unesco sobre Planes de Acción para la Salvaguarda de Lenguas Amenazadas, París-Fontenoy, Unesco, marzo 2003.

Capítulo 3. El papel de Internet

¹ En *El lenguaje e Internet*, Madrid, Cambridge University Press, 2002, en el cual se basa este capítulo.

² Respectivamente: Philip Elmer-Dewitt, «Bards of the Internet», *Time*, 4 de julio de 1994, pp. 66-67; Constance Hale y Jessie Scanlon, *Wired Style: Principles of English Usage in the Digital Age*, Nueva York, Broadway Books, 1999, p. 3; John Naughton, *A Brief History of the Future: The Origins of the Internet*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1999, p. 143.

³ *The Simpsons*, episodio 12A6.

⁴ Tim Berners-Lee, *Weaving the Web*, Londres, Orion Business Books, 1999, p. 132.

⁵ John Naughton, *A Brief History of the Future: The Origins of the Internet*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1999, p. 150.

⁶ Berners-Lee, *Weaving the Web*, p. 151.

⁷ Michael Specter, «World, Wide, Web: 3 English Words», *The New York Times*, 14 de abril, 1996, pp. 4-5.

⁸ Ned Thomas, «How much IT can minority languages afford?», *Contact*, 16 (3), 2000, p. 2.

⁹ Citado en Marie-France Lebert, *Le multilinguisme sur le Web* (1999), <<http://www.ceveil.qc.ca/multi0.htm>>.

Capítulo 4. Tras la revolución

¹ En *Nothing — Except My Genius*, Harmondsworth, Penguin, 1997, p. 4.

² Las siguientes citas corresponden, respectivamente, a Macleish: «Riverside», en *Poetry and Experience*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1961, p. 10; Warren: *Saturday Review*, 22 de marzo de 1958; Picasso: en Dore Ashton, *Picasso on Art*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 1972, p. 25; Pound: *The ABC of Reading*, Nueva York, Laughlin, 1960 [1934], p. 29.

³ Pertenecen respectivamente a Longfellow: *Outre-Mer*, 1833-1835; Carlyle: *The Opera*, 1852; Rogers: *Italy*, 1822-1828, en Derek Watson (ed.), *Chambers Music Quotations*, Edimburgo, Chambers, 1991, pp. 7, 4 y 8 respectivamente.

⁴ En *Antipodes*, Londres, Chatto & Windus, 1985, p. 70.

⁵ En *Morning in the Burned House*, Houghton Mifflin, 1995, p. 19.

⁶ En *The Rain in the Trees*, Nueva York, Knopf, 1999, p. 67.

⁷ En *Collected Poems 1945-90*, Londres, Phoenix Press, 2001, p. 464.

⁸ *Living On*, 1998, disponible del autor.

⁹ Véase el relato diario en <<http://www.rez02.net>>.

¹⁰ En *Collected Poems 1945-90*, p. 262.

¹¹ *Ibid.* p. 194.

Capítulo 5. Apuntes sobre las lenguas en el siglo XXI

¹ Estos planteamientos son el objeto de mi obra *The Stories of English*, Londres, Penguin, 2004.

ÍNDICE ANALÍTICO

- aborígenes, lenguas, 67-69
- abreviaturas, 101, 105
- acrónimos, 106
- Adams, John, 19
- Adventure of English, The*, 130, 132
- Aelfrico, obispo, 48
- afrikaans, 42, 43
- Airspeak*, 33
- Akayev, Askaar, 107
- alemán, 64, 108, 122, 137
- aleutiano, 69
- alfabetización, 75
- Alis Technologies, 108
- AltaVista, 108
- ambigüedad, 91-92, 102, 154
- American Dialect Society, 106
- amerindias, lenguas, 71
- antiguo, 47
- Año Europeo de las Lenguas, 14, 114
- aprendizaje/enseñanza de una lengua
 - extranjera, 21, 38, 46, 56, 120, 124, 148-149
- árabe, 36, 66, 72, 112, 113
- aramco, 143
- archivo, 145
- archivo de mensajes, 100
- Arop, 70
- ARPANET, 35
- artes y lenguaje, 125, 145
- ASCII, caracteres, 112
- asimilación cultural, 72-74
- asíncrona, interacción, 86-87
- Associated Press de Nueva York, 27
- Atwood, Margaret, 137
- Augusto, emperador, 48
- autopista de la información, 85
- Babel (nombre de Internet), 108
- Babel, mito de, 77-78, 128
- BBC, 29, 51
- Beatles, 32
- bengalí, 14
- Beowulf*, 15
- Berners-Lee, Tim, 86, 98

Berwick, Rachel, 135
Beyond Babel, 130, 133
 Biblia, la, 78
 bilingüismo 54, 74, 78, 114-117
 biodiversidad, 75-76, 127
 Bismarck, Otto von, 24
 Bodon, Joan [Jean Boudou], 136
 Bragg, Melvyn, 132
 bretón, 68, 131
 British Council, 22, 51, 151
 Brizuela, Leopoldo, 136

cambio de código, 44-46, 122
 Canuto, rey, 63
 capacidad para «arreglárselas» en una lengua, 116
 carácter estático de la escritura, 97
Caring for the Earth, 126
 Carlyle, Thomas, 136
 catalán, 65
 centrífuga y centrípeta, fuerzas, 51-54
 Centro Europeo de Idiomas Modernos, 152
 ciberespacio, 85
 Cicerón, 47
 CMO véase comunicación mediante ordenador
Colloquy, de Aelfrico, 48
 comunicación electrónica, 84
 comunicación mediante ordenador, 84, 89, 99
 comunicaciones, tecnología de las, 34-35
Concise Australian National Dictionary, 41
 Consejo de Europa, 126
Contact, 112
 control del lenguaje, 62-63
 conversación telefónica, 91, 103
 coreano, 112
 Cornualles, lengua de, 68
 corrección, sentido de, 101-102
 correo, 35
 creatividad, 122
 Crystal, Lucy, 141

Chambers, Tyler, 112
 chats, 86-87, 89-92, 99, 110
 Chaucer, Geoffrey, 15, 49-50, 61, 77
 chino, 22, 36, 59, 66, 112, 122
 Chomsky, Noam, 114, 132

Daudet, Alphonse, 136-137
 Declaración de Barcelona, 65, 126
 demora en la comunicación, 91-92
 demora, 91
 derechos humanos, 71, 78, 127
 desastres naturales, 69-71
 descriptivismo, 121
 Día Mundial de las Lenguas, 14, 133, 145
 dialectos familiares, 74
 dialectos, 54-55, 149, 153
 Dickens, Charles, 77
Dictionary of European Anglicisms, 59
Dictionary of Jamaican English, 41
Dictionary of South African English, 41
 diferencias generacionales, 74, 121-122, 144
 diglosia, 123
 Disraeli, Benjamin, 134
 diversidad, 76, 113
 dobletes, 61
 documentación, 67, 75-77, 110-111, 127, 150
 dominio de la lengua, 115
 Doran, Gregory, 139
 «Drowning», 138

Eco, Umberto, 117
 ecología, 17, 66, 76, 125, 127
 economía y lenguaje, 26, 79-81, 127-128
 Edison, Thomas Alva, 31
 educación, lenguaje y, 33-34
 Edwards, Huw, 132
 efectos estilísticos, 61, 101
 élfico, 109
 e-mail, 86-87, 89, 98, 99
emergencyspeak, 33
 Emerson, Ralph Waldo, 78, 154

emisiones radiofónicas, 29-30, 103, 128-132
 emoticones, 95
English Languages, The, 44
 enmarcado, 97
 enseñanza del inglés, 34
 escocés, 48
 escritura de cartas, 88
 escritura
 orígenes de la, 84
 frente a *Netspeak*, 96-100
 eslovaco, 79
 español, 36, 55, 59, 63, 66, 72, 108
 esperanto, 77
 estandarización, 52-53, 154
 Estatuto Europeo para las Lenguas Regionales o Minoritarias, 65
 Ethnologue, 68, 70
 euskera, 55
 evolución, 76
 expresión facial, 95

Fondo para las Lenguas Amenazadas, 127
 fórmulas para las lenguas, 124
 fotografía y muerte de las lenguas, 142
 francés, 16, 21, 25, 59, 64, 108, 137
 Friel, Brian, 139
 frisio, 131
 Fundación para las Lenguas Amenazadas, 66, 81, 127

gaélico, 48, 65, 130
 galés, 65, 68, 75, 131, 138
 genocidio, 70-72, 139
 gila, 141
 Glass, Phillip, 136
 Global Reach, 108
 global, lengua, 17, 19-57, 148-149
Gold Age, The, 139
 Görlach, Manfred, 59
 grafología, 94-95
 Greenpeace, 126
 griego, préstamos del, 42, 60
 Guthrie, Hammond, 135

habla
 orígenes del, 84
 frente a *Netspeak*, 89-96
 Halcy, Bill, 32
 Hathaway, Anne, 50
 Havas, Michael, 131
 Henry de Huntingdon, 63
 hindi, 25, 112
 hipertexto, vínculos de, 98
 «Historias desde el filo: el arte de la supervivencia», 141
 hitita, 67
 hogar, conciencia de la lengua en el, 125-126, 143
 Holmes, Oliver Wendell, 76
 hopi, 136, 141
 Horacio, 49
 HyperText Transfer Protocol (http), 85

identidad y lenguaje, 38-39, 52, 76, 79, 113-114, 119, 153
 idioma de trabajo, 120
 imprenta, 103, 108
 indeterminación en el bilingüismo, 116
 industria cinematográfica, 30-31
 influencia de la enfermedad en comunidades de hablantes, 70
 Infonation, 130
Inglaterra, una fábula, 136
 inglés esencial para uso marítimo internacional, 33
 inglés estándar internacional, 54
 inglés estándar, 52-55, 113
 inglés
 comparado con el latín, 47-51
 familia de lenguas, 62
 evolución futura del, 36-57
 estatus global del, 17, 19-57, 72, 147
 uso en Internet del, 21-22, 38
 razones para el predominio del, 23-35
 estadística de uso del, 21-22, 38
 iniciales, palabras formadas por, 101

- iniciativas comunitarias, 124-126
 inteligibilidad, necesidad de, 23, 52, 113, 154
 interacción síncrona, 86
 Internet, 17, 35, 63, 83-112, 129
 como nuevo medio, 87-100, 148
 contenidos en, 111
 lenguas de, 107-112, 142-143, 149
 Internet Society, 108
 irlandés *véase* gaélico
 «It Hurts Him to Think», 144
 italiano, 55
- Jackson, Silis-chi-tawn, 133
 japlish, 62
 japonés, 62, 108
 jeroglíficos, 101
 Johnson, Samuel, 77
- Kiev, Museo Educativo del Lenguaje de, 152
 klingon, 109
 krenak, 131
- La Casa de las lenguas, 152
 La Voz de América, 29
 Language Acquisition Device, 114
 Lara, Cally, 133
Last of the Departed, 136
 latín, 36, 47-51, 117
 préstamos del, 42, 60-61
 vulgar, 46-47
 lengua materna *véase* primera lengua
 Lengua Materna, Día Internacional de las, 14, 133
 lengua oficial, 20, 25, 120
 lenguaje (lenguas)
 como tesoro nacional, 156
 conciencia del, 149-156
 cambios en el, 37-56-64, 83, 122, 147, 155
 complejidad del, 131-132
 consciencia del, 65, 133
 muerte de las, 17, 64-81, 110, 113, 122, 125-145, 149, 152
 diversidad del, 65, 76
 amenazadas, 66-67
 juegos con el, 140
 minusvalías en el, 155
 política del, 123-124, 145, 148-149
 carpeta de, 124
 lenguaje como arte y el arte como lenguaje, 140-141
 lenguaje infantil, adquisición del, 114, 124, 155
 lenguaje sordomudo, 84
 lenguas amenazadas *véase* muerte de las lenguas
 lenguas inglesas, las nuevas, 38-46, 62, 148
 lenguas minoritarias, 110, 123, 152
 lenguas, futuro de las, 59-81
 letras (alfabeto), 111-112
 Ley Toubon, 60
 Libre de Catonia, Lo, 136
 lingua franca, 23, 49, 52, 148
 lingüística (lingüistas), 13-14, 75, 80, 121, 133, 135, 142, 150
 Lisbet Rausing Charitable Fund, 127
 literatura y lenguaje, 155-156
 Living On, 139
 Livio, 49
 Longfellow, Henry Wadsworth, 135
 «Losing a Language», 137
 Lost for Words, 129
- MacLeish, Archibald, 134
 Malouf, David, 137
 manx (lengua de Man), 68
 Marconi, Guglielmo, 29
 «Marsh Language», 137
 maypuré, 135
 mayúsculas, doble utilización, 104
 mayúsculas, uso de, 94, 102-104
 McArthur, Tom, 44
 medios de comunicación (media), 16, 26-32, 51, 128-129, 142
 medios de comunicación, 84, 101, 113, 149
- mensajes de error, 104
 mensajes de texto, 101
 Merwin, W. C., 137
 Mikami, Yoshi, 108
 Millenium Dome, 151
 moda y lenguaje, 38
 modos de comunicación, 115-116
 monolingüismo, 78, 108-109, 124, 154
Mountain Language, 139
 móviles, teléfonos, 101
 Mulcaster, Richard, 49
 Multilingual Acquisition Device, 114
 multilingüismo, 54, 78, 108-112, 114-117, 124, 154
multi-users domains, 87
 Mundo del Lenguaje, 151
 mundos virtuales, 87
 Museo Heurcka, 152
 Museo Nacional de Etnología, Osaka, 152
 Museo Virtual de la Herencia Lingüística Americana, 152
 música popular, 31-32
 música y lenguaje, 135-136
- napolitano, 141
 narración digital, 141
 National Audobon Society, 125
 Naughton, John, 86
 navajo, 141
 neologismos, 104-105
Netspeak, 84-112, 148
 nguni, 41
Nombre de la Rosa, El, 117
 notas (en libros), 98
 novelas sobre la muerte de las lenguas, 136-137
 Nowra, Louis, 139
 nuevas lenguas inglesas *véase* lenguas inglesas, nuevas
- obras teatrales sobre la muerte de las lenguas, 139-140
- occitano, 136
 Oficina Europea de Lenguas Menos Habladas, 112
 «Only Speaker of his Tongue, The», 137
 ordenador central, 85
 Oregón, Universidad de, 108
 Organización de la Aviación Civil Internacional, 33
 Organización de las Naciones Unidas, 23, 25, 52
 ortografía, 94, 99, 102
 Orwell, George, 122
 Ovidio, 49
Oxford English Dictionary, The, 60
- palabras adoptadas *véase* préstamos
 palabras compuestas, 105
 pares adyacentes, 93-94
 patrimonio mundial de la humanidad, 126
 paz y multilingüismo, 78
 películas *véase* industria cinematográfica
 permanencia de la escritura, 96-97
 persistencia en la pantalla, 100
 peste negra, 71
 Picasso, Pablo, 134
 Pinter, Harold, 139
 planes de estudio, 129, 142-143, 150
 plurilingüismo *véase* multilingüismo
 poder y lenguaje, 23-24, 66
 poesía sobre la muerte de las lenguas, 137-138
 política y lenguaje, 24-26
 portugués, 66, 72
 postura corporal, 95
 Pound, Ezra, 77, 134
Powagqasi, 136
 premios, 145
 prensa, la, 26-27
 prescriptivismo, 121, 131
 Presley, Elvis, 32
 préstamo (palabra adoptada), 40-41, 59-64, 121-122

- préstamos, 42, 61, 64
 primera lengua, 21, 46, 124
 prioridades lingüísticas, 152-156
 propiedad de la lengua, 37, 62, 123
 publicidad, 27-28, 61
 puntuación, 94, 99, 102
 purismo, 60, 121-122

 radio, 29-30, 128
 Raleigh, Walter, 50
 Ramphal, Sridath, 33
 Red de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados, 35-36
 red informática, 85
 Red véase World Wide Web
 referencias, 98
 Reggio, Godfrey, 136
 relatos cortos sobre la muerte de las lenguas, 136-137
 «Reservoirs», 144
 respuesta instantánea, 89
 retrasos en el lenguaje, 120
 Reuter, Paul Julius, 27
 revitalización, 75-81, 150
 Revolución Francesa, 16
 Revolución Industrial, 24
 Revolución Rusa, 16
 revolución, carácter de, 15, 83-84, 88, 99, 114, 119
 ritmo de interacción, 90
 Rogers, Samuel, 136
 Rolling Stones, 32
 ruso, 66, 72

 Schara, Simon, 132
Seaspeak, 33
 segunda lengua, 20, 37, 124
 seguridad, 32-33
 semilingüismo, 74, 117
 sentimientos, fuerza de los, 95
 serbocroata, 78
 Shakespeare, William, 15, 50, 61
 Shinkuba, Bagrat, 136
 signos, lenguaje de, 84
 Simpson, Homer, 85

 simultáneas, respuestas, 89
 singlish, 122
 Sissano, 70
smileys, 95
 Smith, John, 41
 Sociedad de Naciones, 25
 Steiner, George, 77
Story of English, The, 130
Story of Welsh, The, 130, 132
 suahili, 59, 73
 Summer Institute of Linguistics, 68, 70

 tagalo, 44
 taglish, 44
 Tammurriata, 141
 tarjetas navideñas, 143
 tecnología y lenguaje, 24, 30, 83-84, 89, 90, 96, 103
 teléfonos móviles, 101
 televisión, programas, 130-131
 tex-mex, 44
Third Page, The, 135
 Thomas, Ned, 112
 Thomas, R. S., 138-139, 144
 Tolkien, J. R. R., 109
 tono de voz, 94-96
 traducción pragmática, 118-119
 traducción, 23, 118
Translations, 139
 tridialectismo, 54-56, 123
 triglosia, 55-56, 123
 triplete, 61
 turno de conversación, 92-93
 turno de palabra, 92-93

 ubykh, 136
 Unesco, 66, 81, 126, 150
 UNICODE, 112
 Unión Europea, 118-119, 147
Union of International Associations' Yearbook, 25
 uso del inglés por no-nativos, 37, 123-124

 Vauget, Jean, 136
 vético, 65
 viajes internacionales, 32
 viajes, 32
 vigilancia/tolerancia continua, 153
 Virgilio, 49
 vocabulario, 39-42, 104-106
 Volkswagen Stiftung, 127

 Warren, Robert Penn, 134
 Warupu, 70
 Wenders, Wim, 30

 wenglish, 44
 Wilde, Oscar, 134
 Winston, Lord, 132
WithOut Words, 135
 Wood, Michael, 132
 Wordsworth, William, 77
 World Conservation Union, 126, 127
 World Language Resources, 109
 World Wide Web, 83, 85-86, 96, 98, 107-111

 yoruba, 109